ESTADOS UNIDOS CONFRONTA AL MUNDO
Alternativas

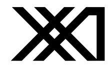
por

IMMANUEL WALLERSTEIN



sociología
y
política

traducción de
JOSEFINA ANAYA



siglo xxi editores, s.a. de c.v.
CERRO DEL AGUA 248, DELEGACIÓN COYOACÁN, 04310, MÉXICO, D.F.

siglo xxi editores argentina, s.a.
TUCUMÁN 1621, 7 N, C1050AAG, BUENOS AIRES, ARGENTINA

portada de patricia reyes baca

primera edición en español, 2005

isbn 968-23-2576-5

primera edición en inglés, 2004

título original: *alternatives: the united states confronts the world*

impreso y hecho en méxico/printed and made in mexico

AL LECTOR

Desde 1998 he venido publicando en la red comentarios sobre la situación del mundo (http://fbc.binghampton.edu/commentr. htm). En el portal hay una nota que reza: "La intención de estos comentarios, publicados bimensualmente, es dar un reflejo del escenario mundial visto desde el largo plazo y no desde la perspectiva inmediata de los encabezados." En la sección central de este libro se reproducen algunos de esos comentarios, pero el libro en su totalidad pretende ser un reflejo de la escena mundial contemporánea desde la perspectiva del largo plazo.

Estoy convencido de que Estados Unidos ha estado luchando por más de treinta años con el problema de su relativa declinación en el sistema mundial. La "guerra al terrorismo" de George W. Bush marca un punto decisivo en la política mundial norteamericana, un rompimiento con las estrategias (si no es que con las políticas subyacentes) practicadas por todos los presidentes anteriores desde Richard Nixon. Como se verá, pienso que, al tratar de cambiar las cosas en una dirección que pudiera restaurar el poder de Estados Unidos en el mundo, Bush, en realidad, ha debilitado más todavía a este país. No sólo eso, sino que ha tornado imposible el regreso a la estrategia del pasado, estrategia a la que he dado el nombre de "multilateralismo blando".

La cuestión a la que hoy se enfrenta Estados Unidos no es si debiéramos ser multilateralistas (en el sentido que presidentes anteriores dieron a este término) o unilateralistas (tal como los críticos de Bush sugieren, correctamente, que es), sino si podemos concebir una nueva política enteramente nueva, mucho más realista y progresista que la anterior, siguiendo la estrategia de Bush o la de los treinta años anteriores. No será sencillo: ni cambiar la política ni lograr que haga verdaderamente mella en el sistema mundial. Pero si Estados Unidos no realiza un giro decisivo en su forma de relacionarse con el mundo las consecuencias serán desastrosas, en primera instancia para Estados Unidos pero también para el resto del mundo.

IMMANUEL WALLERSTEIN
15 de febrero de 2004

1. TERRORISMO: EL FIASCO DE BUSH

Hoy la mayor amenaza para Estados Unidos —para su libertad, su seguridad, su prosperidad, su futuro— es Estados Unidos. Durante cuando menos treinta años ya había venido dando pasos inciertos y vacilantes en una pendiente resbalosa cuando George W. Bush decidió meter velocidad, con el consiguiente peligro inminente de sufrir una mala caída y una fractura. Después del dramático y terrible ataque del 11 de septiembre perpetrado contra Estados Unidos, Bush prestó oídos a su bandada de halcones y declaró la "guerra al terrorismo", en un acto en que declaró al mundo que o estaba "con nosotros o contra nosotros", una guerra que —dijo— Estados Unidos ganará "con seguridad". Esta bravata fue la cara pública de la peor estrategia que el gobierno norteamericano hubiera podido adoptar, que no sólo debilitó al país y al mundo en los años posteriores sino que también fortaleció a todas las fuerzas que ostensiblemente pretendía destruir.

¿Cómo fue que Estados Unidos llegó a colocarse en esta desastrosa posición? Con seguridad no era inevitable. Los halcones que rodeaban a Bush estaban decididos a transformar al mundo, y lo han hecho, pero para nada en la forma en que esperaban hacerlo. La premisa básica de los halcones de Bush era que Estados Unidos había venido decayendo lentamente desde los treinta años anteriores, cosa que es cierta. En sus análisis, sin embargo, esta declinación fue resultado de políticas débiles y erróneas de varios presidentes sucesivos, y por lo tanto era reversible. Todo lo que Estados Unidos necesitaba, alegaban, era mostrar su robusto músculo militar, abandonar toda pretensión de consultas multilaterales con aliados vacilantes y débiles, y pasar a intimidar por igual a amigos titubeantes y a enemigos hostiles, para volver a ocupar el asiento del conductor. Sin embargo, esto no era cierto en absoluto.

La declinación de Estados Unidos es estructural, el resultado de la pérdida predecible de la enorme supremacía económica que temporalmente tuvo después de 1945 frente al mundo entero, incluyendo a todos los demás países llamados industrializados. En un sistema capitalista semejante supremacía —especialmente la descomunal

ventaja que tuvo Estados Unidos en los años cincuenta y sesenta— es imposible de mantener, ya que los otros pueden copiar la tecnología y la organización que la hace momentáneamente posible, y seguramente lo harán. Esto es exactamente lo que ocurrió. Para cerca de 1970 Europa occidental y Japón habían llevado sus estructuras económicas al sitio donde eran más o menos competitivas con las estructuras norteamericanas: en su mercado interno, en el mercado interno de Estados Unidos y en los mercados del resto del mundo. El declive del dominio económico, vertiginoso pero pasajero, junto con el de la hegemonía en el sistema mundial, experimentado por Estados Unidos es algo con lo que uno vive, algo a lo que uno se ajusta y algo a lo que uno le saca el mejor partido. El declive de un otrora poder hegemónico tiene que ver menos con su propia declinación que con el surgimiento de otros. Así, su declinación inicialmente sólo es relativa (rige una proporción cada vez menor del plusvalor mundial producido y del capital acumulado), y puede ser lenta. Pero no es algo que pueda revertirse de raíz. Una vez alcanzada la cima de la hegemonía y luego ocurrió, ya no puede recuperarse. Tratar de recuperar el pasado de gloria no hace más que acelerar la velocidad de la caída.

Los halcones no lo ven así. Su visión es la de unos Estados Unidos imperiales siempre en la cima, siempre inexpugnables, prácticamente por derecho moral. Están convencidos de que la supremacía en el terreno económico y político puede imponerse una y otra vez *manu militari*. Su posición ha sido tan notoriamente arrogante que no pudieron salirse con la suya por mucho tiempo sino más bien lo contrario. En los treinta años transcurridos a partir de 1970, de Nixon a Carter, a Reagan y a Clinton, el gobierno norteamericano se esforzó por hacer frente a una situación cada vez más difícil con la estrategia que he llamado "multilateralismo blando".

El primer objeto de esta estrategia fue desacelerar hasta donde fuera posible el proceso de declinación de la supremacía norteamericana en el mundo, resultante de la pérdida de la supremacía otrora incuestionable de Estados Unidos en la producción industrial. Los tres pilares principales de esta estrategia de Nixon a Clinton fueron: 1] la *asociación*: un intento de impedir que nuestros aliados tomaran caminos políticos (y militares) independientes insistiendo en deudas político-morales pasadas y en los existentes enemigos comunes, y ofreciéndoles el derecho a la consulta previa en lo tocante a nuevas iniciativas en su papel de "socios"; 2] el *oligopolio nuclear*: mantener el

statu quo en la lista de potencias nucleares persuadiendo o intimidando a las potencias medianas (sobre todo a los países del Tercer Mundo), con el fin de impedir el acceso a cualquier camino que llevara a la proliferación nuclear; 3] la *globalización*: la reorganización de las macroestructuras económicas mundiales persuadiendo y presionando a los países del Sur —las zonas periféricas ubicadas en Asia, África y América Latina— a renunciar a políticas proteccionistas y desarrollistas a cambio de la apertura de sus fronteras económicas, especialmente sus fronteras financieras. Llamo a estas políticas multilateralismo *blando* porque Estados Unidos estuvo siempre preparado para actuar unilateralmente si lo creía necesario. Simplemente no lo decía, con la esperanza de que no fuera necesario. Estados Unidos contaba con su habilidad para "dirigir", esto es, persuadir a los demás de avalar las decisiones que patrocinaba y que convenían mejor a sus propios intereses.

Lo que se puede decir de esta estrategia practicada desde Nixon hasta Clinton durante más de treinta años es que fue parcialmente exitosa, en el sentido de que sí hubo una desaceleración en la declinación de Estados Unidos, pero por supuesto nunca se vio revertida. Para los neoconservadores, sin embargo, el vaso estaba medio vacío y no medio lleno, y por eso propusieron mejorar el puntaje en la búsqueda de los tres mismos objetivos recurriendo a una nueva línea, más dura. Durante mucho tiempo sus opiniones fueron consideradas aventuradas y ajenas a las principales tendencias. Y sus planes se vieron frustrados, aun durante la administración de Reagan. Pero el ataque del 11 de septiembre les dio finalmente la excusa que necesitaban para poner en marcha su programa, anunciado con anticipación en el reporte del Programa para un Nuevo Siglo Estadunidense, del año 2000. Ciertamente habían venido promoviendo sin cesar la invasión de Iraq desde 1997. Después del 9/11 metieron el acelerador, y el régimen en el poder estaba listo para echar a andar el proyecto. Cuando, dieciocho meses después, las tropas norteamericanas entraron en Bagdad, lo celebraron en grande. Ahora sí —pensaron— viene lo bueno. Este programa, impuesto al Congreso estadunidense y al público en general con engaños, manipulaciones y demagogia, resultó desastroso, sobre todo para Estados Unidos, que hoy es más débil en el escenario mundial que antes del 11 de septiembre.

Los halcones esperaban que la guerra en Iraq se consumaría fácilmente. Pero ha resultado lenta y desgastadora, una sangría continua de vidas y de dinero que no tiene visos de terminar. Los halcones

esperaban que los aliados tradicionales de Estados Unidos responderían al despliegue de poderío militar y determinación abandonando sus pasos vacilantes hacia la independencia política. Hoy, por el contrario, el eje París-Berlín-Moscú, que en 2000 era una posibilidad remota, se ha convertido en una realidad en desarrollo continuo a la que Washington debe enfrentarse. Por primera vez en la historia, Canadá no estuvo dispuesto a participar en una guerra peleada por sus dos aliados más cercanos, Estados Unidos y Gran Bretaña. Hoy los que fueran sólidos aliados de Estados Unidos en el Este Asiático (Japón y Corea del Sur) se resisten a enviar tropas a Iraq para apoyarlo porque la opinión pública nacional es hostil a la idea, y los dos países han insistido en que las tropas que han enviado no participen en operaciones de combate. Los halcones esperaban que una vez despojado Iraq de sus armas de destrucción masiva otros países, como Irán y Corea del Norte, abandonarían sus pretensiones nucleares. Pero Estados Unidos no encontró armas de destrucción masiva en Iraq, y tanto Corea del Norte como Irán se han apresurado a todas luces a acelerar sus programas de obtención de arsenales nucleares, y no lo contrario, a la vez que dan pasos no muy decididos en dirección de las inspecciones. Y Estados Unidos se encuentra con que no hay gran cosa que pueda hacer.

La verdadera lección de la invasión de Iraq tiene que ver con las limitaciones del enorme poderío militar de Estados Unidos. Por supuesto, en poderío militar le lleva la delantera a cualquier país —y sobre todo a uno débil como Iraq. Por supuesto, Estados Unidos es capaz de ganar operaciones en el campo de batalla. Y, hasta cierto punto, puede hacer frente a operaciones cubiertas de grupos hostiles ilegítimos, aun cuando esto requiera una costosa vigilancia constante y una apreciación de que la capacidad de prevenir ataques de esta naturaleza siempre será menos que perfecta. Algunos alcanzarán sus objetivos.

Pero a fin de cuentas uno tiene que ser capaz de controlar la situación políticamente. La guerra —como nos recuerda Clausewitz— no es más que una continuación de la política por otros medios. No es un sustituto de la política. Las hazañas militares son nulas sin fuerza política. Y políticamente Estados Unidos es más débil, y no más fuerte, a consecuencia de la guerra de Iraq. Analicemos esto región por región.

Empecemos por Europa. A partir de 1945 supuestamente la alianza con Europa, con Europa occidental, era la roca de Gibraltar sobre

la que se basaba la política norteamericana. Se decía que Europa compartía los valores de Estados Unidos. Todos los grupos dominantes de este país eran de extracción europea. Las ligas culturales eran profundas. Y, naturalmente, existían toda clase de ligas institucionales: militares (OTAN), económicas (primero el Plan Marshall, después la OCDE), políticas (el G-7, la Comisión Trilateral). Si de vez en cuando había pugnas (especialmente con Francia), a la postre resultaban menores. Cuando los rescoldos estaban casi apagados, ambos pensaban que los dos estaban del mismo lado —como portadores conjuntos del legado judeocristiano, como herederos de Grecia y Roma, como el "mundo libre" *versus* el mundo comunista, como el Norte *versus* el Sur. Todo esto era cierto, en efecto, en gran medida.

Hoy, sin embargo, las relaciones están bastante desgastadas. Sin duda se sigue ponderando esta alianza de dientes para afuera, pero las semillas de la desconfianza están hondamente plantadas. Los neoconservadores básicamente se mofan de la Europa contemporánea y han difundido sus opiniones entre un público estadunidense mucho más amplio. Los europeos les parecen demasiado pacifistas (hasta cobardes), demasiado adictos al estado benefactor, demasiado dispuestos a apaciguar al mundo musulmán, demasiado "anticuados" (recordemos la famosa caracterización que hizo Rumsfeld de los que se mostraron menos entusiastas con la política norteamericana en Iraq tildándolos de "la vieja Europa"). No es nada nuevo que los norteamericanos se sientan así en lo tocante a Europa. Lo que es nuevo es que esta posición se haya convertido en política oficial.

Esta proclamación pública de desdén lo que hizo fue desencadenar una respuesta entre los europeos que no será fácil superar. Muchos periodistas hablan con ligereza de un difundido "antiamericanismo" en Europa, sobre todo en Francia. Es una burda exageración y, en mucho sentidos, en realidad es menos cierto de Francia que de otras partes de Europa. Pero enmarcar la discusión de esta forma desvía de la realidad cultural. Hasta 1945 Europa era la madre en términos culturales, o cuando menos la hermana mayor, de Estados Unidos, en opinión de los europeos tanto como de los propios norteamericanos. Los europeos tendían a pensar en los norteamericanos como adolescentes en cuanto a la cultura, rebeldes pero ingenuos. La segunda guerra mundial cambió todo esto. Estados Unidos emergió como la potencia hegemónica mundial, la fuente de energía económica, el protector político de Europa occidental en contra de la Unión Soviética y, en términos culturales,

como el nuevo centro de la cultura occidental, si no la mundial.

Durante los más o menos treinta años de hegemonía norteamericana posteriores a 1945, Estados Unidos aprendió a pulir sus bastas aristas culturales; se propuso dejar de ser el "americano feo" de Graham Greene. Y los europeos aprendieron a aceptar, a admirar incluso a Estados Unidos —por su tecnología, por supuesto, pero aun por su filosofía política. Sin embargo, aun entre los más pro norteamericanos de los europeos el cambio de estatus cultural relativo era irritante. Cuando la confianza económica de los europeos resurgió, y cuando Europa empezó a construirse políticamente, se desencadenó un fuerte impulso hacia la reafirmación de una presencia cultural autónoma y poderosa en el mundo que sería característicamente europea. Gracias a Bush, este impulso, tan natural y evidente, hoy se ha definido como uno que debe distinguirse muy claramente de Estados Unidos —culturalmente, y por ende política y también económicamente. Europa y Estados Unidos van hoy cada quien por su lado. No son enemigos pero los días de la alianza automática se acabaron para siempre —en el nivel que sea.

La historia de Rusia es diferente. El desplome de la Unión Soviética, aunque sea un hecho considerado positivo por muchos rusos, tal vez por la mayoría, representó no obstante una degradación asombrosa del poder de Rusia en el sistema mundial, algo particularmente notorio en el terreno militar. En consecuencia, Rusia no solamente tuvo que reestructurarse internamente, con las consiguientes dificultades, sino que también tuvo que reposicionarse en la escena mundial. En retrospectiva, los rusos no miran los noventa, el decenio de Yeltsin, con entusiasmo. Durante este periodo Rusia sufrió un descenso en sus estándares de vida, una grave polarización interna, la crisis financiera de 1997, el desmoronamiento de su fuerza militar y su acometividad, y amenazas internas a la unidad de lo que quedaba de la federación rusa (sobre todo la prolongada guerra en Chechenia).

Cuando Putin llegó al poder en el año 2000, su programa era evidentemente la recuperación no sólo del orden interno y el crecimiento económico en Rusia sino de su poder dentro del sistema mundial. La cuestión era cómo hacerlo, y ante todo qué posición diplomática tomar. Putin obviamente no quería recrear un antagonismo como el de la guerra fría con Estados Unidos. Voló a Crawford, Texas, para hacer un trato con George W. Bush. Lo que más quería era ser nuevamente aceptado por Estados Unidos como jugador prin-

cipal en el mundo. Pero pese al lenguaje florido lo que Bush no estaba dispuesto a conceder a Rusia era la igualdad en el plano mundial. Así que Putin empezó a moverse, buscando mejores relaciones en todas direcciones: en Europa occidental (sobre todo Alemania), China, la India. Y, naturalmente, deseaba reafirmar el papel central de Rusia en el Medio Oriente, prioridad continua de la política exterior rusa desde el siglo XVIII por lo menos.

La guerra con Iraq constituyó un momento decisivo, que cristalizó los resultados de tres años de campañas tentativas. Porque lo que Bush en realidad hizo fue decir a Rusia que Estados Unidos no la consideraba jugador principal ni siquiera en el Medio Oriente (y por ende, implícitamente, en ningún sitio). Estados Unidos, efectivamente, aprovechó la guerra con Iraq para crear y consolidar los lazos de Estados Unidos con países que antaño formaron parte de la Unión Soviética: los países de Asia Central en especial, aunque también Georgia y Azerbaiján. Lejos de reafirmar el lugar de Rusia, Estados Unidos se las arreglaba para disminuirlo. Por otra parte, Francia y Alemania se acercaron a Rusia —como miembro permanente del Consejo de Seguridad, pero también, sin duda, como contrapeso a las tendencias pro norteamericanas de los países centro-orientales de Europa.

Un eje París-Berlín-Moscú, que siempre había constituido una posibilidad teórica, fue estimulado a cobrar existencia por las pretensiones unilaterales del régimen de Bush. Los primeros ladrillos, difíciles, de esta alianza fueron colocados por George W. Bush. El resto de la construcción la levantarán los tres países. Como ocurre con este tipo de estructuras, una vez consolidadas es muy difícil derrumbarlas. El mundo ha pasado de una posibilidad teórica a un proceso en la práctica.

En cuanto al mundo musulmán, éste ha constituido un problema para Estados Unidos durante los últimos cincuenta años. Y esto por dos razones: el apoyo activo y cada vez mayor de Estados Unidos a Israel —no sólo a su derecho de existir sino a sus políticas vigentes para con los palestinos y el mundo árabe en general; y la continua intervención activa de Estados Unidos en la región en virtud de la importancia de sus reservas petroleras. Bush no creó estas tensiones. Lo que ha hecho es peor: deshizo el mecanismo básico con el que hasta ese momento el gobierno norteamericano y la mayoría de los regímenes de la región habían logrado mantener las tensiones en control. Este mecanismo era la intervención estadunidense en la deli-

berada ambigüedad de la posición pública de los gobiernos de la región *vis-à-vis* Estados Unidos. En la práctica, hacían todo lo que Estados Unidos quería que hicieran (en el plano militar también), aunque frecuentemente empleaban un discurso diferente y, lo que es más importante, permitían que los múltiples movimientos hostiles hacia Estados Unidos (ahora agrupados bajo el amplio marbete de movimientos "terroristas") continuaran operando y aun floreciendo dentro de sus fronteras.

El juego de la ambigüedad representaba un riesgo continuo para los regímenes, tal como lo descubriría Anuar Sadat por su cuenta y riesgo. Los gobiernos tenían que ser muy cuidadosos para no inclinarse demasiado en una dirección ni en otra. Pero en términos generales era un juego que se podía jugar, y satisfacía las necesidades de Estados Unidos. Dos regímenes en particular fueron decisivos en este sentido: Arabia Saudita y Pakistán. No es, pues, accidental que Osama Bin Laden dejara claro que las acciones de su grupo, y sobre todo el ataque del 11 de septiembre, tuvieran como objetivo principal hacer caer a estos dos regímenes. Lo que esperaba que ocurriera —que obviamente ocurrió— era que Estados Unidos reaccionara insistiendo en que pusieran fin a su ambigüedad a la luz del 11 de septiembre. Los instó a lanzarse públicamente y de lleno a la "guerra contra el terrorismo". Lo logró en gran medida con Pakistán, pero hasta ahora sólo parcialmente con Arabia Saudita. El problema es que, una vez arrancado el velo de la ambigüedad, difícilmente puede volverse a colocar. Queda por ver si estos dos regímenes podrán sobrevivir. Cualquier régimen sustituto será mucho menos amistoso con Estados Unidos.

Al mismo tiempo, en Israel los halcones han sacado provecho del grado de apoyo sin precedentes que obtuvieron del régimen de Bush para destruir la Autoridad Palestina, que había estado jugando el mismo juego de ambigüedad. Los acuerdos de Oslo tal vez nunca alcanzaron su objetivo de la formación de dos estados acordada, pero lo importante aquí es que el mundo no puede regresar a nada que se le parezca. Durante los últimos treinta años se ha venido diciendo que solamente Estados Unidos podía mediar en la disputa entre israelíes y palestinos. A mi modo de ver, lo que Bush logró fue exactamente lo contrario. La posición de Estados Unidos está completamente comprometida, y si es que alguna vez se da una resolución política de la disputa, cosa cada vez más improbable, ocurrirá únicamente si Estados Unidos *no* es partícipe en el proceso.

Estados Unidos ha tratado a América Latina como si fuera su patio trasero, su coto de caza privado y su zona de principal influencia. Después de todo, la Doctrina Monroe data de 1823. La oleada revolucionaria latinoamericana de los sesenta, que desafió el dominio de los norteamericanos, para mediados de los setenta ya estaba refrenada. Para el año 2000 el gobierno norteamericano podía sentirse relativamente tranquilo en lo tocante a la evolución política del continente. Los gobiernos estaban en manos de civiles, las fronteras económicas abiertas en su mayoría y, de no ser el de Cuba, no había ningún gobierno hostil.

Para 2004 el tono del continente había cambiado radicalmente, y esto por dos razones. Una es que al gobierno de Bush se le fue la mano al decidir meter todo el acelerador al Tratado del Área de Libre Comercio de las Américas (ALCA) precisamente en el momento en que los gobiernos de América Latina se encontraban en grandes dificultades económicas a consecuencia de la recesión de 2000-2003, en especial Argentina, la niña mimada del Fondo Monetario Internacional (FMI) en los noventa, que sufrió una estrepitosa caída. Esta caída afectó no solamente a la clase laboral sino también a las clases medias, que perdieron en masa sus ahorros y cuyo nivel de vida se desplomó. El resultado neto de tres años de cambios de gobierno, insurrecciones populares y disturbios fue un gobierno populista que abiertamente trató con desaire al FMI y se salió con la suya, con gran aclamación de los argentinos.

Ha habido otros impulsos hacia la izquierda en otros sitios de Latinoamérica, con diferentes grados de vigor. En Brasil, el país más importante desde el punto de vista económico, el Partido dos Trabalhadores, encabezado por Lula, ganó las elecciones. Y aunque Brasil (todavía) no trata con desaire al FMI (para desilusión de muchos intelectuales brasileños), está encabezando la lucha contra el ALCA y ganando el apoyo de los gobiernos a lo largo del continente, gobiernos de los que cabía esperar que reaccionarían más conservadoramente. Ciertamente, el brillante esfuerzo diplomático de Brasil está empujando a América Latina hacia una autonomía colectiva que nunca había experimentado.

El que esto haya sido posible (y ésta es la segunda razón del cambio de atmósfera) se debe a que Estados Unidos está tan sumido en sus dificultades con Iraq y el Medio Oriente en general que ha sido incapaz de costear el esfuerzo que tradicionalmente realizaba para mantener a raya la resistencia latinoamericana. Esto no solamente da

cuenta de su política vacilante en Venezuela, sino también explica por qué no pudo persuadir a México ni a Chile (los gobiernos latinoamericanos que más amistad le demuestran) de que lo apoyaran en su puja por la resolución en pro de la guerra de Iraq en el Consejo de Seguridad, en febrero de 2003.

¿Acaso no existen puntos luminosos? El régimen de Bush piensa que puede señalar tres: Europa centro-oriental, la India e Israel. En términos generales, los países de Europa centro-oriental han desplegado una política fuertemente pro norteamericana desde el desplome del comunismo y de la Unión Soviética. Estados Unidos representaba para ellos protección contra la posible resucitación del comunismo y de Rusia como estado imperialista, así como el nirvana de la abundancia consumista. No todos concordaban con la necesidad europea de separarse cultural y políticamente de Estados Unidos. Más bien lo contrario. Esos sentimientos son por supuesto anteriores a George W. Bush y, por cierto, habían empezado a menguar en los últimos años de Clinton. Bush ha aprovechado la oportunidad de la supuesta guerra al terrorismo para desplegar una activa campaña para establecer bases militares y otras formas de cooperación política activa en la región, así como en las ex repúblicas soviéticas de Asia Central y el Cáucaso.

Así, a medida que la reacción de Europa occidental y de Rusia a estas intromisiones norteamericanas va tomando forma, está obligando a los países europeos centro-orientales a tomar decisiones que preferirían evitar. La situación es similar a la de Estados Unidos cuando quiere obligar a poner fin a la ambigüedad en el mundo musulmán. Es una opción en la que todos los países que intervienen pierden. Y a la larga Europa occidental y Rusia tendrán más poder de influencia que Estados Unidos, ya que éste no puede proporcionar la clase de ayuda económica que demanda la población de estos países. Tampoco está preparado para dar a Europa centro-oriental el mismo tratamiento relajado de otorgamiento de visas que ofrece a Europa occidental, lo cual es una mala noticia para esos países. Por consiguiente, incluso en lo que parece ser el lado soleado de Europa centro-oriental y Asia Central, Estados Unidos se ha preparado una caída que, cuando ocurra, hará añicos la posibilidad de un lento desarrollo de relaciones en las que los anteriores regímenes estadunidenses habían puesto sus esperanzas y sus estrategias.

El caso de la India es similar. La base de unas mejores relaciones entre Estados Unidos y la India ha constituido una esperanza y una

expectativa de ésta para que, en primer lugar, Estados Unidos dé marcha atrás a su histórica predilección por Pakistán y, en segundo, que Estados Unidos le dé una rebanada de buen tamaño del pastel de tecnología en virtud del gran abasto de personal especializado que ésta posee en el sector más lucrativo de la economía mundial. Empero, al igual que en Europa centro-oriental y en Asia central, Estados unidos, al prometer implícitamente más de lo que puede dar, ha preparado su caída. Porque, en el mediano plazo, la India es un competidor en las industrias informática y farmacéutica y no un aliado. Y Estados Unidos no puede darse el lujo de aflojar sus lazos con Pakistán, sino todo lo contrario. Su dolor de cabeza es que Pakistán sea el que decida aflojarlos. En todo caso, la India está respondiendo ahora a la seducción de Brasil de crear una alianza económica con el Tercer Mundo.

En cuanto a Israel, la administración de Bush se ha ligado tan fuertemente al destino del régimen de Sharon y el Likud que corre el peligro de caer junto con ellos. Es sólo cuestión de tiempo. Estados Unidos ha abandonado el último vestigio de pretensión de ser el mediador neutral. Por ello se verá eliminado de la jugada.

Queda una última zona: el Este Asiático, en muchos respectos el más decisivo para el futuro de Estados Unidos. Y también aquí el régimen de Bush se ha mostrado de lo más imprudente, aunque acaso un poco más prudente y cauteloso que en otras regiones. China está mostrando un puño fuerte. Es una central de crecimiento industrial. Está ganando poderío militar con paso firme. Y está llevando una política exterior destinada a crear fuertes lazos con el Este y el Sudeste Asiático. En virtud de las políticas económicas de Bush en casa, que han desembocado en un creciente y abultado déficit y en un desequilibrio comercial, resulta que Estados Unidos depende más de China que ésta de aquél. Necesita que China continúe comprando sus bonos del tesoro. Y aunque existen buenas razones para que China lo haga por interés propio, es una medida que tiene implicaciones negativas para China y, en todo caso, no es la única posible. Así que Estados Unidos no puede mostrar una línea dura con China en asuntos realmente importantes. Entre tanto, Japón está reapareciendo en la economía. Y las dos Coreas, lenta pero implacablemente, están anudando lazos cada vez más estrechos, incluso tal vez dando pasos hacia la reunificación.

Dentro de diez años será patente que lo que Bush apresuró fue la creación de una zona asiático-oriental de entendimiento y, por ende,

un poderoso límite al poder y la autoridad estadunidenses en esta región del mundo. No quiere necesariamente decir que el Este Asiático será hostil con Estados Unidos, sino que Bush se ha asegurado de que la futura alianza geopolítica y geoeconómica del Este Asiático con Estados Unidos, de cara a una Europa que reemerge (y que incluye a Rusia), se acordará en los términos del Este Asiático y no en los de Estados Unidos.

A medida que Estados Unidos pierde sus empleos en la manufactura y los de cuello blanco (especialmente en tecnología de la información y biotecnología) a favor del Este Asiático y de Europa, tratará de aferrarse a la única fuerza que le queda: la financiera. Y aquí el papel del dólar es decisivo. El dólar ha subido y bajado frente a las demás divisas fuertes durante los últimos cincuenta años, pero por culpa del propio Estados Unidos. La fortaleza del dólar siempre ha estado en función no de la tasa de cambio sino de que ha constituido la única moneda de reserva en el mundo desde 1945. Y la razón de esto no ha sido la fortaleza económica de Estados Unidos sino de su política. Los gobiernos y los tenedores de capitales de un extremo al otro del mundo se han sentido más seguros en posesión de dólares. Y hasta ahora su criterio ha sido correcto.

Las alocadas políticas económicas del régimen de Bush están poniendo fin a esta fortaleza política. En virtud de los increíbles déficit acumulados por este régimen (que amenazan con ser mucho más elevados), gobiernos y tenedores de capitales ya no están seguros de que lo correcto sea tener su dinero en dólares. Y por supuesto, objetivamente, lo prudente es que no se sientan seguros. Es una cuestión de criterio político y económico y de satisfacción psicológica. Un proceso como éste, si se ladea súbitamente, nunca se volverá a corregir. Cabe esperar que ocurra dentro de pocos años. Es difícil vislumbrar cómo podría detenerse hoy. Después no habrá ninguna moneda segura, con todas las implicaciones que esto tendrá en el sentido de un caos económico. Pero desde la perspectiva geopolítica esta circunstancia eliminará la última palanca, la más segura, con que Estados Unidos ha podido presionar a otros países.

Como dije, nada de lo anterior era inevitable. Las tendencias estuvieron siempre ahí, pero se desarrollaban lentamente. Lo que podría haber tardado treinta años en ocurrir Bush se aseguró de que ocurriera en cinco o diez. Y en vez del aterrizaje suave que habría sido posible para Estados Unidos, no podrá evitar el panzazo. La cuestión no está en saber cómo dar marcha atrás a esta situación, pues ya no

es posible hacerlo, sino cuál sería la manera inteligente de manejar las aguas turbulentas que el bajel del estado está cruzando. En la segunda parte de este libro examinaremos el fiasco de Bush tal como se fue desarrollando de 2001 a 2004. La tercera parte ofrecerá una opción posible para Estados Unidos de relacionarse con el resto del mundo durante los próximos treinta a cincuenta años.

2. BUSH SE BATE CONTRA EL MUNDO. COMENTARIOS, 2001-2004

15 DE ENERO DE 2001: "EL MUNDO Y GEORGE W. BUSH"

George W. Bush es el primer presidente estadunidense del siglo XXI y el mundo está nervioso. Fuera del país, el mundo entero ha ido descubriendo cuánto apreciaba a Bill Clinton. Resultó ser un presidente mucho mejor de lo que se esperaba. Y no porque se estuviera de acuerdo con las medidas de Clinton todo el tiempo, ni siquiera casi todo el tiempo. Sino porque se pensaba que era inteligente, que estaba bien informado, que era un buen escucha y, sobre todo, la mejor variedad de presidente estadunidense que cabría razonablemente esperar, en vista del poderío, la arrogancia y el egocentrismo de Estados Unidos —lo que los franceses llamarían un *pis-aller*.

El resto del mundo en general esperaba (y suponía) que Al Gore sucedería a Clinton y habría continuidad. La realidad de los resultados sorprende (y desalienta). El resto del mundo teme, y con razón, que George W. Bush no tenga ninguna de las cualidades particulares mostradas por Clinton, y que el poder, la arrogancia y el egocentrismo sea todo lo que haya. Ya antes sugerí que no habría habido grandes diferencias básicas en la política exterior de Bush y la de Gore si éste hubiera sido presidente. Aunque es necesario hacer una salvedad.

Cuando en Estados Unidos se dice que la política exterior es "bipartidista" significa que desde 1945 las mayoría dominante de cada partido ha concordado en la política exterior en lo fundamental. De 1945 a nuestros días, ha sido continua y razonablemente coherente, y nunca se ha modificado realmente con los cambios de presidente. Dicho esto, cabe observar que en cada uno de los dos partidos hay un grupo significativo que aspira a modificar la política exterior de manera importante. En el Partido Demócrata existe un ala (de izquierda) que tiende a ser más pacifista (esto es, influida por el movimiento pacifista) y más benévola con las necesidades y pretensiones de las zonas no europeas del mundo. Esto fue lo que dividió al

Partido Demócrata en tiempos de la guerra de Vietnam.

En el Partido Republicano está la contraparte en su ala de derecha que considera centrales dos temas: por una parte, un mayor aislacionismo (rechazo de las Naciones Unidas, renuencia a costear proyectos de ayuda, escepticismo acerca del envío de tropas a donde quiera que sea para "guardar la paz") y, por otra parte, el militarismo machista (más dinero para el ejército, en especial para los sistemas de armamento; impaciencia agresiva para con el desarrollo de fuerzas militares por parte de quien sea, aliados incluidos; una posición dura frente a China y Rusia).

Se advierte ampliamente que Bush tendrá la labor política delicada de mantener unidos a los diversos grupos que lo apoyan, incluso en asuntos internos. Hasta ahora ha indicado que manejará las tensiones arrojando huesos a cada campo y empleando un discurso voluble. Y hasta este momento (durante las elecciones) ha funcionado. La cuestión está en saber si esta táctica funcionará tan bien en asuntos de política exterior, especialmente dado que Bush no gobierna una mayoría clara en el Congreso.

Ha tranquilizado a los adeptos de la política norteamericana tradicional escogiendo un equipo de política exterior/defensa/economía salido de la administración de su padre. Y el nombramiento de Robert Zoellick como representante comercial puede considerarse la garantía pública de que Bush proseguirá con el impulso de "globalización" de sus predecesores. Pero no ha olvidado las otras tendencias del Partido Republicano. En Colin Powell Estados Unidos tiene ahora un secretario de estado que encarna la cautela, incluso la extrema cautela, en el uso de tropas norteamericanas en otras partes del mundo. Y en Donald Rumsfeld tiene el país hoy un secretario de Defensa totalmente comprometido con la creación del llamado sistema NMD (sistema nacional de misiles de defensa).

Powell y Rumsfeld no son extremistas que representen respectivamente la perspectiva "aislacionista" o "militarista machista", pero tampoco una verdadera ruptura con estas tendencias. Lo que es más, es necesario insistir en que hay una cierta contradicción, al menos en el nivel táctico, en la prosecución de estas dos tendencias simultáneamente. Contradicción y por consiguiente confusión. Y por consiguiente nerviosismo en el mundo.

En el corto periodo transcurrido desde que Bush fuera proclamado vencedor, el nerviosismo se ha expresado públicamente de diferentes maneras. Los surcoreanos han manifestado que les preocupa

que Bush no continúe con las iniciativas emprendidas por Clinton con Corea del Norte, socavando la política "brillo del sol" de Kim Dae-Jong. Lee Kuan Yew, de Singapur, dedicado a mantener el papel de Estados Unidos en Asia, pero también, tras bambalinas, ha estado trabajando para superar la distancia entre los gobiernos chinos en Beijing y Taiwán, ha manifestado sus temores de que el NMD lance a pique las esperanzas de salvar sus diferencias.

En el momento mismo en que el equipo de Bush ha estado sugiriendo que quieren ser más "duros" con Saddam Hussein, Gran Bretaña, el último aliado de Estados Unidos en su política en la región, ha admitido que ha estado presionando a Estados Unidos para que ponga fin a las medidas de "no sobrevuelo" en los tercios meridional y septentrional de Iraq, que Estados Unidos y Gran Bretaña están imponiendo unilateralmente.

La mayor parte del nerviosismo inmediato del mundo gira alrededor del NMD. El primer ministro de Canadá señaló diplomáticamente su total falta de entusiasmo. Y prácticamente nadie en Europa piensa que sea más que una idea alocada. Esto explica la respuesta algo exagerada de los europeos al descubrimiento del daño tóxico ocasionado por el ejército estadunidense, que utilizó en Kosovo "uranio empobrecido" en sus armas. Digo "exagerada" no porque no piense que es tan irresponsable utilizar estas armas como gas tóxico. Sí lo pienso. Más bien la respuesta es exagerada porque muchos de los gobiernos europeos han conocido de estos peligros desde hace mucho tiempo.

El punto importante aquí es que Estados Unidos parece pensar que la OTAN es una estructura que obliga a sus miembros a actuar de consuno, con excepción de Estados Unidos. El gobierno italiano está irritado, comprensiblemente, de que por esa razón sus soldados hayan enfermado de leucemia. Y, claro, no sólo los italianos. Los franceses parecen estar cumpliendo el papel de decir públicamente lo que otros europeos piensan en privado. El 10 de enero, el presidente de la Comisión de Defensa de la Asamblea Nacional francesa, Paul Quilès, afirmó que este asunto ilustra "uno de los problemas esenciales de la OTAN", esto es, que "los americanos, en el marco de la alianza del Atlántico, siguen siendo propensos a tomar decisiones unilateralmente, sin informar a sus socios, ni siquiera después del hecho".

Estados Unidos no se engaña acerca de lo que yace tras el debate sobre las armas de "uranio empobrecido". Se trata en realidad de la

estructura, de la existencia misma de la OTAN. Donald Rumsfeld, en testimonio delante del Congreso el día de su confirmación, declaró su firme oposición a la existencia de un ejército europeo autónomo, que —dijo— amenazaría la estructura de la OTAN.

¿A dónde llevará esto? Clinton hizo lo que pudo para desacelerar la inevitable declinación del poder de Estados Unidos en el mundo. El equipo de Bush piensa que no hizo bastante. Ellos harán ajustes. El resultado será probablemente que acelerarán el proceso.

1 DE ABRIL DE 2001:
"LA CAMPAÑA MILITARISTA EN ESTADOS UNIDOS"

George W. Bush ha hecho saber clara, y bastante rápidamente, que su administración va a gobernar Estados Unidos tan a la derecha como políticamente le sea posible. ¿Qué tanto puede ser? Para responder a esta pregunta no es suficiente examinar el equilibrio de fuerzas políticas entre demócratas y republicanos. La mayoría de los comentaristas insisten en que los dos partidos están prácticamente nivelados en este momento en el Congreso. Ésta es una manera errónea de ver las cosas. La realidad es que ésta es la primera vez en cuarenta años y la segunda desde 1932 en que el Partido Republicano controla la presidencia y *ambas* cámaras en el Congreso. Muchas iniciativas de ley promovidas por los republicanos durante los últimos seis años, y para las cuales tuvieron los votos del Congreso, fueron vetadas por Clinton o retiradas cuando iban a ser vetadas. Hoy los republicanos se encuentran en una posición relativamente fuerte, pese a lo cerrado de las elecciones presidenciales y pese a los cortos márgenes que tienen en la legislatura.

La verdadera cuestión política que hay que examinar son las posibles pugnas en el seno del Partido Republicano. Hasta ahora Bush ha podido mantener unidas a las facciones, pero ¿cuánto durarán? A lo largo del periodo posterior a 1945 el Partido Republicano ha tenido constantemente tres diferentes electorados: los conservadores en lo económico, los conservadores en lo social y los machistas militaristas. Claro que muchos individuos son las tres cosas, pero la mayoría dan prioridad a uno de los tres impulsos. Y éste es el problema de los republicanos.

Los conservadores en lo económico son en su mayoría hombres

de negocios y sus cuadros, más los profesionales de altos ingresos. Su prioridad por el momento es reducir su carga impositiva y resistir cualquier esfuerzo de las empresas para asumir internamente sus costos (mediante la legislación ecológica). Con asombrosa rapidez Bush ha señalado que pugnará muy fuerte por todo lo que estos electores quieren. Y a todas luces es su prioridad principal. Tal vez no obtenga todo lo que quiere en lo referente a reducción de impuestos. Pero probablemente obtendrá casi todo lo que quiere en términos de la restricción de la protección ambiental, ya que una gran parte de lo que es necesario hacer requiere la acción de la rama ejecutiva del gobierno. Ya ha revocado mucho de lo que Clinton trató de poner en vigor en los últimos días de su administración. Y le ha cerrado definitivamente la puerta al Protocolo de Kyoto. A los europeos (y a los canadienses), todos muy alterados, les ha dicho inequívocamente que los intereses de los hombres de negocios estadunidenses son su interés primordial.

Los conservadores en lo social han venido jugando un papel cada vez más importante en la política republicana durante los últimos veinticinco años, gracias a la movilización de la Coalición Cristiana. Bush se ha esforzado por realizar serios intentos de satisfacer sus demandas. Ha reinstalado la prohibición de no financiar a ninguna organización internacional que dé indicios de favorecer el aborto. Ha nombrado a uno de ellos ministro de Justicia, un puesto clave. Y efectivamente ha prometido que favorecerán los nombramientos que haga para la Suprema Corte. Pero tal vez no logre que se ratifiquen esos nombramientos. Veremos. Sin embargo, en lo tocante a nuevas leyes, ha dicho a los conservadores en lo social que son ellos los que deben realizar el trabajo de hacer que las iniciativas sean aceptadas, y que, si lo son, promete que las firmará. Pero al parecer no gastará muchos de sus propios pertrechos políticos en el esfuerzo de alcanzar estos fines.

El comodín de las barajas es el militarismo machista. En unos pocos meses, la administración de Bush ha logrado echarse al mundo entero en contra. En tanto que la administración de Clinton pensaba que calmar los conflictos mundiales servía a los intereses de Estados Unidos (de forma, claro, que conviniera a éste), la gente de Bush casi parece estar atizando los conflictos. Han expresado que, respecto a Saddam Hussein, es necesario hacer mucho más. Se han retirado del papel mediador entre Israel y Palestina y han pasado de una posición pro israelita encubierta a una abierta y anti-Arafat. Han ejercido pre-

sión sobre los canadienses y los europeos occidentales al decirles, en términos para nada ambiguos, que Estados Unidos proseguirá con las nuevas propuestas de misiles de defensa y han mostrado poco interés en seguir manteniendo los viejos tratados entre Estados Unidos y Rusia, que dicen que son caducos. Han rebajado a los rusos de la posición de aliados en potencia a la de enemigos en potencia. Aparentemente están a punto de dar a Taiwán la clase de armas que a ellos les place y que los chinos han dicho claramente que para ellos es prioritario que no reciban. En cuanto a aflojar el embargo contra Cuba, ni hablar.

Naturalmente también parecen estar decididos a conservar a Corea del Norte como enemigo activo. Esta postura ha irritado a la Unión Europea, tanto que ésta ha enviado una delegación a Corea del Norte, presumiblemente para tantear si Europa podría proporcionar la ayuda financiera que Estados Unidos evidentemente ya no está dispuesto a negociar.

Romano Prodi, el presidente de la Comisión de la Unión Europea, ha acusado a Estados Unidos de fallar en su actuación como "líder mundial" debido a sus cortas actitudes nacionalistas en torno al calentamiento global. El señor Bush no ha prestado atención. En su conferencia de prensa del 29 de marzo tuvo lugar el siguiente intercambio extraordinario:

Pregunta: Señor presidente, los aliados de Estados Unidos se han quejado de que usted no los ha consultado suficientemente en la postura que ha tomado en las negociaciones con Corea del Norte, el Tratado de Kyoto, sus relaciones que se deterioran en otros sitios. Si estrictamente lee usted la prensa internacional, lo que se ve es que el mundo entero está furioso con nosotros. Señor presidente, ¿cómo llegamos a esto, en su opinión? ¿Si piensa usted hacer algo, qué sería?

Respuesta: *Bueno, yo por supuesto percibo un cuadro completamente diferente cuando me siento a intercambiar con los líderes de las naciones.*

Y siguió diciendo sobre el asunto del bióxido de carbono que "no haremos nada que perjudique a nuestra economía, porque lo primero es lo primero: las personas que viven en Estados Unidos. Ésa es mi prioridad".

¿Es de veras cierto que Bush no está enterado de que todo el mundo está furioso con los norteamericanos, o no le importa? Aquí

es donde entran los militaristas machistas. Este grupo está convencido de que el poder habla y que si Estados Unidos no actúa con mano dura va a perderlo todo: su poder, su riqueza, su posición central en el sistema mundial. No quieren zanjar conflictos: quieren ganarlos. Y si lo que se necesita es un poquito de acción militar, acá y acullá, están listos y ansiosos.

La gran pregunta es: ¿el pueblo norteamericano está ansioso, o siquiera listo? Y aún más importante para Bush: ¿están listos los hombres de negocios, su grupo fundamental de apoyo y el grupo al que rinde lealtad? Porque aun cuando el armamento militar genera muchas ganancias (Shaw explicó esto de maravilla en *Major Barbara*) también es cierto que las guerras innecesarias interfieren en las ganancias capitalistas de muchas formas (algo que Schumpeter afirmó siempre). Una de las principales razones por las que Clinton (y antes Bush padre) mejoró las relaciones con China fue por las presiones de los hombres de negocios republicanos, que querían invertir y comerciar allá. Y fueron los intereses agrícolas de los republicanos los que presionaron a Clinton para aflojar el embargo a Cuba. El ala militarista del Partido Republicano camina en dirección opuesta del ala conservadora en lo económico (o al menos de una parte).

De manera que los militaristas machistas tal vez se topen con que no solamente aquellos que consideran sus enemigos (digamos, China y Rusia) sino aquellos que consideran los principales aliados de Estados Unidos, y tal vez también algunas de las principales transnacionales y otras grandes empresas norteamericanas, han cerrado filas para oponérseles. Esto quizás haga que Bush jale las riendas a los militaristas machistas, porque si no lo hace pueden intensificar las provocaciones. ¿Tiene Bush la suficiente fuerza para hacerlo?

Teddy Roosevelt, vocero descarado del imperialismo norteamericano, aconsejó: "Hablen con suavidad y lleven consigo un gran garrote." El equipo de Bush no sigue el consejo. Hablan fuerte, por cierto, pero ¿de qué tamaño es su garrote?

15 DE SEPTIEMBRE DE 2001:
"11 DE SEPTIEMBRE DE 2001: ¿POR QUÉ?"

El 11 de septiembre de 2001 el mundo entero miraba mientras una dramática tragedia humana tenía lugar en Estados Unidos; los ojos

de todo el mundo estaban fijos en la escena. Cuatro aviones comerciales fueron secuestrados por la mañana temprano. Cuatro o cinco salteadores iban a bordo de cada avión. Armados con cuchillos y cuando menos uno de ellos capaz de pilotear un avión (cuando menos una vez en el aire), los salteadores tomaron los aviones, despojaron (o mataron) a los pilotos y dirigieron los aviones a misiones suicidas. Tres de los aviones alcanzaron su objetivo: las dos torres del World Trade Center en la ciudad de Nueva York y el Pentágono en la ciudad de Washington.

Gracias a la cantidad de combustible que llevaban y a los conocimientos técnicos acerca de la altura a la que los aviones debían golpear las torres, los salteadores lograron destruirlas completamente y abrir un enorme agujero en el Pentágono. Hasta este momento probablemente hay más de cinco mil muertos (no se tiene la cifra exacta) y otros tantos heridos y traumatizados. La red aérea y las instituciones financieras estadunidenses están prácticamente paradas, al menos durante esta semana; el daño económico a corto y mediano plazo es inenarrable.

Lo primero que cabe observar acerca de este ataque es su audacia y su extraordinario éxito. Un grupo de personas, unidas ideológicamente y por su voluntad de convertirse en mártires, emprendieron una operación clandestina que seguramente es la envidia de cualquier agencia de servicio secreto en el mundo. Lograron entrar en Estados Unidos y llevar consigo sus cuchillos a cuatro aviones, que despegaron casi simultáneamente en sus respectivos aeropuertos, con destinos internacionales y por consiguiente con gran cantidad de combustible a bordo. Tres de los cuatro aviones alcanzaron su objetivo. Ni la CIA ni el FBI ni la inteligencia militar norteamericana ni nadie más recibió ninguna noticia previa ni pudo hacer nada para detener a este grupo.

El resultado fue el suceso más devastador de la historia de lo que hemos dado en llamar los ataques terroristas. Ningún ataque terrorista anterior había matado a más de cuatrocientas personas. Ni siquiera en Pearl Harbor (con el que todo el mundo lo compara), donde el ataque fue perpetrado por las fuerzas militares de una nación, hubo tantos muertos. Añádase que ésta es la primera vez, desde la guerra civil (1861-1865), en que tiene lugar una acción bélica dentro de los límites continentales de Estados Unidos. Desde entonces Estados Unidos ha participado en muchas guerras de envergadura —la guerra hispano-norteamericana, la primera guerra mun-

dial, la segunda guerra mundial, la guerra de Corea, la guerra de Vietnam, sin mencionar guerras "menores"—, en las que la lucha tuvo lugar fuera de las fronteras del país. Lo que más sacudió al pueblo norteamericano acerca de este ataque fue que la acción bélica ocurrió en las calles de Nueva York y de Washington.

La gran pregunta es: ¿por qué? Prácticamente todo el mundo anda diciendo que la persona responsable del ataque es Osama Bin Laden. Es una suposición plausible, puesto que éste ha declarado sus intenciones de realizar actos como éste, y quizás en el futuro inmediato las autoridades estadunidenses presenten evidencias que apoyen esta suposición. Asumamos que es correcta. ¿Qué es lo que Bin Laden esperaba obtener de atacar a Estados Unidos de esta forma espectacular? Bueno, pues el 11 de septiembre puede verse como una expresión de ira y venganza por lo que Bin Laden (entre otros) considera las fechorías que Estados Unidos comete en el mundo, sobre todo en el Medio Oriente. ¿Pensará Bin Laden que, al perpetrar un acto semejante, podrá persuadir al gobierno de Estados Unidos de que modifique sus políticas? Dudo seriamente que sea tan ingenuo como para creer que ésta sería la reacción. El presidente Bush ha dicho que considera este ataque como un "acto de guerra", y posiblemente Bin Laden, si es el que lo cometió, piense lo mismo. Las guerras no se hacen para persuadir sino para forzar al oponente a que cambie su forma de actuar.

Razonemos entonces como si fuéramos Bin Laden. ¿Qué probó con este ataque? Lo más obvio: que Estados Unidos, la única superpotencia del mundo, la nación con el armamento militar más poderoso y más sofisticado, no pudo proteger a sus habitantes de este ataque. Obviamente que lo que Bin Laden deseaba era (suponiendo que sea efectivamente la fuerza que está detrás del ataque) mostrar que Estados Unidos es un tigre de papel. Y deseaba mostrarlo para empezar al pueblo norteamericano y luego al resto del mundo.

Ahora es tan obvio para el gobierno norteamericano como para Bin Laden. De donde se desprende la respuesta: el presidente Bush ha dicho que reaccionará con la fuerza, y la élite política estadunidense de ambos partidos le ha dado su patriótico asentimiento sin vacilar. Pero ahora razonemos desde la perspectiva del gobierno norteamericano: ¿qué puede hacer?

Lo más sencillo es obtener el apoyo diplomático para condenar el ataque y justificar cualquier futuro contraataque. Y esto es exactamente lo que Powell, el secretario de Estado, ha dicho que hará. La

decisión de hacer tal cosa está cosechando su fruto. La OTAN ha dicho, basándose en el artículo 5 del tratado, que un ataque militar contra Estados Unidos (y la OTAN considera que éste lo es) obliga a todos sus miembros a dar apoyo militar para la respuesta si Estados Unidos lo solicita. Todos los gobiernos del mundo, el de Afganistán y Corea del Norte incluidos, han condenado el ataque. Iraq fue la única excepción. Es verdad que la opinión pública en los países árabes y musulmanes no ha sido de completo respaldo a Estados Unidos, pero éste lo pasará por alto.

El que Estados Unidos haya recibido este apoyo diplomático (que tal vez posteriormente se exprese en forma de una resolución de la ONU) no pone a Bin Laden a temblar. El apoyo diplomático será como arena entre los dedos también para los norteamericanos. Querrán más. Y "más" casi inevitablemente significa algún tipo de acción militar. Pero ¿de qué tipo? ¿A quién va a bombardear el ejército norteamericano? Si Bin Laden está detrás del 9/11, no hay más que dos objetivos posibles, dependiendo de lo que se conozca por las evidencias: Afganistán e Iraq. ¿Qué tan dañino será? En el semiderruido Afganistán la acción militar prácticamente no valdría la pena. En cuanto a Iraq, a Estados Unidos se le ha impedido bombardearlo por muchas razones, entre otras el deseo de no perder vidas. Estados Unidos tal vez bombardeará a alguien: ¿será suficiente para convencer a los norteamericanos y al resto del mundo de que Estados Unidos está demasiado temeroso de atacar? Lo dudo.

La verdad es que no hay gran cosa que Estados Unidos pueda hacer. La CIA ha tratado de asesinar a Castro durante años, y ahí sigue. Estados Unidos ha andado en busca de Bin Laden durante varios años ya, y ahí sigue. Algún día tal vez lo maten unos agentes norteamericanos, cosa que acabaría con esta operación en particular. También sería una gran satisfacción para muchas personas. Pero el problema persistiría.

Obviamente, lo único que se puede emprender es una acción política. Pero ¿qué? En este punto nadie dentro de Estados Unidos (ni dentro del terreno panoccidental) está de acuerdo. Los halcones dicen que esto prueba que Sharon y el actual gobierno de Israel están en lo correcto: son "todos" unos terroristas, y la forma de tratarlos es asestar un severo contragolpe. Hasta hoy, esto no le ha salido muy bien a Sharon. ¿Por qué lo sería para George W. Bush? Y ¿puede Bush obligar a los norteamericanos a pagar el precio? Esta modalidad depredadora tiene sus costos. Por otra parte, a los paci-

fistas les está resultando difícil convencer de que la situación puede manejarse "negociando". ¿Negociación con quién, con qué finalidad visible?

Acaso lo que está ocurriendo es que esta "guerra" —como se le ha llamado en los medios esta semana— no puede ganarse y tampoco se perderá, sino simplemente continuará. La desintegración de la seguridad personal es hoy una realidad que está golpeando a los norteamericanos por vez primera. En otras partes del mundo ya era una realidad. La cuestión política que yace tras estas oscilaciones caóticas del sistema-mundo no es entre la civilización y la barbarie (por cierto, lo que debemos entender es que todas las partes piensan que las civilizadas son ellas y que el bárbaro es el otro). Es más bien la crisis de nuestro sistema-mundo y la disputa acerca de qué clase de sistema-mundo sucesor nos gustaría construir.[1] Esto no la convierte en una contienda entre norteamericanos y afganos o musulmanes ni nadie. Es una pugna entre visiones diferentes del mundo que queremos construir. El 11 de septiembre de 2001, contrariamente a lo que muchos dicen, pronto será un episodio menor en la larga lucha que se convertirá en un periodo de oscuridad para la mayoría de los habitantes del planeta.

20 DE SEPTIEMBRE DE 2001: "¡CUIDADO, ESTADOS UNIDOS PODRÍA GANAR!"

"Si [Bin Laden] piensa que puede huir y esconderse de Estados Unidos y nuestros aliados, está lamentablemente equivocado [...] Nosotros venceremos" (George W. Bush). Existe una vieja máxima rústica que dice: "cuidado con lo que deseas, porque tal vez lo obtengas". No me cabe duda de que Estados Unidos es capaz de bombardear Afganistán, de expulsar a los talibán y de matar a Bin Laden. Estados Unidos puede salir vencedor. ¿Y después?

Ya una vez vencimos en Afganistán. En los ochenta el país tenía un gobierno comunista. A Estados Unidos no le gustaba y se propuso derrocarlo. Lo logró. ¿El resultado? Estados Unidos tenía a los tali-

[1] Ya di las razones de por qué estamos pasando por una crisis en el sistema-mundo en *Utopística o las opciones históricas del siglo XXI*, México, Siglo XXI, 1998.

bán y a Bin Laden, cuya organización se levanta sobre una plataforma de veteranos de la lucha anticomunista en Afganistán entrenados por la CIA.

En aquel entonces también había gobierno comunista en Bulgaria y Laos. Estados Unidos no intentó derrocarlos. Hoy, Bulgaria posee un gobierno poscomunista en el que el hijo del otrora rey es primer ministro. Este escenario no era imposible en Afganistán. Hoy Laos, un país muy pobre, donde el gobierno aún es comunista, se abre camino renqueando para participar en la economía mundial. No representa una amenaza para nadie, ni siquiera para Estados Unidos. Este escenario no era imposible en Afganistán. Pero en Afganistán Estados Unidos insistió en salir vencedor.

¿Cómo va hoy a prevalecer Estados Unidos? A través de una combinación de poderío militar y el apoyo de otros países. Estados Unidos ya anunció que está insistiendo en que todos los países del Medio Oriente y el mundo musulmán digan de qué lado están y que apoyen a Estados Unidos incondicionalmente. Por lo que se ve, Pakistán ya lo hizo. La política de Estados Unidos en la región se ha sustentado en el apoyo prácticamente incondicional a Israel. Pero en la misma medida se ha sustentado en apoyar a las torres gemelas de la fuerza estadunidense en el mundo islámico: el régimen de Arabia Saudita y el de Pakistán.

La política de Arabia Saudita y la de Pakistán son diferentes, están ubicadas en sitios diferentes y su historia es diferente. Pero estos países tienen dos rasgos comunes: son poderosos e influyentes en toda la región y han servido muy bien a los intereses de Estados Unidos durante las últimas décadas. Y el régimen de cada país se basa en una coalición de apoyo de las élites pro occidentales modernizantes y en un establishment islámico extremadamente conservador y popularmente sustentado. Estos regímenes han mantenido su estabilidad porque han sido capaces de hacer malabarismos con esta combinación, y esto debido a la ambivalencia de sus políticas y de sus pronunciamientos públicos.

Estados Unidos está hoy diciendo: “no más ambigüedades”. Estados Unidos prevalecerá muy probablemente, pero mientras tanto los regímenes de Arabia Saudita y Pakistán tal vez descubran que su base popular está irremediablemente erosionada. Tal vez se desplomen, como las Torres Gemelas de la ciudad de Nueva York. Si eso pasa, al igual que las Torres Gemelas arrastrarán consigo otros edificios más pequeños y debilitarán las estructuras de otros más.

Estados Unidos tal vez se lamentará del día en que Assad, Kadafi, Arafat e incluso Hussein ya no estén en el poder. Sus sucesores tal vez sean más feroces en su antiamericanismo, en la medida en que ya no compartirán valores modernistas con Estados Unidos. Pensemos si no son éstos los planes de Bin Laden. Su misión suicida quizás haya sido hacer caer en esta trampa a Estados Unidos.

1 DE OCTUBRE DE 2001:
"EL DESENLACE NO PODRÍA SER MÁS INCIERTO"

En su arenga al Congreso y al mundo, el presidente Bush dijo, al plantear las intenciones de Estados Unidos, que había muchas dificultades por delante, "sin embargo, el desenlace es incierto". Nada podría ser menos cierto. Si su declaración quería ser una exhortación, puede considerarse el discurso normal del dirigente de una nación asediada. Pero si refleja la perspectiva analítica de Bush y sus principales auxiliares, entonces es una apreciación equivocada y peligrosa.

Naturalmente, el primer punto oscuro es a qué resultado se está refiriendo Bush. Tal vez se refiera a la destrucción de al-Qaeda, objetivo posible aunque extremadamente difícil. Tal vez quiera decir eliminar o baldar a todos los grupos que Estados Unidos calificará de "terroristas" en cualquier parte, en cuyo caso la posibilidad de éxito se presenta extremadamente dudosa. Tal vez quiera decir una recuperación de la fe del pueblo norteamericano y el mundo en general en las hazañas militares del gobierno estadunidense, que, en este punto, es un objetivo cuyo éxito es más que dudoso. Tal vez quiera decir apoyar los intereses de Estados Unidos como país y de sus empresas, objetivo cuya probabilidad de éxito es cuanto más débil.

Cuando se piensa en "desenlaces" es importante darse diferentes tiempos. Yo propongo tres: seis meses, cinco años, cincuenta años. Para Bush el cuadro más optimista es la perspectiva de los seis meses. Pensemos en lo que ha ganado en el poco tiempo que ha transcurrido desde el 11 de septiembre. Antes de ese día la administración de Bush estaba sometida a la oposición, en diversos grados, prácticamente de todos los flancos: de los demócratas en el Congreso; los aliados en Europa; Rusia y China; los gobiernos y los pueblos de la mayoría de los países de Asia, África y Latinoamérica; y el movimien-

to "antiglobalización" de extensión mundial. Es una lista formidable, y casi toda esta oposición ha desaparecido o bien se ha transformado desde el 11 de septiembre. Los demócratas en el Congreso y los aliados en Europa se han unido en torno al país asediado. Rusia, China y la mayoría de los gobiernos de Asia, África y Latinoamérica han dado apoyo aunque sea condicionado a una respuesta estadunidense al ataque. El movimiento "antiglobalización" ha permanecido relativamente tranquilo y se pregunta si debería transformarse en un movimiento de "paz".

Claro está que Bush no es el único que está sacando cierto provecho político inmediato del ataque. Como Estados Unidos está tan ansioso de poner de su lado a todo el mundo por doquier, por poco que sea, ha estado dispuesto a pagar el precio en diplomacia, y otros no han dudado en pedir, especialmente aquellos que no se encuentran dentro del círculo íntimo de "amigos". Los demócratas en el Congreso y los aliados en Europa occidental no se han atrevido todavía a pedir nada. Pero Rusia, China, Pakistán, Sudán, los estados árabes (y todos aquellos a los que Powell les ha prometido algo) han sido menos tímidos. Y tal vez pronto los demócratas y los aliados de Europa occidental se unan al juego. Así que, por el momento, esto parece un juego en el que ganan todos aquellos a los que Bin Laden no aprecia.

Sin embargo, la cuenta se vence en seis meses. Para entonces Estados Unidos ya habrá emprendido alguna acción —una acción militar. Cuál sea ésta es algo que no sabemos con certeza, y parece que el gobierno de Estados Unidos tampoco. Y esto porque, como se admite ampliamente, no existen buenas opciones. Un golpe quirúrgico contra Bin Laden realizado por tropas especiales que bajen con paracaídas en Afganistán corre el riesgo de duplicar el chasco que se pegó Estados Unidos en Irán en 1980, que hizo que Carter perdiera la reelección. Bombardear Afganistán, la acción más probable, tiene múltiples limitaciones: pocos objetivos plausibles, fuertes posibilidades de una carnicería civil de grandes proporciones además de una oleada de refugiados hacia Pakistán, profundo malestar político en las estados musulmanes y muy pocas probabilidades de que los solos bombardeos pongan fin al control que los talibán tienen de la región central de Afganistán.

Hay quienes en la administración de Estados Unidos quieren bombardear Iraq, donde al menos existen objetivos posibles. El problema es que Saddam Hussein no es aliado de Osama Bin Laden; lo más

probable es que sea uno de los futuros objetivos de Bin Laden. Y bombardear Iraq no solamente desbarataría los esfuerzos de Powell de crear una gran coalición sino que también colocaría a Estados Unidos ante el mismo dilema que en 1991: ¿se arriesgaría a asumir la carga de la invasión de un país y su ocupación?

Y cuando Estados Unidos elija entre estas opciones de dudosa eficacia, ¿qué vendrá luego? Si "fracasa" militarmente, esto reforzará el punto de Bin Laden de que Estados Unidos es un tigre de papel, y todos sabemos lo veleidosos que se pueden volver los aliados cuando una gran potencia da muestras de fragilidad militar. Si no fracasa en sus acciones pero se enreda en una prolongada confrontación militar, puede ocurrir cualquiera de las siguientes cosas: una pérdida significativa de vidas de estadunidenses (que revivirá los debates internos en torno a la intensificación de la guerra, como ocurrió en el caso de Vietnam); destrucción en masa de civiles en Afganistán (cosa que podría hacer creer al mundo que las siete mil vidas perdidas en el ataque del 11 de septiembre no justifica semejante respuesta masiva); y grandes disturbios políticos en algunos países musulmanes: Pakistán, Arabia Saudita, Indonesia, Egipto, Argelia, Líbano, Palestina y otros menos notorios.

Nada de esto sería propicio para el gobierno de Estados Unidos. De súbito podría suscitarse un gigantesco movimiento "pacifista" en el mundo. Y George W. Bush podría pensar, como Lyndon Johnson, que sería prudente no buscar la reelección.

Este cuadro puede ser exagerado, por supuesto. Quizás Estados Unidos podría efectivamente llevar a cabo un golpe quirúrgico. Quizá los talibán caerán convenientemente por sí solos. Quizá Bush acabaría apareciendo como héroe victorioso, al igual que su padre en 1991. En este punto todavía podría enfrentar otros dos obstáculos.

Uno sería interno. En un lapso de dieciocho meses su padre pasó de la victoria y un increíble puntaje en las encuestas a una derrota electoral debido, como se decía entonces, "a la economía, estúpido". Apenas esta semana el *Wall Street Journal*, encarnación del conservadurismo económico en Estados Unidos, dijo que el secretario del Tesoro, Paul O'Neill, corría el riesgo de perder toda credibilidad debido a su sonrosado optimismo respecto a la economía. Es claro que muchos capitalistas estadunidenses ya se están cubriendo en previsión del periodo tormentoso que amenaza. La memoria del electorado norteamericano es notoriamente corta; pasado el periodo de agitar banderas, votarán por su monedero. Y tienen la costumbre de

culpar a los que están en el poder de los problemas económicos.

Por si fuera poco, supongamos que Estados Unidos capturara a Bin Laden y derrocara a los talibán y que tres meses después alguien pudiera montar un espectacular ataque, en Estados Unidos o en Europa occidental: ¿no desaparecería todo el crédito de victoria que se da a Estados Unidos en una bocanada de humo? Las baladronadas del país y la confianza en sí mismo se debilitarían. ¿Se trata de un escenario imposible?

Con una perspectiva de cinco años podríamos preguntarnos: ¿será más fuerte que hoy la posición de Estados Unidos dentro del sistema-mundo? ¿Las actuales colas geopolíticas seguirán constituyendo una modalidad seria de organización de la política global? ¿Y el movimiento "antiglobalización" se metamorfoseará acaso en algo más coherente y más militante que hoy? No es poco razonable hacerse estas preguntas. Hay otras: ¿una situación caótica será la norma universal, y la inseguridad la poción cotidiana de cada vez más de nosotros? ¿Empezará la economía mundial a oscilar alocadamente? De ser el caso, ¿dónde estaremos parados dentro de cincuenta años? Nada podría ser más incierto. Pero si miramos hacia atrás parados dentro de medio siglo es dudoso que ni siquiera el 11 de septiembre nos parezca tan importante.

El presidente Bush, en la misma arenga dirigida al Congreso, dijo: "Y sabemos que Dios no es neutral." Creo que Bush no es conocido por ser un gran teólogo. Yo pensé que las tres grandes religiones de Occidente (el judaísmo, el cristianismo y el islamismo) habían enfrentado el problema del mal ("Si Dios es omnipotente, ¿por qué permite que el mal exista?") diciendo que Dios había dotado a los seres humanos de libre albedrío. Pero si Dios no es neutral entonces los seres humanos no tienen libre albedrío. Y si los seres humanos tienen libre albedrío, entonces Dios es claramente neutral en lo que a los conflictos humanos toca.

15 DE OCTUBRE DE 2001: "LOS DILEMAS DE UNA SUPERPOTENCIA"

Obviamente, el presidente Bush y sus asociados se han estado debatiendo intensamente acerca de la forma en que deberán manejar el desafío lanzado al poder y la seguridad de Estados Unidos por el ata-

que del 11 de septiembre. Aparentemente lo están haciendo cautelosamente, y lo más probable es que bastante desalentados por las consecuencias negativas de las posibles reacciones del gobierno norteamericano.

La primera dificultad que han de arrostrar es la extensión de la "coalición" que Estados Unidos desea formar en su "guerra al terrorismo". La prensa mundial reporta constantemente que existen dos posiciones completamente diferentes en el seno del gobierno. La opción A sería una amplia coalición y una estrecha definición de objetivos. La opción B sería una coalición reducida y una amplia definición de objetivos. La prensa señala que Colin Powell es el más prominente defensor de la opción A y que Paul Wolfowitz, el subsecretario de Defensa, es el más prominente defensor de la opción B. Por el momento parece ser que el presidente Bush, el vicepresidente Cheney y tal vez Rumsfeld, el secretario de Defensa, se han alineado a la opción A, y que será ésta la que Estados Unidos prosiga inicialmente.

¿Qué implica la opción A? Implica tratar de obtener el apoyo de prácticamente todos los gobiernos del mundo para el objetivo de perseguir a Bin Laden. Esto no es difícil, por cierto, ya que Bin Laden y al-Qaeda parecen pensar mal de casi todos los gobiernos, salvo el de los talibán. Naturalmente, censuran sobre todo al de Estados Unidos y al de Israel. Pero también al de Rusia, China, Arabia Saudita, Pakistán, Egipto e Irán. No les gusta el régimen iraquí. No es extraño que casi todos le devuelvan el cumplido. El objetivo, "llevar a Bin Laden ante la justicia", recibe cada vez más aprobación.

Pero, ¿cómo se lleva a Bin Laden ante la justicia? La respuesta parece ser presionando a los talibán, que conforman el gobierno *de facto* (si no es que *de jure*) de Afganistán. ¿Presionándolos cómo? Bueno, pues, bombardeándolos. Unos pocos bombardeos han recibido la aprobación tácita de la "coalición". ¿Muchos bombardeos? Ya veremos. ¿Y extender los bombardeos a Iraq, como desean los defensores de la opción B? Muy pocos gobiernos darían su aprobación.

Estados Unidos no ha descartado la opción B. Simplemente parece haber decidido intentar con la opción A primero. El presidente Bush ha tenido la precaución de agregar frases a sus declaraciones que dejan la puerta entreabierta a la opción B. También dejan la puerta entreabierta de otra forma: la coalición podrá ser tan amplia como quepa concebirla, pero la acción militar incluye solamente a dos países: Estados Unidos y Gran Bretaña.

Esto no es accidental. En ocasión de la guerra del Golfo, el primer presidente Bush pidió la autorización de la ONU. Estados Unidos descubrió que esto significaba aclarar, en el camino, diversos asuntos con demasiados actores. Así que, cuando ocurrió lo de Kosovo, el presidente Clinton tuvo cuidado de dejar a la ONU fuera y limitarse a pedir la autorización de la OTAN. Pero luego resultó que, a su modo de ver, aun la OTAN le ató las manos militarmente en demasía. Esta vez, cuando la OTAN ofreció su ayuda militar dijo que no. Se dice que la más irritada fue Alemania. Sin embargo, hacer las cosas de esta manera significa que si Estados Unidos se decide por la opción B necesita el banderazo de Tony Blair. (Empero, la prensa sugiere que ni siquiera Blair se mostraría demasiado entusiasta de ampliar la acción a Iraq.)

¿De qué se trata todo esto? Como Bin Laden ha retado abiertamente las hazañas militares de los norteamericanos, Estados Unidos está decidido a reafirmarse exactamente en esto. El asunto no es meramente proteger de ataques a los ciudadanos y habitantes de Estados Unidos sino también de restablecer en el mundo la convicción de que Estados Unidos es una superpotencia invencible. ¿Es dable hacer esto?

El problema con la opción A es que los bombardeos sobre Afganistán no van a lograr gran cosa. Probablemente el siguiente paso sería enviar fuerzas especiales. Esto lo sabe Bin Laden y seguramente lo espera. Parece estar convencido de que los afganos vencieron a la Unión Soviética y derrocaron su sistema. Por supuesto, Estados Unidos está convencido de que fue él el que derrocó a la Unión Soviética, pero no es lo que Bin Laden piensa. Éste espera, a todas luces, que Estados Unidos sufra el mismo destino que la Unión Soviética en Afganistán, y que lo hará caer de su posición de superpotencia. La idea parece fantástica, pero derribar las Torres Gemelas en Nueva York habría sido una idea fantástica hace apenas dos meses.

Bush, Rumsfeld y Blair han venido repitiendo, casi como una letanía, que la guerra será "prolongada", con lo cual parecen querer decir que durará cuando menos un año (¿o dos, o tres?). De esta manera están "preparando" a la opinión pública estadunidense y mundial a aceptar el hecho de que no se vislumbra una victoria instantánea. El problema con una guerra "prolongada" es que el hecho mismo favorece el objetivo de Bin Laden: exhibir los pies de barro de una superpotencia. Si la guerra es larga (y empieza a ser costosa en vidas humanas), sin triunfos militares claros, varias cosas pueden ocu-

rrir. La “coalición” —en especial el grado de apoyo que Estados Unidos pueda obtener de Pakistán y Arabia Saudita— se desmoronará. Comenzará a surgir un “movimiento de paz” en Estados Unidos y en el mundo occidental en general, y luego en el resto del mundo.

Pero quizá lo peor para la administración de Bush sea que ésta se divida. Los defensores de la opción B serán más explícitos y denunciarán a los defensores de la opción A. Quién renunciará, nadie lo sabe. Pero un hecho así no será políticamente sano para el presidente Bush. Si, además, hubiera golpes de estado en las naciones del Medio Oriente que llevaron al poder a gobiernos menos amigables con Estados Unidos, la situación no haría más que exacerbarse. Y si la violencia aumentara en otros frentes (no sólo en Israel o Palestina, sino, digamos, Irlanda del Norte, Indonesia, o vaya usted a saber dónde más), la noción de que Bin Laden es el “terrorista” más malévolo del mundo empezaría a sonar improbable.

Desde la perspectiva del gobierno norteamericano este escenario es por supuesto deplorable. Los defensores de la opción B dirán que semejante desenlace no es en absoluto inevitable. Presionarán por la opción B pero quizá perfeccionada, digamos utilizar armas nucleares tácticas en un sitio u otro. Este panorama no es imposible. Sin embargo, de hacerlo el aislamiento diplomático de Estados Unidos sería definitivo. Por otra parte, Estados Unidos podría dar muestras de ser menos capaz de mantener el apoyo diplomático aun si eligiera la opción A pero no pudiera eliminar a Bin Laden.

Estados Unidos está apostando muy alto. Tras el desplome de la Unión Soviética se dejó convencer de que de veras era una superpotencia y que no había fuerza que pudiera ponérsele en el camino. Malinterpretó sus limitadas victorias en la guerra del Golfo y en Kosovo como la prueba de que esto era cierto. Pues tal vez se tope con que no es así. Si esto ocurre, entonces tendrá que revalorar de raíz cómo se relacionará con el resto del mundo. Bin Laden pretende ser el portavoz de viejos agravios cometidos contra el mundo islámico. Él está contemplando un mundo sustituto en que muy pocos de nosotros cabríamos o encontraríamos habitable. No sería un mundo mejor, ni siquiera para los musulmanes. Pero Bin Laden es un hombre listo, además de ideológicamente comprometido, que saca provecho de las debilidades estructurales de la posición estadunidense de potencia hegemónica en declive. Y no es evidente en absoluto que el gobierno de Estados Unidos (ocupado por Bush o antes por Clinton) haya comprendido las realidades geopolíticas tan

bien como Bin Laden y al-Qaeda. Ni en la guerra ni en la diplomacia hay cabida para el autoengaño.

1 DE NOVIEMBRE DE 2001: "¿SUPERPOTENCIA?"

Estados Unidos es una potencia hegemónica en decadencia. He venido expresando este punto de vista desde 1980 cuando menos.[2] Esta afirmación pretende ser analítica y no prescriptiva. He descubierto que de todos modos evoca no solamente incredulidad sino también enojo, y que estas reacciones ocurren en todos los sectores del espectro político, en todas partes del mundo. Personas de derecha afirman que es una falsedad, o bien cierta sólo en la medida en que la superpotencia ha afirmado su poderío insuficientemente. Además, parecen suponer que, al hacer semejante análisis, estoy propiciando una actitud derrotista que puede cumplirse. Estas personas tienen una extraña creencia en el poder de la palabra, de la mía al menos.

Las personas de izquierda a menudo son incrédulas, y me dicen que es obvio que Estados Unidos domina el escenario mundial y se impone en el mundo con acciones perversas. ¿Cómo puedo entonces hablar de que Estados Unidos está en declive? ¿No estoy con esto disuadiendo a la gente de emprender acciones significativas? Y las personas del centro parecen ofenderse con la mera idea de que las acciones inteligentes apropiadas de los que están en el poder no podrán poner remedio a las limitaciones a la actuación virtuosa de Estados Unidos.

¿Qué significa ser una potencia hegemónica? Una potencia hegemónica normalmente pone las reglas del juego geopolítico y la mayoría de las veces obtiene lo que quiere simplemente con presiones políticas, sin tener que recurrir al uso efectivo de la fuerza. La historia de cómo uno se convierte en una potencia hegemónica y por qué esa hegemonía nunca perdura no es un tema que me ocupe aquí.[3] La

[2] Me parece que la primera vez que lo dije fue en "Friends and foes", *Foreign Policy*, núm. 40 (otoño de 1980), pp. 119-131.

[3] La primera vez que abordé esta cuestión fue en "The three instances of hegemony in the history of the capitalist world-economy", reimpreso en *The politics of the world-economy*, Cambridge, Cambridge University Press, 1984, pp. 37-46.

cuestión es más bien qué pruebas poseo de que la hegemonía estadunidense está menguando.

Ciertamente que no niego que hoy Estados Unidos es la potencia militar más fuerte del mundo, y con mucho. Y esto no sólo hoy sino probablemente durante otros veinticinco años. Con todo, lo que ya no es verdad es que Estados Unidos ponga unilateralmente las reglas del juego geopolítico, ni que obtenga casi siempre lo que quiere con la simple presión política, ni siquiera que se salga casi siempre con la suya. La actual pugna con Bin Laden no es el primer ejemplo de esta nueva realidad, sino nada más el último.

Y digo "nueva realidad" porque hubo un tiempo, no ha mucho, en que Estados Unidos era en verdad hegemónico, en que era la única superpotencia, más o menos entre 1945 y 1970. A pesar de la guerra fría y de la URSS (o quizás, en gran medida, gracias a ellas), Estados Unidos casi siempre obtenía lo que quería, donde y cuando quería. Mandaba en la ONU. Mantuvo a la Unión Soviética reducida a los límites que el Ejército Rojo alcanzara en 1945. Utilizó a la CIA para desposeer o reacomodar gobiernos que le parecían poco amistosos (Irán en 1953, Guatemala en 1954, Líbano en 1956, la República Dominicana en 1965, etc.). Impuso su voluntad a unos aliados frecuentemente reacios en Europa occidental, obligándolos a echarse para atrás en operaciones militares (como en Suez en 1956) o presionándolos para acelerar el paso en la descolonización porque Estados Unidos pensaba que éste era el camino más prudente y seguro.

Durante este periodo los norteamericanos estaban aprendiendo a "asumir sus responsabilidades" en el mundo. Su política exterior era "bipartidista". Luego, las cosas empezaron a cambiar. La enorme delantera económica que le llevaba a Europa occidental y Japón desapareció. Estos países se convirtieron en rivales económicos al tiempo que seguían siendo aliados políticos. Estados Unidos empezó a perder guerras. Perdió la guerra en Vietnam en 1973. Fue humillado por Jomeini en Irán en 1980. El presidente Reagan retiró a los soldados norteamericanos de Líbano en 1982 porque más de doscientos fueron muertos en un ataque terrorista (dos días después de que Estados Unidos dijera que nunca lo haría). La guerra del Golfo sufrió un retroceso: las tropas tuvieron que volver a la línea de donde habían partido. Hay norteamericanos que dicen hoy que fue porque Estados Unidos no tuvo las agallas para entrar en Bagdad (o cometieron el error de no hacerlo). Pero la decisión del primer presiden-

te Bush fue el reflejo de un juicio militar-político de que con el tiempo marchar hacia Bagdad habría conducido a un desastre, juicio que parece sólido y prudente. Y mientras que Jimmy Carter fue capaz de imponer un arreglo entre Egipto e Israel en Campo David, en 1978, Bill Clinton no fue capaz de hacer lo mismo entre Palestina e Israel en 2000, por más que trató.

La última vez que Estados Unidos tronó los dedos y se salió con la suya fue el 11 de septiembre de 1973, cuando dirigió un golpe de estado en Chile y puso a Pinochet en el poder. El 11 de septiembre de 2001 fue Bin Laden el que tronó los dedos, y tanto los norteamericanos como su gobierno todavía se tambalean por el golpe. Ahora bien, Bin Laden no posee un gran ejército ni una gran armada ni una gran fuerza aérea. Su capacidad tecnológica es relativamente primitiva. Los fondos de que dispone no se comparan con los del gobierno norteamericano. Pero aun si la partida acabara en una retirada, habrá ganado.

Estados Unidos tardó treinta años en aprender a "asumir sus responsabilidades" como potencia hegemónica. Los siguientes treinta años los derrochó suspirando por la gloria perdida y maniobrando para conservar todo el poder que le fuera posible. Quizá tendrá que pasar los próximos treinta años aprendiendo a ser un país rico y poderoso en un mundo desigual, aunque sin poder ya controlar las cosas unilateralmente. En un mundo como ése tendría que aprender a cerrar tratos con el resto del mundo (no solamente con Afganistán, ni siquiera sólo con China y Rusia, sino con Canadá, Europa occidental y Japón).

En la anarquía mundial desorganizadora que está marcando la transición de nuestro moderno sistema global hacia algo diferente, la forma en que Estados Unidos —su gobierno, sus ciudadanos, sus grandes empresas— desempeñe su papel es algo que le incumbe a todos. Todo el mundo en todo lugar tiene interés en obtener una respuesta inteligente, creativa, esperanzadora de Estados Unidos para la crisis mundial en que nos encontramos hoy. Porque Estados Unidos sigue siendo la potencia más poderosa del mundo, y sigue teniendo tradiciones y aspiraciones que valora y que muchos (no sólo los norteamericanos) piensan que han contribuido positivamente al mundo en que vivimos.

La pelota está en la cancha de Estados Unidos. Es muy fácil para los norteamericanos enfurecerse por la terrible destrucción de vidas humanas en la tragedia de las Torres Gemelas y sus secuelas. Ya exis-

te demasiada furia irracional en el mundo (aun cuando la furia de ambos bandos esté justificada). No hay garantía de que el mundo pueda navegar durante los próximos veinticinco a cincuenta años con un mínimo de violencia. Pero podemos tratar de analizar qué es lo que podríamos hacer para salir del hoyo profundo en que nos encontramos hoy.

15 DE DICIEMBRE DE 2001: "¿LA CALADA DE LOS HALCONES?"

> Los dioses primero volvían locos a quienes querían destruir.
>
> EURÍPIDES

El día de los halcones parece haber llegado. Pobres. Los presidentes norteamericanos las han frustrado tanto —y no sólo esos timoratos demócratas que fueron Clinton y Carter. George W. Bush no quiso enviar sus tropas a China a principio del año cuando los chinos tuvieron la audacia de derribar un avión norteamericano que sobrevolaba su territorio. George Bush padre no quiso invadir Bagdad. El propio Ronald Reagan prácticamente obsequió las joyas de la corona en Reykiavik cuando se entrevistó con Gorbachov. Y no hablemos de Ford. Richard Nixon (junto con su compinche Henry Kissinger) en realidad hizo un trato con Mao Zedong, sin mencionar la firma de aquel arriesgado ABM Treaty [tratado de misiles antibalísticos] de 1972. La última acción arrojada de un presidente norteamericano fue dejar caer bombas atómicas sobre Japón. Y eso lo hizo Harry ("¡que se vayan al infierno!") Truman.

Pero Osama Bin Laden les hizo el favor a los halcones de azuzar el nacionalismo norteamericano que yace tras su programa de "Estados Unidos puede hacer lo que se le antoje en el mundo porque Estados Unidos es el país de la libertad, el único verdadero país de la libertad". Y parece que los halcones ahora van a negociar. Estados Unidos se está retirando del tratado nuclear de 1972. Está considerando seriamente declarar la guerra a Iraq, según la clara advertencia del vicepresidente Cheney. Ha puesto fin a cualquier apariencia de imparcialidad en el conflicto entre Israel y Palestina. Y está torciendo brazos de un extremo a otro del mundo, tratando de asegurar

que no surjan disidencias graves como consecuencia de sus decisiones.

Por el momento, el pueblo norteamericano parece estar dispuesto a respaldar casi cualquier reafirmación machista del poder de Estados Unidos, donde quiera que sea. El éxito es el que ha salido victorioso. La fuerza armada estadunidense ha destruido los kalachnikovs de un puñado de mullahs zafados en Afganistán y ha instalado en el poder a lo que probablemente es un puñado de cabecillas militares locos, pero al menos son cabecillas de los estadunidenses —es decir, por el momento. Y, amigos, lo único que importa es si están ustedes listos para cooperar con el Pentágono, ¿no? Por un momento pareció que habían echado a los mullahs zafados. Regresen en seis meses para estar seguros.

Más que eso, el público norteamericano está listo para denunciar por traidores (o casi) a cualquier ciudadano norteamericano que cuestione estas políticas. Como oposición ostensible, los demócratas en el Congreso están asustados hasta la médula de que los clasifiquen como menos que entusiastas por el programa militarista que ni Nixon ni Reagan, y ni hablar de Bush padre, se hubieran atrevido a considerar cuando eran presidentes. ¡Ah!, los buenos viejos tiempos, en que todo lo que los norteamericanos tenían en el poder eran Johnson y McNamara. Los halcones van muy en serio esta vez: nada de escrúpulos morales ni de vacilaciones intelectuales. Si mientras están en el juego pueden limitar significativamente las libertades civiles en Estados Unidos y arrojar miles de millones de dólares de los contribuyentes a las pobres y sufrientes megacorporaciones, tanto mejor. Pero todo esto es secundario en comparación con mostrar al resto del mundo que se hace lo que Estados Unidos dice, y que el resto del mundo haría bien en creer que no tiene ninguna importancia si no les gusta.

Así que, para los pocos tipos sobrios que todavía andan por ahí, intentemos estimar qué es lo que realmente pasará. ¿Lo hará Estados Unidos? Posiblemente sí. ¿Por qué? La agresividad altisonante suele ser un signo de debilidad y no de fuerza. Si el gobierno de Estados Unidos realmente creyera que las cosas van por donde él quiere, no necesitaría bombardear Bagdad. Uno no necesita leer a Maquiavelo ni a Gramsci para saber que la fuerza no es la mejor manera de controlar al mundo; es la segunda o la tercera mejor manera. No revisaré estos argumentos aquí; me limitaré a afirmar nuevamente que Estados Unidos es hoy una potencia hegemónica en declive.

Cuando una potencia hegemónica está en declive no tiene más

que dos posibles alternativas: ajustarse a la realidad inteligentemente, cosechando las recompensas que persistan de acumulaciones pasadas, o bien demoler la casa. Lo que nuestros halcones están proponiendo es demoler la casa. Algunos quizá crean que ellos y sus amigos sobrevivirán a Armagedón y que permanecerán en la cima —con mínimos “daños colaterales”, por supuesto. A otros, más lúcidos, tal vez no les importe (*Après moi, le déluge!*). ¡Y otros tal vez estén tan locos como el doctor Strangelove!

Vivimos tiempos peligrosos. Las cosas no son fáciles para los halcones; no tienen tantas oportunidades. Éste es uno de esos raros momentos. Si no la pescan quizá no tengan una oportunidad como ésta en mucho tiempo. Lo que se sigue, claro, es que si los detienen ahora lo peor pasará. ¿Esto de qué depende?

Depende del grado de conciencia del problema, no solamente entre los objetivos inmediatos de destrucción sino entre todos aquellos que supuestamente se encuentran en el campo del gobierno norteamericano: el centro político en Estados Unidos, los gobiernos miembros de la OTAN, los líderes militares que entienden las consecuencias. Y depende de la extensión de la movilización inteligente y rápida del aquellos a los que Franklin Roosevelt llamaba de “centro izquierda”.

Todos han enmudecido más o menos durante los tres últimos meses, debido en parte a lo ocurrido el 11 de septiembre, la falta de simpatía del mundo por los métodos y los objetivos de Osama Bin Laden y, recientemente, el presuntamente rápido desvanecimiento de los talibán. Con esto es con lo que han estado contando los halcones. Tal vez su día llegó, pero si es así, es el momento de oponérseles con acciones vigorosas.

1 DE ABRIL DE 2002:
“IRAQ: O CÓMO LAS GRANDES POTENCIAS SE DERRIBAN SOLAS”

George W. Bush es geopolíticamente incompetente. Ha permitido que una pandilla de halcones lo induzca a asumir una postura (sobre la invasión de Iraq) de la que no puede sustraerse y que no tendrá más que consecuencias negativas para todos los implicados, pero sobre todo para Estados Unidos. Acabará políticamente herido de gravedad. incluso tal vez destruido. Hará menguar bastante rápida-

mente el ya declinante poder de Estados Unidos en el mundo. Y contribuirá drásticamente a la destrucción del estado de Israel aumentando la locura suicida de los halcones israelíes. Es claro que hay muchas personas en el mundo a las que semejantes consecuencias negativas las harían felices. El problema es que, mientras tanto, Bush peleará una guerra que destruirá muchas vidas inmediatamente, en el mundo árabe islámico producirá disturbios de una clase y nivel hasta ahora inimaginados y quizá destrabará armas nucleares que, una vez utilizadas, difícilmente podrán ser consideradas ilegítimas después. ¿Cómo nos metimos en este desastroso callejón sin salida?

Parece razonable asumir que la acción militar norteamericana en contra de Iraq no es una cuestión de quizá sino de qué tan pronto. ¿Por qué ocurre esto? Cuando preguntamos a los voceros del gobierno norteamericano, la razón que dan es que Iraq ha estado desafiando las resoluciones de la ONU y esto representa un inminente peligro para el mundo en general, y quizá para Estados Unidos en particular.

Esta explicación de la acción militar esperada es tan endeble que no puede tomarse en serio. Los actos de desafío a las resoluciones de la ONU u otros mandatos internacionales se han dado por docenas durante los últimos cincuenta años. No es necesario recordar que Estados Unidos se rehusó a ceder a una decisión de la Corte Mundial en torno a Nicaragua que lo inculpaba. Y el presidente Bush ha puesto en claro que no respetará ningún tratado que a su juicio ponga en peligro los intereses nacionales de Estados Unidos. Naturalmente, Israel ha venido desafiando las resoluciones de la ONU durante más de treinta años, y lo sigue haciendo mientras escribo. Y el historial de otros miembros de la ONU no es mucho mejor. Así que, sí, Saddam Hussein ha estado desafiando abiertamente las resoluciones de la ONU. ¿Qué hay de nuevo?

¿Es Saddam Hussein una amenaza inminente para alguien? En agosto de 1990 Iraq invadió Kuwait. Esta acción cuando menos significaba una amenaza inminente. La respuesta fue la llamada guerra del Golfo. En esta guerra Estados Unidos sacó a los iraquíes de Kuwait y luego decidió detenerse ahí. Saddam Hussein permaneció en el poder. La ONU adoptó varios acuerdos en los que requirió a Iraq que abandonara las armas nucleares, químicas y bacteriológicas y ordenó el envío de grupos de inspección para verificar que se hiciera. También aplicó diversos embargos. Como sabemos, durante los diez años transcurridos desde entonces la situación *de facto* ha cam-

biado, y el sistema de restricciones contra Iraq instaurado por estas resoluciones se ha debilitado considerablemente, aunque no del todo.

El 22 de marzo de 2002 Iraq y Kuwait firmaron un acuerdo en el que Iraq accedía a respetar la soberanía de Kuwait. El ministro de Relaciones Exteriores de este país, Sabah al-Ahmad al-Sabah, dijo que su país estaba "cien por ciento satisfecho". Cuando un reportero preguntó si Kuwait estaba contento con todas las cláusulas del acuerdo, el ministro replicó: "Yo mismo las escribí." El vocero de Estados Unidos, sin embargo, se mostró escéptico. Estados Unidos no va a detenerse simplemente porque Kuwait está "satisfecho". ¿Quién es Kuwait para participar en semejante decisión?

Los halcones estadunidenses están convencidos —como he dicho y repetido— de que solamente con el uso de la fuerza, un alto grado de fuerza, recuperará Estados Unidos la hegemonía indisputable en el sistema mundial. Sin lugar a dudas, el uso de la fuerza avasalladora establece esta hegemonía. Fue lo que ocurrió en 1945, y Estados Unidos efectivamente se convirtió en la potencia hegemónica. Pero el uso de esa fuerza cuando las condiciones de la hegemonía ya han sido minadas es una señal de debilidad y no de fuerza, y debilita al que la usa. Es obvio que en este momento nadie respalda la invasión de Iraq: ni una sola nación árabe, ni Turquía ni Irán ni Pakistán, ni una sola potencia europea.

Hay, claro, una notable excepción: la Gran Bretaña, o más bien Tony Blair. No obstante, el señor Blair está teniendo dos problemas en casa: una revuelta se está cocinando en el Partido Laborista y, más importante aún, como reportó *The Observer* el 17 de marzo: "Los jefes militares británicos emitieron una fuerte advertencia a Tony Blair anoche en el sentido de que una guerra contra Iraq está destinada al fracaso y conduciría a la pérdida de vidas a cambio de muy poca ganancia política." No puedo creer que los jefes militares estadunidenses hagan una evaluación diferente, aunque quizá no se atrevan a decir las cosas como son al presidente Bush. Kenneth Pollack, el encargado de Iraq en el Consejo de Seguridad de Clinton, dice que esa guerra necesitaría el envío inicial de doscientas a trescientas mil tropas, presumiblemente desde bases instaladas en Arabia Saudita o Kuwait, y luego más para defender a los kurdos en el norte de Iraq; estas tropas saldrían Turquía o probablemente volarían sobre ella.

Estados Unidos parece seguir contando con intimidar a sus "aliados" al lanzarse solos. Tras la ocupación de Ramalah por Sharon, la

remota esperanza de que podrían disponer de las bases sauditas (o kuwaitíes) ha desaparecido. Turquía a todas luces no quiere defender a los kurdos iraquíes, pues la consecuencia mayor de hacerlo sería el fortalecimiento del movimiento kurdo en Turquía, contra el que el gobierno turco despliega todos sus esfuerzos. En cuanto a Israel, Sharon parece estar decidido a llevar a cabo, lo más rápido posible, la reocupación de Cisjordania y Gaza y la destrucción de la Autoridad Palestina. Y Bush lo apoya un noventa y nueve por ciento en esto.

Si mi análisis es correcto, entonces la invasión será difícil si no es que imposible de ganar, con la consecuente pérdida de múltiples vidas (sobre todo de norteamericanos), y culminará en una casi retirada de Estados Unidos. Un segundo Vietnam. ¿Acaso nadie en la administración de Bush es capaz de ver esto? Sí, unos cuantos, pero no se les toma en cuenta. ¿Por qué? Porque Bush se encuentra en un dilema autoimpuesto. Si prosigue con la invasión de Iraq, se verá desdeñado, como Lyndon Johnson, o humillado, como Richard Nixon. Y el fracaso de Estados Unidos dará a los europeos el valor de ser europeos y no "atlánticos". Entonces, ¿por qué hacerlo? Porque Bush prometió a los norteamericanos una "guerra al terrorismo" que "sin duda ganaremos".

Hasta ahora lo único que ha logrado es la caída de los talibán. No ha capturado a Bin Laden. Pakistán está dudoso. Arabia Saudita se está retirando. Si no invade Iraq, se verá como un tonto ahí donde más le importa: a los ojos de los electores norteamericanos. Y esto es lo que le dicen, sin ambages, sus consejeros de política interna. El puntaje increíblemente elevado de las encuestas es el de un "presidente en tiempo de guerra". En el instante en que se convierta en un presidente en tiempos de paz se verá envuelto en graves dificultades, tanto más cuanto que las promesas hechas en tiempo de guerra quedarán incumplidas.

Así que no tiene opción: invadirá Iraq. Y todos viviremos con las consecuencias.

1 DE JULIO DE 2002:
"PREVENCIÓN: LA APUESTA POLÍTICA Y MORAL"

La guerra sigue siendo una realidad en el mundo. Sin embargo, durante cinco siglos cuando menos las naciones del moderno siste-

ma mundial han estado pugnando por crear “reglas de guerra” que en cierta forma limitaran, o eliminaran, las modalidades más brutales, menos justificadas de ir a la guerra. Estas reglas se están codificando cada vez más en los tratados internacionales.

En 1945 la Carta de las Naciones Unidas hizo una distinción entre iniciar una guerra y defender al propio país de guerras iniciadas por otros. La carta admite la legitimidad de la “autodefensa” e incluso de la “autodefensa colectiva”, esto es, acuerdos entre países de que si uno es atacado los otros pueden acudir en su defensa. Aunque en la práctica estas reglas han sido violadas a menudo, es un tributo del vicio a la virtud que desde 1945 ha habido violadores que han negado hipócritamente que fueran ellos los violadores. Han insistido en que no fueron ellos los que iniciaron una guerra sino el bando contrario. Por ejemplo, Corea del Norte ha negado siempre haber iniciado la guerra con Corea del Sur en 1950, alegando que fue ésta la que comenzó las hostilidades. Y cuando Estados Unidos invadió Granada en 1983 dijo que lo hacía solamente porque la vida de los estudiantes de medicina estadunidenses estaba en peligro, y que por consiguiente Granada fue la primera en mostrarse hostil.

Durante la prolongada guerra fría entre Estados Unidos y la Unión Soviética se decía que el “terror estaba en equilibrio”; en otras palabras, ambos bandos sabían que si el otro iniciaba una guerra haciendo uso de armas nucleares su bando estaría en posición de responder efectivamente y que por lo tanto el resultado principal sería la destrucción mutua. No obstante, en el gobierno norteamericano se discutía constantemente (y quizás en el gobierno soviético también) si era posible o deseable desencadenar semejante guerra con tanta sorpresa que el otro bando no pudiera responder eficazmente. Se decía que este plan de acción era un “primer asalto” que sería “preventivo”. Evidentemente nunca ocurrió. No tenemos la certeza de que las decisiones se tomaran en primera instancia por razones técnicas (la sorpresa nunca sería suficiente para evitar la devastadora respuesta) o por razones políticas o morales (un primer asalto estaría en violación de la Carta de las Naciones Unidas). Lo que puede decirse es que ninguna administración estadunidense repudió nunca definitivamente la posibilidad de un primer asalto. Muchas personas pensaban que esto se debía a que cada bando quería tener al otro a sus pies y no porque ninguno de los dos bandos tuviera la intención de llevarlo a cabo.

Después de la caída de la Unión Soviética se decía que no había

tanta necesidad de preocuparse por un “primer asalto” desde que la guerra fría terminara. Pero el asunto ha revivido desde el 11 de septiembre. En el discurso que dio en West Point en junio de 2002, el presidente George W. Bush dijo: “Si esperamos que las amenazas se materialicen completamente tendremos que esperar por largo tiempo.” Lenguaje por demás claro. Dice que un primer asalto es legítimo, especialmente desde que Condoleeza Rice comentó sobre el discurso: “Significa impedir ciertos actos destructivos de un adversario en contra de uno.”

En el *Washington Post* del 16 de junio de 2002 Bob Woodward reveló que la administración de Bush había comentado recientemente sobre la posibilidad de recurrir a equipos de norteamericanos para asesinar a Saddam Hussein. En los años cincuenta y sesenta Estados Unidos había participado en intentos de asesinato —sin éxito, hasta donde sabemos. Como resultado de la revelación de estas medidas por el Comité de Iglesias del Senado en 1973, el presidente Ford emitió una orden ejecutiva prohibiendo esta práctica en 1976. Los siguientes presidentes mantuvieron la orden, incluyendo a Reagan y a Bush padre. Esta orden es la que ahora está siendo anulada.

En el último número del *International Journal of Intelligence and Counterintelligence* (vol. 15, núm. 2, 2002), Jeffrey T. Richelson defiende abiertamente “el asesinato como una opción de seguridad nacional”. Vale la pena revisar sus argumentos:

> No hay un solo caso convincente en que la prohibición [de asesinato] deba ser absoluta [...] Sería más razonable pugnar por que la prohibición continúe con la forma que actualmente tiene. En la actual interpretación norteamericana de la ley internacional, la muerte intencionada de líderes enemigos está permitida exclusivamente en aquellas situaciones en que estén mejor indicadas: en el fragor de la guerra, durante una serie continua de ataques terroristas o ante un ataque inminente. De tal manera, la prohibición no impidió que el presidente George W. Bush firmara un laudo presidencial en octubre de 2001 que autorizaba dar muerte a Osama Bin Laden.

Así, pues, el plan está claro. Primero Estados Unidos intenta asesinar a Saddam Hussein. Si esto no funciona (y es probable que así sea), entonces se intentará un primer asalto preventivo. El presidente Bush ha señalado sin tapujos que desea un “cambio de régimen” en varios países. Decir que esto es una violación de la soberanía es decir lo obvio. Pero esto no parece afectarle, ya que habla el lengua-

je del poder y no el de la ley. Lo que es más, está revistiendo este lenguaje de poder con un lenguaje de moralidad: la lucha contra el terrorismo y por la democracia. No entraré aquí en la eficacia de estas políticas. Ya lo hice en otro sitio y, en todo caso, la eficacia política es precisamente el tema del debate en el interior de la administración y el Congreso norteamericanos y los diversos líderes de la Unión Europea.

Pero ésta es no solamente una cuestión de política sino de leyes y moralidad, y estas dos últimas cuestiones parecen estar cada vez más fuera del centro del debate. “Impedir” no significa “defender” por una sencilla razón: la única forma de que la ley reconozca la defensa es *después* de ocurrida la acción. El intento de cometer una acción no constituye una acción, ya que nunca se sabe si un intento desembocará en algo. Además, el que impide está interpretando este intento y puede (y con frecuencia lo hace) interpretarlo incorrectamente. En derecho criminal legalmente no estoy autorizado para dispararle a alguien porque escuché que decía cosas feas de mí y pienso que un día no muy lejano va a tratar de pegarme un balazo. Si, no obstante, esta persona me apunta con su pistola, yo puedo dispararle en defensa propia. Sin esta distinción elemental nos encontramos en un mundo sin ley.

Luego está la moral. La moral depende de lo razonable de nuestros actos. Y lo razonable requiere tener en cuenta la medida en que podríamos estar equivocados. No hay indicaciones de que nadie en la administración se esté preocupando de que pudiéramos estar equivocados. Pero esta preocupación, este autoanálisis es determinante para la moral. Una guerra preventiva es una acción irrevocable. No es un delito menor que pueda rectificarse digamos con una compensación financiera. Mueren personas, y la mayoría de las veces mueren muchas. El que hace la guerra preventiva puede decir que desea impedir que otros (sus amigos, su familia, sus compatriotas) mueran en la esperada agresión del otro. Sin embargo, no deja de ser el que dispara primero y mata primero. Si esto no está cubierto por el mandamiento “No matarás”, ¿qué lo está?

Para mí todo es absurdamente simple. El primer asalto contraviene el derecho internacional. Es inmoral. Si constituye un error político, es algo a lo que podemos sobrevivir. Un error legal (de esta magnitud) socava la posibilidad misma de la ley. Y un error de moral (algunos le llaman pecado) nos transforma, visiblemente no para mejorarnos.

15 DE JULIO DE 2002: "JUEZ, JURADO Y CABALLERÍA"

Utilicé como título el encabezado de una historia acerca de la apasionada oposición del gobierno norteamericano a la Corte Criminal Internacional (CCI), aparecida en un artículo en el principal diario de Australia, el *Sydney Morning Herald*, el 5 de julio de 2002. El mundo ha visto recientemente el siguiente extraordinario conjunto de acontecimientos: la CCI fue establecida por un tratado internacional firmado por Estados Unidos durante la presidencia de Clinton, que éste no sometió a ratificación, en parte porque el ejército norteamericano estaba descontento y en parte porque no existía la posibilidad de que el Senado lo ratificara. De todos modos lo firmó, para darle a Estados Unidos la facultad de proponer futuras enmiendas.

Cuando Bush llegó al poder, fue más lejos. Bush se "desfirmó" del tratado. Esto tal vez no sea legal, pero aun así lo hizo y en la práctica éste fue un mero acto figurado. El tratado debía entrar en vigor solamente cuando sesenta naciones lo hubieran ratificado. Estados Unidos pensó que esto no ocurriría en menos de diez años, pero en realidad ocurrió en dos, y la CCI adquirió existencia formal el 1 de julio de 2002. Tal como consta en él, el tratado se aplica a todos los países, ya formen parte de los firmantes o no. Estipula, en circunstancias específicas y con muchas salvaguardas, la posibilidad de procesar a las personas por actos que violen las reglas de guerra en un tribunal que se ubicará en La Haya, en los Países Bajos.

El gobierno norteamericano, como se dice en buena jerga norteamericana, se "volvió balístico". Quitó todos los obstáculos. El primer hecho concreto fue el mandato de la ONU de mantener tropas en Bosnia, que habría de renovarse el 1 de julio. Estados Unidos vetó esta renovación porque el Consejo de Seguridad de la ONU rechazó votar una exención explícita en las cláusulas del tratado para el personal militar y del gobierno norteamericanos.

Estados Unidos ha amenazado también con vetar todas las demás misiones de paz de la ONU que deban ser renovadas o creadas. Esto incluye, por ejemplo, las fuerzas estacionadas en la frontera de Israel con Líbano, que son las que mantienen a la Hezbolah algo apartada de la frontera israelí y hasta ahora ha constituido un desiderátum del gobierno de Sharon. Además, un comité del Congreso ya votó una cláusula que prohibirá la ayuda militar a cualquier país que ratifique el tratado.

¿Con quién está peleando Estados Unidos? Los llamados países del eje del mal no son signatarios. China no lo es. Los principales signatarios y los principales defensores de la CCI son todos los aliados de Estados Unidos en la OTAN. La Gran Bretaña y Francia encabezaron la lucha contra los esfuerzos de Estados Unidos de obtener, en el Consejo de Seguridad, una exención especial para ciertas cláusulas del tratado. Se dice que, si un ciudadano norteamericano fuera llevado ante la CCI en La Haya, Estados Unidos enviaría una misión de rescate. Así que podemos vislumbrar a la infantería de marina desembarcando en los Países Bajos con intenciones hostiles de "rescatar" a un ciudadano norteamericano acusado de crímenes de guerra.

Éste parece el mundo de Alicia en el País de las Maravillas. ¿Cómo explicar lo que tiene toda la apariencia de una histeria de los norteamericanos? Sin embargo, tiene todo el sentido si uno comparte la lógica de los halcones norteamericanos. El hecho es que la creación de la CCI es un paso adelante en la creación del derecho internacional, y un paso semejante constituye ciertamente una usurpación de la soberanía existente. Ésa es su finalidad. Claro, como dicen los europeos occidentales, el tratado está destinado a afrontar violaciones extraordinarias de las normas internacionales existentes, la clase de crimen de que se acusa hoy a Milosevic ante un tribunal especial. Esencialmente, la CCI es un tribunal permanente con el mismo diseño. También es verdad que el presente tratado estipula que si un individuo es acusado de un crimen como ése, la jurisdicción corresponde primero a las cortes nacionales del individuo, y un caso sólo se puede llevar a la CCI si éstas no lo reconocen. Es, pues, bastante poco probable que un ciudadano norteamericano sea llevado ante la CCI en estos momentos.

Pero Estados Unidos dice dos cosas. Los tiempos cambian. Y ya hay demasiadas personas en el mundo que tienen animadversión contra este país y que harían múltiples acusaciones, una o varias que a la larga podrían desembocar en una acusación contra Estados Unidos. Esto es cierto, por supuesto. La cuestión es si Estados Unidos desea apoyarse en el "derecho" para resolver estos asuntos o si insiste en ser "juez, jurado y caballería" en un mundo sin ley.

La actitud del actual gobierno norteamericano arrastra consigo una larga historia. Una considerable porción de la población y de los líderes políticos de Estados Unidos miran el derecho y las instituciones internacionales con recelo, incluso con hostilidad. Esta facción de opinión combina el aislacionismo esencial con el militarismo

esencial. Antes de 1941 este punto de vista tenía gran fuerza en el Partido Republicano. (Los demócratas que eran "aislacionistas" tendían a ser relativamente pacifistas.) Existía, naturalmente, un ala "internacionalista" entre los republicanos, asociada a Wall Street, a los grandes negocios, a la Costa Este, pero constituían siempre una minoría.

La segunda guerra mundial volvió impopular y políticamente insostenible el aislacionismo. La famosa conversión del senador Arthur Vandenberg a la nueva estructura de la ONU constituyó la base política sobre la que la llamada política exterior bipartidista de Estados Unidos se levantó después de 1945. Claro, el hecho de que existiera una guerra fría que justificara el "internacionalismo" ayudó considerablemente. El fin de la guerra fría marcó el fin del compromiso de los miembros de la derecha estadunidense con el "internacionalismo". Han regresado públicamente a la postura anterior a 1941, una combinación de aislacionismo y militarismo. En esta perspectiva, a menos que la OTAN cumpla enteramente los deseos de Estados Unidos, será un enemigo en la misma medida que el "eje del mal". Esto es lo que estamos viendo en conexión con la discusión sobre el hipotético envío de la infantería de marina a invadir los Países Bajos.

Por supuesto, esta postura ha hecho estragos en los esfuerzos de la Unión Europea (y Canadá) de construir un "orden mundial", en el que la CCI tiene un importante papel como institución promotora de los "derechos humanos". Los halcones en Estados Unidos no están interesados en ese orden mundial en absoluto. Lo que les interesa es afirmar el poderío militar unilateral de los norteamericanos, así como imponer su poderío a todo el mundo, entre otros nada menos que a los aliados de la OTAN. La idea de que un soldado norteamericano pudiera ser llamado a cuentas en algún lugar porque hubiera cometido un acto violatorio del derecho internacional y las normas del derecho natural es anatema para los halcones. Pues —dicen— después del juicio del sargento X vendrá una acusación contra Henry Kissinger o (¿por qué no?) contra George W. Bush.

Un arreglo de último minuto pospuso la cuestión por un año. Pero esto no cambia nada. Una de dos cosas sucederán ahora: la Gran Bretaña, Francia y otros cederán y la CCI será desmantelada, y Estados Unidos prevalecerá como "juez, jurado y caballería". O bien no cederán y tal vez sea la OTAN la que se desmantele. No es una pugna menor.

1 DE SEPTIEMBRE DE 2002: "GEORGE W. BUSH, AGENTE PRINCIPAL DE OSAMA BIN LADEN"

Osama Bin Laden expresó claramente el 11 de septiembre de 2001 que deseaba perjudicar a Estados Unidos con crueldad, así como derrocar a los gobiernos "malos musulmanes", sobre todo el de Arabia Saudita y el de Pakistán. George W. Bush está trabajando a marchas forzadas para ayudarle a alcanzar estos dos objetivos. Cabría decir, por cierto, que, sin George W. Bush, Osama Bin Laden no podría hacerlo, no cuando menos en el corto plazo.

George W. Bush se está preparando para invadir Iraq. La oposición a esta acción crece impresionantemente. Para empezar, dentro de Estados Unidos dos grupos han tomado la delantera en las dos últimas semanas. Uno es el de los llamados "viejos bushitas", esto es, George Bush padre y los que fueran sus más cercanos consejeros. Hemos escuchado fuertes advertencias de James A. Baker, Brent Scowcroft y Lawrence Eagleburger, todos parte del círculo interno de la administración del primer presidente Bush, en el sentido de que una invasión en este momento, sin la autorización de la ONU, no es prudente ni necesaria y sólo puede tener consecuencias negativas para Estados Unidos.

Luego está la oposición del ejército. Brent Scowcroft es un ex general. Hemos oído, también, a Norman Schwarzkopf, que estuvo al frente de las tropas norteamericanas durante la guerra del Golfo; a Anthony Zinni, que comandó a las tropas norteamericanas en el Medio Oriente y es el actual mediador de la administración en el conflicto entre Israel y Palestina; y a Wesley Clark, que estuvo al mando de las fuerzas de la OTAN en la operación en Kosovo. Todos dicen que no será fácil desde el punto de vista militar, que no es necesario desde el punto de vista militar en este momento y que tendrá consecuencias negativas para Estados Unidos. Se piensa que estos líderes militares retirados hablan por muchos que aún están en servicio activo.

Otros dos que se han manifestado son Richard Armey, el líder de la mayoría republicana en la Cámara de Representantes, y el senador Chuck Hagel, veterano de Vietnam y senador republicano por Nebraska. Esto se suma a una vigorosa oposición interna a la aventura que Bush propone. Nótese que no figuran demócratas en la lista. Los demócratas se han mostrado extraordinaria y vergonzosamente tímidos a lo largo del debate.

Luego está la oposición de los amigos y los aliados de Estados Unidos. Los canadienses dicen que no han visto las pruebas que justificarían la invasión. Los alemanes dicen que definitivamente ellos no enviarán tropas. Los rusos se han pasado las últimas semanas discutiendo ostentosamente con los tres miembros del "eje del mal", Iraq, Irán y Corea del Norte. Los países árabes "moderados" se disputan la ocasión de ser los primeros en decir que no permitirán que su territorio se utilice para lanzar un ataque contra Iraq: Arabia Saudita, Jordania, Egipto, Bahrein, Qatar. Los kurdos se rehusaron a asistir a una reunión de la oposición iraquí auspiciada por Estados Unidos en este país. Incluso con la Gran Bretaña se está metiendo éste en problemas. Así es, Tony Blair parece ser ardorosamente fiel, aunque se queja de que Estados Unidos no le está dando nada con que ayudarle (es decir, evidencias concretas que pueda mostrar a los demás). La mayoría de los británicos se oponen a la acción militar, y Blair se niega a permitir una discusión en el gabinete porque conoce la fuerte oposición que hay ahí, sobre todo la de Robin Cook.

Sí, George Bush tiene efectivamente firmes defensores: Ariel Sharon y Tom DeLay. Pero nada más. ¿Qué es lo que dice la administración estudunidense en respuesta a las críticas? El propio Bush minimiza el debate tachándolo de "frenesí" y dice que la decisión no está todavía tomada, cosa que nadie cree. El vicepresidente Cheney dice que, aun si hoy por hoy Saddam Hussein aceptara el regreso de los inspectores de todos modos lo derrocarían (posición que al mismo Blair le parece inaceptable). Y el secretario de Defensa, Rumsfeld, dice que cuando Estados Unidos determine cuál es la acción correcta, y la emprenda, los demás le seguirán. Esto es lo que entendemos por liderazgo —dice.

El punto es que, desde la perspectiva de los halcones, entre los que el propio Bush está incluido ahora, la oposición es irrelevante. En realidad, están más contentos de seguir adelante solos, sin que nadie meta las manos con la intención de ayudar. Lo que quieren demostrar es que nadie puede desafiar al gobierno de Estados Unidos y salirse con la suya. Quieren derrocar a Saddam Hussein, independientemente de lo que haga o de lo que otros digan, porque metió las narices en Estados Unidos. Los halcones están convencidos de que solamente aplastando a Saddam podrán convencer al resto del mundo de que Estados Unidos es el que manda y de que hay que obedecerlo. Por eso están promoviendo la absurda idea de hacer que otros países suscriban tratados bilaterales con Estados Unidos en los

que se garantice trato especial a los ciudadanos norteamericanos en asuntos de la competencia de la recién establecida CCI. El principio es el mismo: Estados Unidos no puede quedar sometido al derecho internacional porque es el mandamás.

Naturalmente, lo que la oposición está diciendo —la oposición amistosa, no la de al-Qaeda— es que Estados Unidos se está pegando solo y por hacerlo ocasionará graves daños al resto del mundo. Además de que la acción propuesta es ilegal en términos del derecho internacional (invadir un país constituye una agresión, y una agresión es un crimen de guerra), es estúpida. Examinemos los tres posibles desenlaces de la invasión. Estados Unidos puede ganar rápida y fácilmente, con un mínimo de pérdidas humanas. Puede ganar tras una guerra larga y agotadora, con muchas pérdidas humanas. Estados Unidos puede perder, como en Vietnam, y verse obligado a retirarse de Iraq tras una pérdida considerable de vidas humanas. Una victoria rápida y fácil, evidentemente lo que la administración espera que ocurra, es lo menos probable. La posibilidad es una en veinte. Ganar tras una guerra larga y agotadora es lo más probable que ocurra: dos en tres. Perder, por increíble que parezca (en Vietnam lo parecía también), es un desenlace posible: una posibilidad en tres.

Cualquiera de estos tres desenlaces perjudicará los intereses nacionales de Estados Unidos. Supongamos que gana fácil y rápido. El mundo quedará impresionado, intimidado. Nada garantizará una pérdida más veloz de influencia política real en el mundo —sobre todo entre nuestros aliados y amigos— que este desenlace, que es el que más desean los halcones del gobierno norteamericano. Ellas argumentan que esto hará que Estados Unidos recupere el poder. En realidad lo devastará. Nos quedaremos sin amigos; con excepción de algunos aduladores, la enorme mayoría de los países estarán negros de resentimiento.

Y luego quedará el problema de qué haremos después de la fácil victoria. Hemos prometido a Turquía y a Jordania, y probablemente a Arabia Saudita, que no permitiremos que Iraq se desintegre. ¿Podemos guardar esta promesa? Sí, si enviamos a un procónsul estadunidense y un mínimo de doscientas mil tropas para una prolongada ocupación del país (como hicimos con Japón en 1945). Pero no tenemos intenciones de hacer tal cosa, y la idea sería de muy negativas consecuencias para la administración de Estados Unidos en casa. Un Iraq después de la invasión sería como Bosnia a

principios de los noventa: presa de fuerzas etnicizantes internas y externas. Y Estados Unidos no puede decidir si desea que Irán esté de su lado o si invadirlo después. En todo caso, Irán sacará todo el provecho que pueda de un Iraq derrotado, y recibiría muy bien su desintegración.

Los llamadas naciones árabes moderadas han estado chillando que una invasión norteamericana afectará sobre todo a sus regímenes, que tal vez no sobrevivan, y hará que prácticamente sea imposible lo que ya es remoto, esto es, cualquier arreglo entre Israel y Palestina. Esto es tan obvio que uno se pregunta cómo es que el gobierno estadunidense pueda tener dudas al respecto. Los halcones israelíes y palestinos saldrán infinitamente fortalecidos, y estarán menos dispuestos que nunca a aceptar ningún arreglo, lo proponga quien lo proponga.

Queda el desenlace más probable: una prolongada y extendida guerra sangrienta. Es muy probable que Iraq sea reducido a la edad de piedra con las bombas, el sueño de los impetuosos halcones. O con misiles. Mientras tanto Iraq soltará las terribles armas que posea. Menos numerosas y poderosas de lo que la propaganda norteamericana dice, pero aun unas pocas pueden ocasionar tremendos daños humanos en toda la región (por supuesto y sobre todo, Israel incluido). Las bolsas con cuerpos encenderán una ponzoñosa lucha civil en Estados Unidos. Los costos económicos de la guerra, así como el impacto en el abasto de petróleo ocasionarán el mismo tipo de daño prolongado de la posición relativa de Estados Unidos en la economía mundial, tal como lo hizo la guerra de Vietnam. Y si además nos echamos encima la culpa moral de añadir bombas nucleares a las de Hiroshima y Nagasaki, pasarán cincuenta años antes de que la opinión pública se calme. Y luego, cuando finalmente hayamos ganado, tendremos el mismo problema de qué hacer después y menos ganas de hacerlo.

El tercer desenlace posible, la derrota, es tan aterrador que uno ni siquiera se atreve a pensar cómo lo tomarán las próximas generaciones. Probablemente culparán a Washington por su incapacidad para considerar seriamente esta posibilidad. Negación, le llaman a esto los psiquiatras.

¿Puede pedir más Osama Bin Laden?

15 DE SEPTIEMBRE DE 2002: "9/11, UN AÑO DESPUÉS"

Todo el mundo sabe hoy a qué se refiere el símbolo "9/11". Se refiere al día en que un grupo de seguidores de Osama Bin Laden tomaron el control de cuatro aviones en Estados Unidos y lograron destruir las Torres Gemelas de Nueva York y dañar el Pentágono en las afueras de Washington. Varios miles de personas perdieron la vida. El resultado fue que el presidente Bush le declaró la "guerra al terrorismo", guerra que "ciertamente ganaremos" —dijo. Apeló a diestra y siniestra a todo el mundo para que apoyara a Estados Unidos en esta guerra, y dijo que los que no estaban con nosotros estaban en contra de nosotros. Prometió capturar a Bin Laden, "vivo o muerto".

La reacción inmediata de los norteamericanos al ataque fue de respaldo al presidente Bush y lo que proponía. Hubo además una ola de simpatía hacia el Estados Unidos víctima de un ataque. Para sorpresa de muchos, el encabezado del editorial de *Le Monde* del día siguiente rezaba: "Ahora todos somos norteamericanos." El modo en que inicialmente Bush puso en marcha su programa fue doble: internacionalmente, buscó crear una amplia coalición de actividades antiterroristas, entre ellas enviar tropas a Afganistán para derrocar el régimen de los talibán y destruir a al-Qaeda, que se pensaba que se encontraba dentro de Afganistán. Internamente, trató de mejorar bastante las medidas de seguridad, sobre todo con la Ley Patriótica, que dotó de poderes nunca antes vistos al gobierno norteamericano para superar los obstáculos legales a sus actividades. Esta ley fue aprobada casi unánimemente por el Congreso.

El éxito inicial de las medidas de Bush fue muy considerable. Estados Unidos parecía estar en alto en la opinión pública mundial. Los talibán fueron despojados del poder militarmente, sin mayores dificultades. Y aunque no se capturó a Bin Laden ni a la mayoría de los líderes de al-Qaeda, al parecer estaban "huyendo". Luego las cosas comenzaron a cambiar. Para empezar, Estados Unidos cambió su foco de atención. La persecución de Bin Laden y al-Qaeda pasó a segundo plano y fue sustituida por un nuevo objetivo, el "cambio de régimen" en Iraq. Este objetivo no obtuvo la misma aceptación en gran escala que la "guerra al terrorismo". Más bien lo opuesto. Tantas voces se levantaron en protesta contra la "acción preventiva" que ahora el gobierno norteamericano está trabajando las veinticuatro horas para asegurarse de que no está completamente solo en este

asunto. Un año más tarde *Le Monde* publicó un segundo editorial, donde decía: "El reflejo de solidaridad de hace un año se ha transformado en una ola que podría hacernos pensar que todos, en todo el mundo, nos hemos vuelto antinorteamericanos." El canciller de Alemania, país que hace apenas un año todavía se consideraba un infatigable aliado de Estados Unidos, está ganando prestigio en la opinión pública en una cerrada batalla electoral precisamente porque ha dicho que Alemania no enviará tropas a invadir Iraq, aun si el Consejo de Seguridad lo autoriza.

¿Qué fue lo que ocurrió durante este año? La respuesta dependerá de a quién hagamos la pregunta. Comencemos con los llamados halcones de la administración estadunidense, que son los que hoy llevan la batuta. Dirán que pasaron por alto el respaldo blanduzco en que Estados Unidos se ha venido apoyando durante mucho tiempo y que están reafirmando —por primera vez en más de cincuenta años— la única modalidad política que garantizará los intereses nacionales del país. Aseguran que Estados Unidos no solamente tiene el derecho a iniciar una acción preventiva sino el deber moral de hacerlo. Saben que esta postura incomoda a mucha gente y a muchos gobiernos, pero están convencidos —como dijo el secretario Rumsfeld la semana pasada— de que si Estados Unidos determina que es correcto hacer algo y lo hace, otros se darán cuenta de que era correcto y acabarán apoyándolo. El unilateralismo, para los halcones, no es ni incorrecto ni imprudente; es, por el contrario, el camino de la experiencia.

¿A qué otros se refiere Rumsfeld? A todos aquellos que, a la vez que afirman compartir los valores de los norteamericanos, vacilan ante la imagen del unilateralismo e instan a una vuelta al "multilateralismo": en Estados Unidos, republicanos fieles y leales como James Baker y los clintonitas; en otros lados, los canadienses y los europeo-occidentales (los aliados tradicionales de Estados Unidos), así como los llamados moderados en el mundo islámico. Para Rumsfeld sus objeciones son bocanadas de humo, y cuando el dragón lance sus llamaradas todos se desmoronarán. ¿Tiene razón Rumsfeld en cuanto a cómo actuarán cuando los ignoren a todos? Ya veremos, aunque probablemente tenga razón en parte. Algunos ya se están desmoronando, y no han hecho más que pedir que cuando menos aparenten consultarlos para poder manifestar su acuerdo.

Si se les pregunta a los moderados del mundo islámico, moverán la cabeza en desaprobación de la locura de los halcones. Ellos viven

el contacto cotidiano con su realidad local. Conocen los límites de su propio poder. También conocen, mejor que Estados Unidos, los límites de este país en su región. Para ellos es un poco el caso de Sansón cuando derriba el templo. Están bajo el techo y serán aplastados también. Pero también saben que su voz no tiene fuerza hoy en Washington. No es extraño que estén poniendo su destino personal en manos de Alá, y quizá también en las de algunos banqueros suizos.

Si se le preguntara a Bin Laden qué está pasando probablemente diría —si pudiera emplear el lenguaje cínico de los geopolíticos— que todo está saliendo según lo planeado. El presidente Bush dice que el objetivo de Estados Unidos es fortalecer el futuro de la democracia en el Medio Oriente. Pero esa minoría de personas dedicadas que verdaderamente tienen este objetivo se están retorciendo las manos de desesperación. Saben que de la explosión que está por venir en el Medio Oriente no va a surgir ningún régimen democrático viable, sólo puros islamistas fanáticos y generales represores, que eliminarán los pocos bolsones de espacio que ahora tienen. Lo que les espera es la tortura, no la libertad.

Saddam Hussein es un tipo desagradable. Pero lo ha sido durante mucho, mucho tiempo, y durante todo este tiempo ha tenido el sólido respaldo de los gobiernos norteamericano, soviético/ruso y francés. A fin de cuentas no es más que una figura de menor importancia en el escenario mundial e, históricamente, una figura bastante prudente. Su objetivo principal es permanecer en el poder. Su segundo objetivo es fortalecer militarmente al mundo árabe, con él a la cabeza —precisamente la razón de su prudencia.

Los peligros que plantea para todos nosotros la próxima guerra iraquí son tres: 1] puede iniciar el "choque de civilizaciones" de Huntington, al transformarla de una aprehensión incorrecta de la realidad en un principio organizador; 2] probablemente desemboque en el uso de armas nucleares, poniendo fin al tabú y favoreciendo su uso común en el futuro; 3] legitimará la "acción preventiva", cosa que el sistema interestados ha estado tratando de vetar desde hace unos quinientos años. Y para rematar, el desenlace no será nítido, el final inmediato no estará a la vista. Vivimos en un mundo caótico. Pero no necesariamente tenemos que anticipar las cosas de manera tan radical. Desafortunadamente vamos a hacerlo.

1 DE OCTUBRE DE 2002: "LA BATALLA DE LAS RESOLUCIONES"

La segunda guerra entre Estados Unidos e Iraq está pasando por una etapa de escaramuzas inestabilizadoras. Es la batalla de las resoluciones: dos, para ser específicos, una que debe aprobar el Congreso norteamericano y una que debe aprobar el Consejo de Seguridad de la ONU.

La historia empieza en algún momento del despuntar del verano de 2002. En aquel entonces la decisión del gobierno norteamericano de invadir Iraq pronto ya había sido tomada. Los halcones estaban convencidos de haber ganado completamente la batalla interna en Estados Unidos. Lo que querían era una invasión en octubre, *sin* resoluciones. No querían resoluciones por dos motivos. Pensaban que difícilmente obtendrían el tipo de resolución aceptable a sus ojos. Y, más importante aún, querían mostrar que no necesitaban resoluciones, ni entonces ni en el futuro. Querían dejar establecido el principio de que el gobierno norteamericano puede iniciar una acción preventiva y lo hará donde y cuando lo considere oportuno. Y querían iniciar la guerra en octubre para garantizar una mayoría republicana en las dos cámaras del Congreso para las elecciones de noviembre.

Para su sorpresa, el gobierno norteamericano se topó con más oposición de la que esperaba, no sólo de los aliados dudosos (Francia, Rusia, China, Arabia Saudita, Egipto, los demócratas en Estados Unidos) sino también de fuentes de mayor influencia: los llamados "viejos bushitas" (esto es, personalidades republicanas de alto rango); el diputado Armey, líder de la mayoría republicana en la cámara; y una larga lista de generales retirados muy prominentes (a todas luces en representación de los generales activos). Añádase que Tony Blair explicó que le estaba costando convencer al pueblo y a los políticos británicos. La figura cardinal, el propio presidente Bush, decidió que tendría que restañar la pérdida de apoyo y que la forma de hacerlo era buscando las resoluciones. Los principales argumentos internos eran tres: 1] el gobierno norteamericano podía obtener las resoluciones, 2] Saddam Hussein nunca aceptaría verdaderas inspecciones y 3] entonces Estados Unidos podría empezar la guerra en enero, pero con más apoyo internacional y nacional. Enero parece ser el tope puesto por el ejército norteamericano debido a las condiciones climáticas en Iraq. Si no en enero, entonces se pospondría de seis a

nueve meses después. De esta manera, al poner fuego bajo los pies de los demócratas la lucha por las resoluciones sería políticamente tan útil en noviembre como la guerra en sí.

Así, pues, Bush pronunció su discurso ante la ONU y pidió dos conjuntos de resoluciones (de la ONU y del Congreso norteamericano). Esta decisión fue una victoria de poca monta para la facción Powell/los generales/"los viejos bushitas". Que estaban contentos y que se apaciguaron es notorio en la opinión editorial que James A. Baker escribió enseguida. Que los halcones estaban menos que contentos puede leerse pormenorizadamente en el artículo publicado justo antes del discurso en el número de septiembre de la revista *Commentary* por el súper halcón Norman Podhoretz. El artículo se titula "En elogio a la doctrina Bush". Es un artículo que resulta fascinante y vale la pena leerlo detenidamente. Sus puntos son tres: 1] la doctrina Bush respecto a la acción preventiva es asombrosa y sigue la línea de Ronald Reagan y *no* la de su padre; 2] la actuación de Bush hijo en estos asuntos ha sido buena solamente a partir del 11 de septiembre; 3] ahora Bush parece estar trastabillando. La frase clave, dentro del buen estilo coloquial norteamericano, es: "Lo cual no quiere decir que según el recuento Bush vaya a caminar por el camino tan bien como expresó lo expresado."

Con "caminar por el camino" Podhoretz quiere decir que, después de Afganistán y de Iraq, Bush tendría que tomar no solamente Irán y Corea del Norte sino también Siria, Líbano, Libia y después Arabia Saudita, Egipto y la Autoridad Palestina (aun sin Arafat). Podhoretz hace excepción de Pakistán sólo debido al cambio de Musharref, pero en caso de que éste ya no estuviera agregaría Pakistán a la lista. Bueno, cuando menos ya sabemos que los halcones están contemplando una guerra continua en el mundo musulmán (y sin la menor duda más allá —¿alguien dijo Cuba?).

Ahora bien, lo que yo puedo leer pueden leerlo también los miembros del Congreso norteamericano y del Consejo de Seguridad de la ONU. ¿Aprobarán entonces las resoluciones? Sí, por supuesto, pero ésa no es la batalla. La batalla es en torno a los términos utilizados en las resoluciones. Y la batalla está en cómo se peleará la batalla.

En el Congreso la batalla se está librando con una mezcla de intimidación y ambigüedades. El campo de Bush está amenazando a los demócratas de acusarlos de pacifismo o algo peor si no votan por la resolución como el gobierno quiere. Esto funcionó visiblemente, hasta cierto punto. El liderazgo de los demócratas ha estado ansioso

por acordar una resolución sin tardanza para poder emplear el tiempo que queda antes de las elecciones para recordar a los votantes otros asuntos (el estado de la economía, las amenazas a la seguridad social, el seguro para personas mayores que necesitan prescripciones, etc.). Pero existe mucha inquietud acerca de la guerra entre los electores ordinarios. Al Gore decidió marcar el reinicio de campaña para la presidencia emitiendo una nota donde pide gran cautela en lo tocante a Iraq. Ha sido ferozmente atacado por esto. No obstante, el discurso bastó para alentar al senador Kennedy (y a otros) a hacerse eco, para que Tom Daschle expresara públicamente su ira contra el ataque que Bush hiciera a los demócratas de falta de "interés en la seguridad nacional", y para animar al diputado Bonior, el demócrata número dos en la cámara, a volar a Bagdad y decir: "No nos lancemos todavía a la guerra." El resultado de todo esto es que la resolución propuesta originalmente ha sido ligeramente modificada: ahora no permitirá a Bush iniciar cualquier acción militar sino únicamente en Iraq. Esta versión se aprobará probablemente por gran mayoría en una semana más o menos, aunque quizá todavía haya diferencias en cuanto a los términos.

El debate en el Consejo de Seguridad de la ONU seguramente será más difícil para Bush. Estados Unidos quiere un plazo muy corto para el desarme de Iraq y una autorización para ir a la guerra si ello no ocurre. Iraq ha confundido a Bush al decir que admitirá a los inspectores, pero solamente con base en la última resolución de la ONU (de 1998), que para Estados Unidos está por debajo de la norma aceptable. Hans Blix, en representación de la ONU, se encuentra ahora en Viena, negociando el regreso de los inspectores, pero por supuesto con base en el mandato de la ONU ya existente, el de 1998.

Entre tanto, Estados Unidos ha estado presionando mucho a los tres miembros con derecho a veto que están indecisos (Francia, Rusia y China) para que acepten (o siquiera que no veten) lo que los británicos van a proponer (que es lo que Estados Unidos quiere). Hasta este momento los tres han hecho declaraciones ambivalentes. Francia ha dicho que definitivamente no quiere una autorización para la guerra en la resolución, que dicha autorización debe estar contenida en una segunda resolución posterior, una vez que se haya determinado que Iraq violó la primera. La versión francesa pospondría la guerra por un rato, alegando que no sólo tomará tiempo determinar que la primera resolución fue violada sino también el consenso de que así fue. Por lo tanto, la fórmula de una segunda

resolución nos llevaría de enero al otoño de 2003. Francia, Rusia y China estarán vigilándose los pasos, y probablemente de alguna manera sincronizarán su postura final. En este momento no sabemos cuáles serán los términos de una resolución de la ONU. Pero aun con muchas torceduras de mano de Estados Unidos es muy posible que sea más débil de lo que Estados Unidos quiere.

Así que, ¿qué cabe esperar? Una resolución bastante firme del Congreso, resultados electorales inciertos en noviembre y una resolución intermedia de la ONU. Y luego las respuestas ambiguas de Saddam Hussein a cualquier cosa que la ONU intente hacer. En diciembre estaremos en el momento de elegir. El mundo no estará de acuerdo sobre si Hussein está cumpliendo con la resolución de la ONU. Y estaremos de vuelta a la cuestión de si Estados Unidos actuará por sí solo (seguramente con la Gran Bretaña). Para los halcones será ahora o nunca. Y presionarán al máximo para empezar en enero, con la aprobación internacional o sin ella. El presidente Bush será su héroe o su villano. Apuesto a que preferiría ser el héroe, sean cuales fueren las consecuencias en el largo plazo.

15 DE OCTUBRE DE 2002: “LA GUERRA ENTRE ESTADOS UNIDOS E IRAQ, VISTA DESDE LA *LONGUE DURÉE*”

¿Qué puede decirse de la guerra entre Estados Unidos e Iraq, vista desde la *longue durée*? Tres cosas principalmente. La primera tiene que ver con las razones por las cuales Estados Unidos está tomando la posición que está tomando en este momento. Tenemos que pensar en Estados Unidos como una potencia hegemónica, dentro del sistema mundial, que ha comenzado su fase de declinación. Su ascenso comenzó aproximadamente en 1873, cuando se posicionó como una de las dos potencias sucesoras posibles (la otra era Alemania) del Reino Unido, que había alcanzado su auge y estaba empezando a declinar como potencia hegemónica.

El prolongado ascenso de Estados Unidos tuvo lugar entre 1873 y 1945, y tuvo que derrotar a Alemania en una extensa “guerra de treinta años”, de 1914 a 1945, a la que siguió un corto periodo de verdadera hegemonía, de 1945 a 1970, durante el que Estados Unidos fue con mucho el productor más eficiente de la escena económica

mundial. Dominó al mundo políticamente, mediante un acuerdo de *statu quo* con su único rival militar, la URSS (acuerdo al que nos referimos metafóricamente como la Conferencia de Yalta) y una serie de alianzas político-militares (OTAN, el Tratado de Defensa entre Estados Unidos y Japón, ANZUS), que garantizaron a Estados Unidos el respaldo militar y político automático de una serie de potencias industriales de primer orden. Esta hegemonía estaba sostenida por una maquinaria militar basada en el poderío aéreo y en armas nucleares (combinada con un "equilibrio de terror" con la Unión Soviética).

Estos días de gloria fueron interrumpidos por dos sucesos. El primero fue el ascenso económico de Europa occidental y Japón en los años sesenta, que puso fin a la avasalladora superioridad económica de Estados Unidos y transformó el sistema mundial en una triple estructura económica más o menos pareja. El segundo fue la resistencia de algunos países del Tercer Mundo —sobre todo China, Vietnam y Cuba— a aceptar las implicaciones de los acuerdos de *statu quo* entre Estados Unidos y la Unión Soviética.

La combinación del comienzo de la fase B del ciclo de Kondrátiev (consecuencia en gran medida del ascenso económico de Europa occidental y Japón, y por consiguiente del descenso de las ganancias monopolistas), la guerra de Vietnam (que terminó en una derrota y también puso fin al respaldo del dólar con oro) y la revolución de 1968 en el mundo (que entre otras cosas erosionó la legitimidad de los acuerdos de Yalta) marcó el comienzo del fin de la capacidad de Estados Unidos de inculcar su versión del orden mundial en la arena geopolítica.

La historia de Estados Unidos de 1970 a nuestros días es la historia de una lucha por retardar la declinación geopolítica en medio de un estancamiento económico mundial: la Comisión Trilateral y el G-7 (como formas de inducir a Europa occidental y a Japón a no salirse del control de los norteamericanos demasiado rápido), el Consenso de Washington y el neoliberalismo (como formas de detener el avance del sur) y la antiproliferación como doctrina (como una forma de posponer el inevitable declive militar). Si uno quisiera medir todos estos esfuerzos habría que decir que cuando mucho fueron parcialmente exitosos. Efectivamente redujeron la velocidad de la declinación pero no impidieron que tuviera lugar, y todo el tiempo Estados Unidos ha venido negando que esté ocurriendo.

¡He aquí que los halcones hacen su entrada! De 1941 a 2001 nunca ocuparon el poder político en Estados Unidos, cosa que los tenía

furiosos. Después del 11 de septiembre finalmente tomaron las riendas del poder en Washington. Su perspectiva del mundo es que la declinación es real, pero que su causa es la débil voluntad y las políticas equivocadas del gobierno (todos los gobiernos, de Roosevelt al actual presidente hasta antes del 11 de septiembre). Están convencidos de que el poderío potencial de Estados Unidos es invencible con tal que se ejerza. No son unilateralistas por accidente, sino por elección. Están convencidos de que el unilateralismo mismo es una demostración de poder y un refuerzo del poder.

La segunda cosa que está ocurriendo es la pugna entre el Norte y el Sur, que será el foco principal de conflicto durante los próximos veinticinco a cincuenta años. Desde el punto de vista del Sur existen diferentes maneras de llevar esta pugna. Una es la confrontación militar. Es el camino elegido por Saddam Hussein. El razonamiento que hay detrás de esta posición es bismarckiano. Sólo si el Sur alcanza mayor unidad política y mayor fuerza militar real podrá obtener su justa tajada de los recursos del planeta. Su estrategia geopolítica debería construirse alrededor de estas premisas. De ahí que Saddam Hussein haya propugnado siempre una mayor unificación de los árabes (alrededor suyo, como líder, claro) y la obtención de las llamadas armas de destrucción masiva. *Ergo*, todo lo que los halcones dicen de él es cierto, menos una: que es imprudente y que utilizaría las dichas armas sin miramientos. Todo lo contrario: ha demostrado ser un jugador de ajedrez relativamente prudente y cauteloso, pero dispuesto a hacer audaces movidas (y luego retirarse si resultan equivocadas o lo bloquean).

Yo personalmente pienso que es un dictador extremadamente brutal y no confío en sus virtudes. Pero no veo razón para creer que emplearía armas de destrucción masiva más fácil o implacablemente que Estados Unidos o Israel (o cualquiera otra potencia que las posea, para el caso). No creo naturalmente que la proliferación se pueda detener a medio camino. Y no estoy seguro de que el mundo sería más pacífico si se pudiera detener. El que la Unión Soviética tuviera la bomba de hidrógeno era en gran medida la explicación de que la guerra fría fuera fría. Hemos pasado de uno a ocho poseedores de armas nucleares entre 1945 y el día de hoy; en los próximos veinticinco años habrá veinte más. Iraq será uno de ellos, con o sin Saddam Hussein.

La tercera tendencia estructural que cabe tener en cuenta en la evaluación de la situación actual es el ascenso económico y los titu-

beos geopolíticos de Europa occidental y Japón. Habiendo dejado de ser económicamente dependientes de Estados Unidos, estando cada vez más irritados por el unilateralismo norteamericano e incómodos por la arrogancia cultural de Estados Unidos, estas dos regiones del mundo siguen dudando en emprender acciones que puedan ofender mucho a Estados Unidos, así que su papel actual en el mundo es bastante tímido, casi en cualquier asunto. Esto constituye en parte el legado de agradecimientos de la guerra fría, en parte es el resultado de compartir algunos intereses geopolíticos como componentes del Norte y en parte se debe a cuestiones generacionales (los jóvenes son menos tímidos). Estos titubeos no durarán. Para el año 2010 habrán desparecido del todo. Pero por el momento siguen existiendo y dan cuenta de ciertas posturas actuales.

Si juntamos estas tres realidades —el hecho de que a los halcones no se les puede persuadir, el hecho de que el Sur realmente anda en busca de su fortalecimiento militar, el hecho de que Europa occidental y Japón no están todavía dispuestos a ser primeros actores en la escena— cualquiera podrá analizar y aun predecir los posibles acontecimientos inmediatos (cada vez más desagradables) en el actual escenario mundial.

15 DE NOVIEMBRE DE 2002:
"BUSH: EL MIEDO CONQUISTÓ A LA ESPERANZA"

El señor Bush se salió con la suya: en las elecciones y en el Consejo de Seguridad de la ONU. Con la victoria de Lula en Brasil la esperanza conquistó al miedo. Con la victoria de Bush el miedo conquistó a la esperanza. La satisfacción reina entre el personal de la administración de Bush. Piensan que van a poder sacar adelante todo su programa. Están contando con un Congreso y un Consejo de Seguridad que darán continuidad a la agenda de Bush. Piensan que tienen cercado a Saddam Hussein.

¿Cuál es su agenda? Lo interesante es que tienen una agenda para el corto plazo y una agenda para el largo plazo, pero no una para el mediano plazo. Su agenda para el corto plazo dentro de Estados Unidos es satisfacer a sus tres grupos de electores: los conservadores en lo económico, los conservadores en lo social y los militaristas machistas. Los primeros están interesados sobre todo en dos cosas:

bajar gravámenes y reducir las coacciones que las consideraciones ambientalistas les han impuesto. Los segundos están interesados en legislar la sexualidad, en penas más duras para los infractores y la libertad para poseer y utilizar armas. Los terceros están interesados en aumentar el poderío militar de Estados Unidos y usarlo.

Estos objetivos de corto plazo pueden implementarse haciendo que los recortes impositivos sean permanentes, acabando con el impuesto a la propiedad, nombrando jueces de derecha para las cortes federales e invadir Iraq. Ahora que tienen el poder para hacer todo esto, lo van a hacer. Algo que se puede decir de la gente de Bush es que no se andan por las ramas. No hacen más que las concesiones que no pueden dejar de hacer; si no, arrasan con todo lo que encuentran a su paso. No cabe duda que encontrarán obstáculos en el camino: alguna dificultad ocasional con el Congreso (uno o dos obstruccionistas en el Senado, algunos republicanos "moderados" que vacilen en pujar hasta el fondo por ciertas iniciativas), el intento de otros países de interpretar las futuras acciones de Saddam Hussein menos mórbidamente que la versión que escucharemos de Condoleeza Rice. La respuesta de la administración de Bush a los obstáculos es la acción brutal para superarlos. Y como aparentemente funcionó este noviembre, la administración no tiene ningún incentivo para componer sus maneras.

¿Por qué funcionó? Claramente, la respuesta abrumadora es el temor: el temor de los norteamericanos y del resto del mundo. Pero si fue así es porque ya estaban angustiados desde antes, y el 11 de septiembre simplemente cristalizó un vago sentimiento en una preocupación oprimente. Los norteamericanos tienen miedo de los terroristas; tienen miedo de los musulmanes; tienen miedo de los extranjeros. Es el temor de que Estados Unidos no sea tan fuerte como otrora lo fue, no sea respetado como otrora lo fue, no sea apreciado como otrora lo fue. Es el temor de que se ponga en entredicho su nivel de vida: temor a la inflación y la deflación, temor a perder el empleo, temor de que, si viven más, ya no vivan tan bien, porque los servicios de salud para las personas mayores son mucho más reducidos de lo que se espera o desea. La respuesta del presidente Bush a esos temores no es decir que no existe ningún problema, sino que existe un problema para el cual él tiene un remedio: la acción dura y resuelta. La administración de Bush exuda confianza en sí misma, hecho que atrae a las personas timoratas, lo bastante al menos para votar por la mano dura.

Claro que nada de esto da cuenta de cómo es que Estados Unidos obtuvo una votación de 15-0 en la resolución del Consejo de Seguridad —una resolución un poco adulterada, sin lugar a dudas, pero que de todos modos sanciona a los Estados Unidos para seguir adelante y, a su debido tiempo, invadir Iraq. Es también el temor el que explica esta votación. Pero no un miedo inspirado por Saddam Hussein. Ni uno solo de los miembros del Consejo de Seguridad hubiera puesto la cuestión sobre la mesa, en ausencia del empuje de Estados Unidos. Ni uno solo de los miembros cree realmente que Saddam Hussein represente una amenaza para el mundo en el corto plazo, ni cree que emprender una acción contra Iraq sea una consideración primordial para la comunidad mundial.

¿Por qué, finalmente, votaron todos por la resolución, incluyendo a Francia, Rusia, China y hasta Siria? La respuesta es muy sencilla: todos le temen a la administración de Bush, que ha hecho saber claramente que emprenderá cualquier acción punitiva que pueda en contra de cualquier país que se le ponga en medio, no meramente Mauricio o Siria, sino Alemania o Canadá. De modo que cada uno de los miembros del Consejo de Seguridad ha tenido que sopesar las consecuencias inmediatas de mostrarse desafiantes. El precio parecía demasiado alto. Así que, aunque patalearon, y obtuvieron algunas concesiones (no muchas) para guardar las apariencias, acabaron por ceder. Alguna vez los amigos y los aliados de Estados Unidos se alinearon gustosos a su liderazgo durante una crisis mundial. Esa época ya pasó. Ahora se alinean con disgusto porque tienen miedo, no de Estados Unidos en abstracto sino de la administración de Bush en concreto.

Algo que ha permitido que esto pase ha sido la caída del centro reformista en el mundo. Existe un notable paralelo, que la prensa ha pasado por alto en gran medida, entre las últimas elecciones francesas y las últimas elecciones norteamericanas. Las expectativas iniciales eran que los socialistas ganaran en Francia. Las expectativas iniciales eran que los demócratas ganaran en Estados Unidos. Ambos perdieron el subvoto decisivo por un escaso margen. Le Pen dejó fuera a Jospin durante la primera ronda por una diferencia mínima. Una diferencia de cincuenta mil votos en dos estados de Estados Unidos hubiera dado a los demócratas el control del Senado.

El factor común entre las dos derrotas fue que el programa histórico de los dos partidos está agotado. En ambos países, una gran cantidad de electores dijeron que el partido ya no representaba

nada, que estaba tratando de imitar a los conservadores y perdiendo con ello su base. Éste es un reflejo del ocaso, que se inició hace bastante tiempo, de los movimientos de centro izquierda tradicionales que alguna vez dominaron el escenario. Después de las elecciones, ambos partidos carecen de un líder distintivo y de programas claros. Están abrumados por debates internos sobre si deben moverse más hacia el centro (y tratar de escamotear votos a los conservadores) o moverse hacia la izquierda (y tratar de recobrar los votos de los desilusionados). Desde el punto de vista táctico la elección no es sencilla, porque con ambas opciones se ganarán y se perderán votos. Y ninguna de las dos tácticas funcionará si no existe un programa claro. ¿Es esto posible?

Así que, en el corto plazo lo más seguro es que prevalezca la agenda de Bush. En el largo plazo la administración de Bush también sabe lo que quiere: muy pocas restricciones a la adquisición de riqueza (por más que conlleve una polarización económica y social nacional y mundial), una reducción de las costumbres sociales liberales que han venido cubriendo el escenario mundial y estructuras autoritarias *de facto*, que definen a la democracia como la que realiza selecciones mínimas entre los grupos elitistas cada cierto número de años.

Empero, ¿puede pasar la administración de Bush de la agenda de corto plazo a la de largo plazo? Sin más da por sentado que puede hacerlo; no pierde su tiempo en reflexionar sobre el mediano plazo. Y esto constituye su talón de Aquiles. ¿Podrá de veras contener el desastre que la invasión de Iraq ocasionará en la política del Medio Oriente? ¿El americano promedio está listo para dedicar la vida de sus hijos y su dinero a la agenda de Bush, especialmente si no los compensa con seguridad y prosperidad, cosa que muy probablemente no hará? ¿Puede el dólar aguantar la presión adicional a su credibilidad? ¿Puede Estados Unidos realmente detener la proliferación nuclear? ¿Puede realmente mantener a raya la explosión populista que está teniendo lugar en Latinoamérica? ¿Cuánto tardarán China, Japón y Corea en arreglarse en una forma que a Estados Unidos no le gustará?

Las agresivas movidas de apertura en la partida de ajedrez de la administración de Bush han sido espectaculares. Pero, ¿han sido prudentes, aun desde su propio punto de vista? ¿Podrá realmente seguir triunfando el miedo sobre la esperanza por mucho tiempo?

1 DE DICIEMBRE DE 2002: "*ACIU!* BUSH TOCA EL VIOLÍN MIENTRAS ROMA ARDE"

Aciu significa "gracias" en lituano. Esto era lo que la multitud gritaba en Vilnus cuando el presidente Bush se dirigió a ella diciendo que, ahora que Lituania se había sumado a la OTAN, cualquier ataque a este país sería considerado un ataque a Estados Unidos. El presidente estaba muy contento y les dio las gracias. Estados Unidos y el presidente Bush son muy populares en Europa centro-oriental. Es casi la última región del mundo, fuera de Israel, donde a Bush se le puede dar hoy una recepción semejante. Los vítores de esta zona amigable lo cubrieron. Pero, como Nerón, tocaba el violín mientras Roma ardía. Estados Unidos arde y el presidente Bush parece no darse cuenta. Al igual que, desafortunadamente, la mayoría de los norteamericanos. Como Nerón, Bush está seguro de que puede hacer lo que le venga en gana, y esta arrogante ingenuidad lo ciega a las realidades políticas del mundo y de la naturaleza de las verdaderas opciones que cualquier presidente de Estados Unidos tiene en el siglo XXI. Bush cree que ésta es la era del imperio norteamericano y se deleita con ello. El resto del mundo no contribuye con claridad al estar de acuerdo en que en verdad es la era del imperio norteamericano, pese a que lo censuren. Un mundo en caos político no es un mundo imperial. Y no estaría mal que todos nosotros nos metiéramos bien este hecho elemental en la conciencia.

La masiva percepción errónea de la realidad no hará más que elevar el nivel de deterioro y sufrimiento que serán la consecuencia de este caos, con el que nadie saldrá beneficiado, menos aún Estados Unidos. Bush está a punto de llevar al país a una guerra con Iraq, y lo hará aun si los inspectores de la ONU no encuentran nada importante que reportar. Richard Perle dijo recientemente a un grupo de miembros del Parlamento del Partido Laborista de Gran Bretaña que el hecho de que los inspectores de la ONU no encontraran nada de importancia no tendría ningún significado político, puesto que Estados Unidos ya sabe que Saddam Hussein está violando la resolución de la ONU y emprenderá una acción sobre esta base. Se dice que los miembros del Parlamente estaban desagradablemente sorprendidos. Se está preparando el terreno para denigrar los esfuerzos de la ONU. En estos días en la prensa abundan las largas explicaciones de los miembros de la administración de Bush y sus acólitos

mediáticos sobre la razón de que el jefe de los esfuerzos de inspección de la ONU, Hans Blix, esté programado para no encontrar nada; esto significa que él junto con su grupo pueden ser ignorados (y sin duda lo serán).

En la prensa estadunidense abundan los ataques contra Arabia Saudita —de los miembros del Congreso, la prensa y los sabihondos— por no haber decidido apoyar sin reservas el ataque a Iraq (así como por pecados similares cometidos en el pasado). Se dice que esto es embarazoso para el presidente Bush, que todavía espera poder torcer el brazo a los sauditas para que cuando menos muestren cooperación pasiva en la invasión de Iraq. Este ataque político a los sauditas, sin embargo, está siendo orquestado por el ala derecha del ala derecha, que no busca la cooperación de Arabia Saudita sino su destrucción. ¿Quién sabe? A lo mejor lo logran.

Mientras tanto, Osama Bin Laden no ha estado inactivo que digamos. Dos ataques de grandes proporciones tuvieron lugar en objetivos occidentales blandos, en Bali y en Mombasa, seguramente instigados por él o por sus aliados. E hizo llegar una larga misiva dirigida al pueblo norteamericano, publicada en inglés por *The Observer* (Londres) el 24 de noviembre. No nos dice nada nuevo. Lo que llama la atención de esta carta es su militancia absoluta y su claridad de detalle acerca de todos los conflictos políticos que tienen lugar alrededor del globo. No son los chillidos de un analfabeto. El meollo de su carta son una serie de quejas acerca de Israel, cosa que no hizo en su carta anterior, pero no por ello deja fuera otras cuestiones. Es evidente que Estados Unidos tiene un enemigo inteligente que lo denuncia una y otra vez por su doble moral.

En términos de la geopolítica mundial, el mundo ha visto tres elecciones importantes durante la segunda mitad del año 2002: en Alemania, en Estados Unidos y en Brasil. Efectivamente, Bush ganó Estados Unidos pero perdió Alemania y Brasil. Y hay una cuarta que vendrá pronto: en Corea del Sur. Se dice que por ahora la elección es muy cerrada. Una derrota para Bush ahí no constituiría motivo de alegría en la Casa Blanca. Bush también perdió unas elecciones menos importantes pero no por ello carentes de significado: en Ecuador, donde un militar populista, el coronel Lucio Gutiérrez, triunfó sobre un opositor súper neoliberal. Lo más notorio de esto no es solamente que el discurso del ganador fuera populista, sino que Gutiérrez es una persona parcialmente de origen indio y que recibió el apoyo de la más poderosa federación de organizaciones

indígenas de las Américas, la CONAIE. Es el héroe del intento fallido de esas mismas fuerzas de llegar al poder con un golpe de estado hace dos años. Esta vez fue elegido por una clara mayoría. Es verdad que el lenguaje de Gutiérrez es cauteloso en cuanto a las cuestiones económicas, pero se convertirá en aliado de Lula y no de Bush en los próximos debates sobre el Área de Libre Comercio de las Américas (ALCA). Y será el vocero de un arreglo y la paz en Colombia, hecho que la administración de Bush y el actual presidente colombiano están haciendo todo lo posible por impedir.

Bush está ante una difícil guerra en Iraq; una fachada de los regímenes pro norteamericanos "moderados" del Medio Oriente que se derrumba; una economía mundial muy incierta, que la eventualidad de la guerra con Iraq empeorará; el populismo en las Américas; una China cada vez más fuerte, combinada con una resistencia general en el noreste de Asia (esto es, Japón, Corea del Sur y China) a apoyar la línea dura contra Corea del Norte que promueve la administración de Bush. Pero las consecuencias de todo esto para la ONU son casi insignificantes en comparación con los esfuerzos decididos de Estados Unidos de aislarse de sus hasta hoy amigos más cercanos. Bush no quiere invitar al primer ministro de Canadá a su rancho y sigue mostrándose gélido con el canciller de Alemania. Y esto porque ninguno de los dos piensa que es una buena idea invadir Iraq. Y hay muchos en la administración de Bush que piensan que la respuesta de éste a la herejía de estos dos líderes ha sido demasiado suave. Alegan que estos dos supuestos aliados cercanos de Estados Unidos son poco dignos de confianza, unos tontos, unos cobardes y ciertamente están equivocados (respecto a casi cualquier cosa). Su opinión es que hay poner a Europa occidental y Canadá en su sitio. Pronto añadirán Japón y Corea del Sur a la lista de muchachos a los que hay que reprender y, de ser necesario, castigar.

Han dejado a la ONU fuera de la jugada porque no pueden contar con ella para hacer su gusto. Los europeos centro-orientales están celebrando su entrada a la OTAN, seguros de que con esto estarán más próximos a Estados Unidos, pero pronto descubrirán que éste está lanzándola a pique al hacer que pierda su papel en la política mundial. ¿Puede Estados Unidos siquiera sobrevivir en el mundo de hoy, ya no digamos estar bien, sin el firme respaldo de los que han sido sus aliados más estrechos durante los cincuenta últimos años? Lo dudo mucho. Roma está ardiendo, y Bush toca el violín.

15 DE DICIEMBRE DE 2002: "LA POLÍTICA DEL MULTILATERALISMO"

Como sabemos, la administración de Bush ha estado dividida entre lo que podemos llamar los "unilateralistas" (presumiblemente encabezados por Rumsfeld y Cheney) y los "multilateralistas" (presumiblemente encabezados por Powell). Ahora sabemos que al día siguiente del 11 de septiembre de 2001 Rumsfeld recomendó la guerra con Iraq como respuesta a los ataques de al-Qaeda. Claro está que en 2000, antes de asumir su cargo, él y Cheney habían firmado un documento que instaba a derrocar a Saddam Hussein. Esta gente no sólo quería poner fin a la posesión de armas de destrucción masiva por Iraq sino también un cambio de régimen y, en efecto, ocupar el país. Además, por principio, quería hacer esto unilateralmente, sin pedirle permiso a nadie.

Como sabemos, también, se toparon con muchas objeciones políticas de fuentes prominentes: el secretario de Estado, los llamados bushitas (cercanos al padre del presidente), Tony Blair y algunos senadores republicanos. Todos alegaron que el mismo objetivo podía alcanzarse por la vía de la acción "multilateral" y sin el polvo radiactivo político que produciría la acción "unilateral". Esto condujo a las resoluciones multilaterales, una con el Congreso y otra con el Consejo de Seguridad de la ONU, que dieron a la administración de Bush la luz verde para lo que querían hacer, con leves enmiendas y el retraso que conllevaba enviar de nuevo a los inspectores. Pero lo que la administración perdió con el corto retraso lo ganó en una mayor legitimación a los ojos de los "multilateralistas" alrededor del mundo.

El multilateralismo es la hoja de parra que ha permitido a toda suerte de fuerzas "centristas" decir que estaban de acuerdo con el objetivo —poner fin a la habilidad de emplear armas de destrucción masiva— sin respaldar las acciones de Estados Unidos, que eran "unilaterales". Pero, ¿van las acciones multilaterales a alcanzar los mismos fines de mejor manera? Lo que este juego de manos ha logrado, para empezar, es eliminar cualquier discusión sobre la legitimidad del objetivo. ¿Por qué los cinco miembros permanentes del Consejo de Seguridad —Estados Unidos, Gran Bretaña, Francia, Rusia y China— habrían de tener el derecho político y moral de acumular (y usar) armas de destrucción masiva y otras naciones soberanas no?

Si uno insiste en hacer esta pregunta, la respuesta inevitablemen-

te se reduce a un juicio moral. En los cinco grandes se puede confiar en que no utilizarían estas armas más que defensivamente. En otros países, en especial los de régimen dictatorial y cuya política externa es hostil a Estados Unidos, no se puede confiar. En cuanto a mí, yo no confío en que ningún gobierno —y digo bien *ninguno*— se abstendría de usar estas armas si estuviera en su propio interés hacerlo (si su supervivencia estuviera en juego, pero también para mantener su nivel de vida en general).

La distinción moral entre los dignos de confianza y los que no lo son ha existido durante toda la historia del moderno sistema mundial. Y ha justificado siempre una doctrina de "intervencionismo" en que los "civilizados" domestican a los bárbaros. Remontémonos al siglo XVI, al famoso debate entre Las Casas, el obispo de Chiapas, y Sepúlveda, sobre los derechos morales de los españoles en el trato que daban a los indios. Uno de los argumentos claves de Sepúlveda era que los españoles tenían que intervenir (militar y religiosamente) para salvar vidas inocentes, que a su modo de ver estaban amenazadas por las prácticas bárbaras de los indios. La respuesta de Las Casas a este argumento fue que uno puede intervenir para salvar vidas humanas solamente si el proceso de salvarlas no ocasiona un daño mayor. El mismo debate que prevalece hoy en día.

En el siglo XIX, toda clase de teóricos europeos justificaban la imposición del régimen colonial en Asia y África con el pretexto de que con ello se ponía fin a las prácticas bárbaras (por ejemplo, la esclavitud, que estos mismos europeos habían practicado hasta poco tiempo antes; o el supuesto canibalismo; o la *sati** en la India). En los años treinta, Estados Unidos estaba dividido entre los "aislacionistas" y los "intervencionistas"; estos últimos eran los que querían unirse activamente en la lucha contra los nazis. En el periodo posterior a 1945 hubo muchos que querían "liberar" a los países del régimen comunista, otros que querían apoyar a los movimientos de liberación contra las potencias coloniales o racistas y, últimamente, los que querían intervenir —en los Balcanes, en África— para impedir "genocidios".

He recorrido toda la gama de variedades de intervencionismo para mostrar que las cuestiones morales no son sencillas. Todos creemos en el intervencionismo en algunos casos y nos oponemos a él en otros. El moderno sistema-mundo, sin embargo, está basado en una anomalía. Por un lado abarca los llamados derechos soberanos de

* Cremación de las viudas. [T.]

todas las naciones, que lógica y legalmente definen toda intervención externa como una agresión y como ilegítima, pero también, por el otro, el argumento del derecho natural implícito de que existen valores morales dominantes en el sistema-mundo (a los que hoy por hoy damos el nombre de derechos humanos) y de que los que violan estos valores no tienen derecho a permanecer en el poder en ningún lado.

¿Cómo entonces enfrentamos esta anomalía? Pues podemos enfrentarla como un problema filosófico-moral que hay que debatir. O podemos hacer juicios claros que impliquen acción real en la arena política. En realidad, no muchas personas pasan mucho tiempo analizando los dilemas político-morales. Y las personas que hacen juicios claros sólo son importantes si tienen poder para traducirlos a la acción. Así que, cuando la administración de Bush emite estos juicios claros, hacen lo que están haciendo. Y cuando los hacen personas pertenecientes a estructuras menos poderosas generalmente están condenadas a no hacer nada o, cuanto más, a tratar de sabotear las acciones de los poderosos.

Pero el principio de Las Casas —la intervención para salvar vidas se justifica solamente si no ocasiona más mal del que previene— es una buena guía para legitimar la acción en la arena mundial. Y los que apoyan la acción "multilateral" para poner fin a lo que perciben como un riesgo para vidas humanas encarnado en el hecho de que Saddam Hussein permanezca en el poder y posea armas de destrucción masiva deberían preguntarse si la acción "multilateral" que recomiendan satisface el canon de Las Casas. Se trata de una decisión moral y política que debe estar basada en una lectura cuidadosa de la situación actual y las probables consecuencias de la invasión a Iraq.

Cuando Tony Blair dice, como hizo hace alrededor de un año, que la inacción no es una opción, uno tiene que preguntarse, y muy seriamente: ¿por qué no?

15 DE ENERO DE 2003: "¿PUEDE IMPEDIRSE LA GUERRA EN IRAQ?"

La respuesta es no, porque los halcones no están dispuestos a tomar nada que los iraquíes digan o hagan como una razón aceptable para alejar a los perros de caza. A veces me parece que estamos en medio

de la *Crónica de una muerte anunciada*, la novela de Gabriel García Márquez, una historia de la muerte como ritual social. Estados Unidos va a ir a la guerra con Iraq primordialmente para ir a la guerra con Iraq. A esto se debe que nada de lo que los inspectores digan, nada de lo que los demás miembros del Consejo de Seguridad digan (la Gran Bretaña incluida) y sobre todo nada de lo que Saddam Hussein diga podrá cambiar las cosas.

La guerra con Iraq fue públicamente solicitada durante los últimos años de Clinton en una declaración de cerca de veinte halcones, entre ellos Cheney y Rumsfeld. Ahora sabemos que a los pocos días del ataque del 11 de septiembre el presidente Bush dio su *imprimatur* a dicha guerra. Todo lo demás son excusas y maniobras. Las provocaciones abiertas de Corea del Norte a Estados Unidos durante los tres últimos meses y la respuesta evasiva del gobierno son una prueba más de que el meollo del asunto no es que Iraq no haya cumplido con las diversas resoluciones de la ONU.

Entonces, ¿por qué para Bush y los halcones es esencial la guerra? Su razonamiento es el siguiente: a Estados Unidos no le va tan bien en estos días. En palabras de algunos analistas, su hegemonía está en declive. El estado de su economía es incierto. Y, sobre todo, no tiene la certeza de competir con ventaja con Europa occidental y Japón y el Este Asiático en los decenios venideros. Con la caída de la Unión Soviética, ha perdido el principal argumento que tenía para persuadirlos de seguir todas sus iniciativas políticas. Lo único que le queda es una fuerza militar en extremo poderosa.

Cuando Madeleine Albright fue secretaria de Estado, hubo un momento en que estaba furiosa por la reticencia de algunos militares de alto rango de respaldar lo que ella pensaba que debía hacerse en los Balcanes, y se cuenta que dijo: “¿Qué sentido tiene poseer la fuerza militar más poderosa del mundo si no podemos utilizarla nunca?” Los halcones convirtieron esta observación en el centro de su análisis. Están convencidos de que poseen la fuerza militar más poderosa del mundo, de que Estados Unidos puede ganar cualquier confrontación militar que emprenda y de que solamente con una demostración de fuerza podrá recuperar su prestigio y su poder en el sistema mundial. La demostración de fuerza no es el cambio de régimen en Iraq (un beneficio menor si se piensa en cuál podría ser el remplazo). Es intimidar a los *aliados* de Estados Unidos para que dejen de murmurar y de criticar y se alineen de nuevo, mansamente como los niños de escuela que los halcones consideran que son.

La administración de Bush no se ha dividido entre unilateralistas y multilateralistas. Todos son unilateralistas. Y aquellos a los que llamamos "multilateralistas" son simplemente los que afirman que Estados Unidos puede hacer que los demás adopten su posición (la ONU, la OTAN) y que, si se adoptan las resoluciones, sus políticas serán mucho más fáciles de implementar. Los "multilateralistas" siempre han dicho que, de no obtener los votos que necesitan en la ONU o dondequiera que sea, Estados Unidos se lanzará solo. Y los unilateralistas han comprado la idea en virtud de la cláusula de reserva. La única diferencia entre los dos grupos es su cálculo de qué tan probable será obtener el apoyo de los demás para la línea de acción de Estados Unidos. Así que lo que tenemos es un multilateralismo con esta forma: Estados Unidos es multilateral en la medida en que los demás adopten nuestra posición unilateral, si no, no.

El problema básico es que los halcones creen de veras en su propio análisis. Creen que una vez ganada la guerra contra Iraq (y su tendencia es a pensar que será relativamente fácil) todo el mundo se alineará, todo el Medio Oriente se reconfigurará siguiendo sus deseos, Europa cerrará la boca y Corea del Norte e Irán se pondrán a temblar y por consiguiente renunciarán a todas sus aspiraciones armamentistas.

A gritos el mundo entero está haciendo saber a Estados Unidos que la situación es mucho más complicada, que una invasión militar empeorará la situación mundial y que los halcones cosecharán el viento. Pero no escuchan, porque no creen que así sea. El vigor del toro las tiene impresionadas. Es lo que se llama *hybris*.

La insensatez de esta guerra, y se ha dicho hasta el cansancio, es que, además de ocasionar un sufrimiento incalculable e innecesario a toda clase de personas (no solamente en Iraq), en realidad debilitará la posición geopolítica de Estados Unidos y menguará la legitimidad de cualquier posición que adopte en el futuro en el ámbito político mundial. Vivimos en un mundo verdaderamente caótico, y las pretensiones de Estados Unidos a un *imperium* imposible son como aumentar la velocidad de un automóvil que va bajando una colina y cuyos frenos no funcionan bien. Es un acto suicida, y no lo es menos para el propio Estados Unidos.

1 DE FEBRERO DE 2003: "FRANCIA ES LA CLAVE"

Durante la segunda guerra mundial Winston Churchill dijo en una ocasión que la mayor cruz que tenía que soportar era la Cruz de Lorena (el símbolo de Charles de Gaulle). Después de 1945 Estados Unidos llegó a sentir que ésta se había convertido en su cruz. En todos sus gobiernos de posguerra Francia ha venido practicando continuamente una política exterior "degaullista", ya estuvieran encabezados por De Gaulle, por degaullistas o por quien fuera. La esencia de la política exterior degaullista es que Francia, aunque sea uña y carne con "Occidente", ha hecho valer el derecho a sus propias opiniones acerca de cómo alcanzar un orden mundial, y ha insistido en que Estados Unidos, en su papel de país más poderoso de Occidente, las tome en cuenta. Francia, a diferencia de cualquiera de los demás aliados de Estados Unidos, ha pugnado siempre con tesón por rechazar el liderazgo "unilateralista" de Estados Unidos.

Durante los últimos cincuenta años Estados Unidos ha hecho todo lo posible para disuadir a Francia de esta actitud: con palabras amables, con presión y fuerza, con conspiraciones y bufando y resollando. Nada pudo cambiar la postura básica de Francia. Cuando hace poco Donald Rumsfeld desdeñosamente se refirió a la "vieja Europa" fue teniendo a Francia en mente. En el pasado Estados Unidos contó con Alemania para moderar las opiniones de Francia, o cuando menos para que no le siguiera los pasos. Por eso, la administración de Bush ha tomado con enorme desagrado el giro que dieron Schröder y Fischer a la política exterior de Alemania. Los halcones se sienten traicionados.

Así, pues, es particularmente ofensivo para Estados Unidos que hoy Francia tenga un papel decisivo en el que la invasión de Iraq sea considerada "legítima" o no por la mayor parte del mundo occidental, y más allá. Si Francia le sigue el paso, aunque sea a regañadientes, se pensará que la guerra está sancionada por la ONU y por consiguiente por la "comunidad mundial", esa misteriosa entidad. Si Francia se rehúsa a seguirle el paso, traerá consigo no sólo a Alemania sino también a Rusia, China, Canadá y México —una poderosa formación. Japón ha hecho saber que seguirá a la "opinión mundial", lo que quiere decir, obviamente, solamente si Estados Unidos obtiene la cobertura de la ONU.

Francia determina incluso la posición de la Gran Bretaña. En *The*

Independent del 30 de enero Donald Macintyre escribió un artículo intitulado “La apuesta de Blair es demasiado alta, y necesita que Chirac venga a rescatarlo”. Macintyre habla de las dificultades por las que atraviesa Blair en casa, esto es, la “amenaza de revuelta” en el Partido Laborista, y dice que si se desencadena o no dependerá de la posición de Francia. “No es una exageración decir que el futuro [de Blair] puede decidirse no en la Casa Blanca, ni en el número 10 [de Downing Street, la residencia del primer ministro británico], sino en el Eliseo [la residencia oficial de Chirac].”

¿Qué es lo que da a Francia semejante poder? Ciertamente no su rectitud moral. Francia da muestras de la misma disponibilidad que Estados Unidos a enviar tropas para defender sus intereses. Su actual intervención en Costa de Marfil y sus actuales dificultades resultantes de esta intervención dan testimonio del continuo papel de Francia como potencia miniimperial en África. Tampoco porque Francia sea antiamericanista de corazón. No cabe duda que el lenguaje antiamericanista abunda en Francia, así como el lenguaje antifrancés en Estados Unidos. Con todo, en general los franceses (la élite y la gente común y corriente) encuentran muchas cosas que apreciar en Estados Unidos, recuerdan el papel de Estados Unidos en las dos guerras mundiales con gratitud y comparten los mismos valores básicos y los mismos prejuicios básicos con los norteamericanos.

Lo que confiere este poder a Francia es la sensación que existe en el mundo de que Estados Unidos lleva unos pantalones demasiado grandes. Y esto es especialmente cierto ahora que los halcones se han apoderado del gobierno norteamericano. El resentimiento de Francia en este sentido, su deseo de poner límites a los efectos de la arrogancia de los norteamericanos, es algo que comparte con la mayor parte del mundo, con muy pocas excepciones. Así que cuando Francia se resiste a las presiones de Estados Unidos, como ahora, todos los gobiernos que no se atreven a actuar de la misma manera, o no tan flagrantemente, le aplauden en privado, como Egipto, Corea, Brasil y hasta Canadá.

En realidad, el gobierno de Estados Unidos tiene conciencia del poder político de Francia. Ésta es la razón de que Colin Powell pudiera convencer a Bush de que acudiera a la ONU desde el principio, y de que Estados Unidos regrese a la ONU la próxima semana para presentar “pruebas” sobre Saddam Hussein. Estados Unidos no piensa que estas “pruebas” vayan a convencer a nadie. Más bien piensa que presentarlas dará a Francia la excusa para hacer lo que a los ojos de

Estados Unidos conviene a los propios intereses de ésta. El razonamiento de la administración de Bush (que casi ha comentado abiertamente en los medios) es que Francia va a decirse: 1] Estados Unidos va a entrar en Iraq pase lo que pase, 2] Estados Unidos ganará con facilidad, 3] si Francia envía tropas, aunque no tengan demasiada importancia militar, se le permitirá participar en la repartición del botín, pero si se mantiene alejada no le tocará nada.

Así, pues, los halcones estadunidenses están haciendo un análisis "marxista crudo" de la política exterior de Francia —una correlación unilateral entre ganancias económicas y postura política. Pero el marxismo crudo nunca funciona, porque nada es uno a uno y el corto plazo es "polvo", como dice Fernand Braudel. Para Francia, y más aún para Chirac, el problema se plantea de manera totalmente diferente. Para empezar, la mayoría de la opinión pública francesa (al igual que la opinión pública de la mayoría de los europeos occidentales) está en contra de la guerra y tiene muchas dudas de los motivos de los norteamericanos, a corto y a largo plazo. La izquierda francesa se ha alineado firmemente en contra de la guerra. Aunque por otras razones, la extrema derecha también. Y el partido conservador francés en el poder, el UMP, está partido por la mitad entre los que comparten el argumento de los norteamericanos y favorecen una política exterior "blairita" y los que siguen siendo "gaullistas" en espíritu.

Por eso Chirac ha mantenido abiertas sus opciones. Tiene que sopesar las consecuencias políticas internamente. Si comete algún error, éste podría tener efectos negativos en el largo plazo, tanto en el futuro de su partido (que recientemente logró consolidar como una fuerza poderosa) como en los esfuerzos de Francia por crear una Europa fuerte e independiente. En segundo lugar, Chirac no está seguro en absoluto de que Estados Unidos tenga una victoria militar pronta. Muchos militares conocidos de todas partes del mundo han manifestado su escepticismo, entre ellos probablemente algunos de los militares franceses más prominentes. En tercer lugar, el gaullismo ha funcionado hasta este momento, y siempre ha implicado un equilibrio delicado. Francia no desea cortar sus relaciones con Estados Unidos, pero, por una vez, no está completamente aislada en su resistencia a las acciones de los norteamericanos. Éste no parece ser el buen momento para abandonar la postura gaullista.

Estados Unidos, como cabría esperar, está jugando todas sus cartas. Ha reunido a cinco de los quince miembros actuales de la Unión

Europea para que digan en una carta colectiva que apoyan su postura. Claro, estos cinco gobiernos ya lo habían hecho. Pero la carta conjunta tiene la finalidad de presionar a Francia. En efecto, Estados Unidos está tratando de convencer a los franceses de que si no se alinean tratarán activamente de desintegrar a Europa. Estados Unidos tiene una segunda amenaza en su arsenal. Si el "poder blando" de Europa es su encarnación de una frustración de extensión mundial con el unilateralismo norteamericano, su "poder duro" es su veto en el Consejo de Seguridad. Así, pues, Estados Unidos está diciendo que si no obtiene el respaldo que quiere de la ONU desdeñará el papel del Consejo de Seguridad y con ello disminuirá el "poder duro" de Francia. Sólo que, claro, el poder de veto de Francia no es de gran utilidad si no puede usarlo por temor a que el Consejo de Seguridad pierda en importancia.

Estados Unidos piensa que Francia necesita de él sin remedio. Pero puede muy bien ser que sea Estados Unidos el que necesite de Francia sin remedio. Sea cual fuere la decisión de Francia, puede ser que las consecuencias últimas estén determinadas por la guerra misma. Una guerra ganada con facilidad recompensará a todos los que hayan respaldado a Estados Unidos. Una guerra que se prolongue sin duda castigará a los que lo respaldaron. Sin embargo, una guerra ganada unilateralmente, aun cuando sea de manera rápida, puede perjudicar tanto como ayudar a Estados Unidos. Una guerra ganada "multilateralmente" dañará menos la posición del país. Nelson Mandela ha advertido a Estados Unidos que está llevando al mundo a un holocausto. Los halcones están completamente sordos.

El hecho es que, como resultado del gaullismo, Francia es hoy el único país del mundo que puede impactar duraderamente la posición geopolítica de Estados Unidos —no la Gran Bretaña ni Rusia ni siquiera China. Y esto no porque Francia sea muy fuerte, sino porque constantemente está pujando por un mundo multipolar y por eso encarna una fuerza mundial vigorosa. La perspectiva de que Francia sería a su vez beneficiaria directa de semejante transformación política es mucho menos importante para la mayoría de las personas en casi todos los países que la perspectiva de que Francia lograra, en alguna medida, generar algo que todos quieren. Pronto sabremos cómo jugará sus cartas. Y el mundo entero sentirá la diferencia.

15 DE FEBRERO DE 2003: "LA GUERRA VIRTUOSA"

George Bush está a punto de conducir a las valerosas tropas hacia una guerra virtuosa en contra del tirano déspota. No dará marcha atrás, independientemente de lo que digan o hagan los pusilánimes o los venales políticos europeos, las principales figuras religiosas del mundo, los generales retirados y cualesquiera otros antiguos amigos de la libertad y de Estados Unidos. Nunca antes hubo tantos debates antes de una guerra y tan poco respaldo de la opinión pública. ¿Y eso qué? La decisión de ir a la guerra, basada en un cálculo del poder de los norteamericanos, se tomó en la Casa Blanca hace mucho tiempo.

Es necesario que nos preguntemos por qué. Para empezar, debemos descartar dos teorías acerca de las motivaciones del gobierno norteamericano que insistentemente se han esgrimido. La primera es la de los que están a favor de la guerra. Su argumento es que Saddam Hussein es un tirano perverso que representa un peligro inminente para la paz mundial, y que mientras más pronto se le confronte con mayor probabilidad se le impedirá realizar el daño que planea hacer. La segunda teoría es la que esgrimen sobre todo los opositores a la guerra. Su argumento es que Estados Unidos está interesado en controlar el petróleo en el mundo. Iraq es un elemento clave en el edificio. Derrocar a Saddam Hussein pondría a Estados Unidos en el asiento del conductor.

Ninguna de las dos tesis es consistente. Prácticamente todo el mundo concuerda en que Saddam Hussein es un tirano perverso, pero muy poca gente está convencida de que constituya un peligro inminente para la paz mundial. Muchos lo consideran un jugador cauteloso en el juego geopolítico. Está acumulando las llamadas armas de destrucción masiva, sí, pero es dudoso que las vaya a utilizar por miedo a las represalias que se tomarían de inmediato. Con toda seguridad es menos probable que las utilice él que Corea del Norte. Se encuentra políticamente acorralado y, si no se hiciera nada en absoluto, es muy posible que no pueda salir de esta situación. En cuanto a sus vínculos con al-Qaeda, todo este asunto carece de credibilidad. Tal vez tenga manejos tácticos y marginales con al-Qaeda, pero éstos no tienen ni una décima parte de la intensidad que tuvieron los del propio gobierno estadunidense durante mucho tiempo. En todo caso, si al-Qaeda ganara fuerza, él está casi en el primer lugar

de la lista de los que han de ser aniquilados por apóstatas. Estos cargos del gobierno norteamericano son propaganda, no explicaciones. Los motivos son seguramente otros.

¿Qué hay de la otra opción, la de que el motivo es el petróleo? Sin lugar a dudas el petróleo es un elemento decisivo en la operación de la economía mundial. Y sin lugar a dudas a Estados Unidos, al igual que a todas las demás principales potencias, le gustaría controlar lo más posible la situación del petróleo. Y sin lugar a dudas, de ser derrocado Saddam Hussein, las cartas del petróleo se barajarían de otra manera en el mundo. Pero, ¿vale la pena todo el dinero y el esfuerzo por este juego? Tres cosas son importantes acerca del petróleo: participar en las ganancias de la industria petrolera, regular su precio en el plano mundial (cuyo impacto en la producción de muchas otras cosas es enorme) y regular el acceso al abasto (así como la posibilidad de negar este acceso a los demás). En los tres aspectos la posición de Estados Unidos es buena hoy por hoy. Las empresas petroleras estadunidenses se llevan la tajada del león de las utilidades en todo el mundo por el momento. El precio del petróleo ha sido fijado según las preferencias de Estados Unidos casi continuamente desde 1945 (gracias a los esfuerzos del gobierno de Arabia Saudita), y tiene bien afianzado el control estratégico del abastecimiento mundial del petróleo. Quizá podría mejorar su posición en cada uno de los tres aspectos, pero ¿justificaría esta leve mejoría los costos financieros, económicos y políticos de la guerra? Precisamente debido a que Bush y Cheney han estado en el negocio del petróleo con seguridad saben lo reducida que sería esta ventaja. El petróleo puede ser, cuanto más, un beneficio colateral en una empresa acometida por otros motivos.

Entonces, ¿por qué? Comencemos con el razonamiento de los halcones, que están convencidos de que la posición mundial de Estados Unidos ha venido declinando desde por lo menos la guerra de Vietnam. Para ellos la explicación fundamental de esta declinación es que los gobiernos norteamericanos han sido débiles y titubeantes en su política mundial. (Lo piensan incluso de la administración de Reagan, aunque no se atrevan a decirlo en voz alta.) Sólo ven un remedio, un remedio sencillo: Estados Unidos debe reafirmarse con vigor y demostrar su voluntad de acero y su avasalladora superioridad militar. Una vez hecho esto, el resto del mundo reconocerá y aceptará su primacía en todo. Los europeos se alinearán. Las posibles potencias nucleares abandonarán sus proyectos. El dólar estaduni-

dense volverá a reinar soberano. Los fundamentalistas islámicos se desvanecerán o serán aplastados. Y entraremos en una nueva era de prosperidad y elevadas ganancias.

Es necesario comprender que los halcones están convencidos de todo esto, con un gran sentido de certeza y determinación. A esto se debe que el debate público mundial acerca de la sensatez de lanzar una guerra ha caído en oídos sordos. Sus oídos están sordos porque están completamente convencidos de que el resto del mundo está equivocado y, más aún, de que no falta mucho para que se den cuenta de ello. Es importante anotar un elemento más de la confianza que los halcones tienen en sí mismos. Piensan que lo que se espera es una victoria militar relativamente fácil, una guerra de semanas, no de meses, ni por supuesto de mayor tiempo. El que prácticamente todos los generales retirados prominentes de Estados Unidos y la Gran Bretaña hayan aireado sus dudas acerca de esta evaluación militar se ignora flagrantemente. Los halcones (casi todos civiles) ni siquiera se toman la molestia de contestarles. No se sabe, naturalmente, cuántos generales estadunidenses y británicos en servicio están diciendo y pensando la misma cosa.

La actitud de "metamos toda la velocidad, al diablo los torpedos" de la administración de Bush ya ha cosechado cuatro grandes consecuencias negativas en la posición que Estados Unidos ocupa en el mundo. Cualquiera que tenga el más elemental conocimiento de geopolítica sabrá que, después de 1945, la única coalición a la que podría temer sería a la de Francia, Alemania y Rusia. Hoy las políticas estadunidenses han estado dirigidas a hacer que esto sea imposible. Cada vez que se presentó la más leve indicación de esta coalición Estados Unidos se movilizó para apartar a alguno de los tres. Esto ocurrió cuando De Gaulle hizo sus primeros intentos de acercamiento con Moscú en 1945-1946, y cuando Willy Brandt anunció la *Ostpolitik*. Existen toda clase de razones de que haya sido difícil conformar esa alianza. George Bush ha superado todos los obstáculos y ha hecho realidad esta pesadilla para Estados Unidos. Por primera vez desde 1945 estas tres potencias se han alineado públicamente en contra de Estados Unidos en torno a un asunto de mayores proporciones. Lo que esta reacción de Estados Unidos a esta postura pública ha provocado es que la alianza se afiance con más fuerza. Si Donald Rumsfeld piensa que rechazar el apoyo de Albania y Macedonia, o de Polonia y Hungría, hace estremecer el espinazo del nuevo trío es porque debe de ser en verdad muy ingenuo.

El contragolpe lógico al eje París-Berlín-Moscú sería que Estados Unidos formara una alianza geopolítica con China, Corea y Japón. Los halcones estadunidenses se están asegurando de que dicho contragolpe no sea fácil de lograr. Han incitado a Corea del Norte para que enseñe sus colmillos de acero, han ofendido a Corea del Sur al no tomar en serio sus intereses, han despertado aún más la suspicacia de China y llevado a Japón a pensar en convertirse en una potencia nuclear. ¡Felicitaciones!

Luego está el petróleo. Controlar el precio mundial del petróleo es el más importante de los aspectos que mencionamos antes. Arabia Saudita ha sido la clave. Arabia Saudita ha venido haciendo esta labor para Estados Unidos desde hace cincuenta años por una sencilla razón: necesitaba su protección militar para la dinastía. Pero la prisa de Estados Unidos para ir a la guerra, los obvios efectos de rebote que tendrá en el mundo musulmán, el descarado desdén que los halcones manifiestan por los saudíes y el respaldo prácticamente total que prestan a Sharon han llevado a los saudíes a preguntarse en voz alta si el apoyo de Estados Unidos no es más bien un albatros que vuela a la distancia que una forma de respaldo. Por primera vez la facción de la casa real que pugna por aflojar los lazos con Estados Unidos parece llevar la delantera. No será fácil que Estados Unidos encuentre quién sustituya a los saudíes. Recordemos que éstos han sido siempre más importantes para los intereses políticos norteamericanos que los israelíes. Estados Unidos apoya a Israel por razones de política interna. Ha apoyado al régimen saudita porque lo necesita. Puede sobrevivir sin Israel, pero ¿podrá sobrevivir la agitación política del mundo musulmán sin el apoyo de los sauditas?

Por último, las administraciones estadunidenses han estado tratando valientemente de detener la proliferación nuclear durante cincuenta años. La administración de Bush, en dos cortos años, ha logrado que Corea del Norte y ahora Irán aceleren sus programas y que hayan perdido el miedo de anunciarlo públicamente. Si Estados Unidos utiliza sus artefactos nucleares en Iraq, como ha dado indicios de que lo hará, no solamente romperá el tabú sino que asegurará una veloz carrera por la adquisición de estos artefactos en más de una docena de países.

Si la guerra contra Iraq transcurre con espléndidos resultados para Estados Unidos, tal vez se recupere un poco de estos cuatro reveses políticos. Si la guerra sale mal, todo elemento negativo se verá reforzado de inmediato. Hace poco estuve leyendo sobre la guerra de

Crimea, en la que la Gran Bretaña y Francia se batieron contra el tirano ruso en nombre de la civilización, la cristiandad y la lucha por la libertad. Un historiador británico escribió acerca de estas motivaciones en 1923: "Lo que los ingleses condenan casi siempre es digno de condena, si es que ha ocurrido." El *Times* de Londres era en 1853 uno de los más fuertes defensores de la guerra. En 1859 los editores escribieron su decepción: "Nunca se realizó tan grande esfuerzo por un objeto tan inútil. Con no poca renuencia admitimos que se hizo un esfuerzo gigantesco y un sacrificio infinito." Cuando George Bush deje su cargo habrá dejado a Estados Unidos muchísimo más débil que cuando lo asumió. Habrá convertido una lenta declinación en una mucho más acelerada. ¿Escribirá el *Times* un editorial similar en 2005?

1 DE MARZO DE 2003: "LAS REPERCUSIONES DE LA CONMOCIÓN"

Si se considera que el ataque perpetrado contra las Torres Gemelas el 11 de septiembre de 2001 constituyó un terremoto político para el pueblo norteamericano, Estados Unidos padece ahora las repercusiones de la conmoción. El ejemplo más reciente y dramático procede del otro lado del Atlántico y revela la falla tectónica que pasó en gran medida inadvertida durante el último decenio.

Tal vez lo más desconcertante del 11 de septiembre fue que, por primera vez en su historia, Estados Unidos se sintió vulnerable. Un asalto directo de tal magnitud a los Estados Unidos continentales era algo desconocido e inimaginable. La respuesta inmediata de la gente en el resto del mundo —la mayoría había vivido con esa misma vulnerabilidad por mucho tiempo— fue de simpatía en masa. Basta recordar el ahora clásico editorial de *Le Monde*, de París, aparecido al día siguiente: "Ahora todos somos norteamericanos."

En menos de dieciocho meses la administración de Bush derrochó toda esa simpatía y ahora se encuentra diplomáticamente aislado. Ésta es la segunda gran conmoción, la posterior al 11 de septiembre. Desde 1945 Estados Unidos ha proseguido sus políticas globales con la certeza de que tenía aliados seguros: Europa occidental, Canadá, Japón y Corea del Sur. Aun cuando en cierto grado uno u otro de los aliados tuviera sus reservas en torno a una u otra medida, y por más

alboroto que armaran (táctica por la que Francia es particularmente famosa), Estados Unidos contaba con que, en el momento de las decisiones, lo respaldarían.

Hasta febrero de 2003 el gobierno norteamericano estuvo seguro de que la condescendencia de los aliados con su liderazgo en los asuntos mundiales era una constante en la que podía confiar. Esto cambió de súbito. Francia y Alemania encabezan ahora una "coalición de los que no están dispuestos", apoyada por Rusia y China, y abrumadoramente por la opinión pública global. Cuando el 15 de febrero tuvieron lugar las demostraciones en masa de un extremo al otro del mundo, las más populosas fueron en los tres países que más ostentosamente habían apoyado la postura de Estados Unidos respecto a Iraq: en la Gran Bretaña, en España y en Italia. A comienzos de marzo el Consejo de Seguridad de la ONU va a votar una resolución de Estados Unidos, la Gran Bretaña y España para legitimar la acción militar contra Iraq, que está siendo refutada por un "memorándum" franco-germano-ruso que efectivamente dice que todavía no existe ninguna justificación para la acción militar. Es muy dudoso que la resolución de Estados Unidos pueda obtener los nueve votos que necesita, aun si no hay veto.

La consecuencia inmediata ha sido un intercambio de gritos entre Estados Unidos (con la Gran Bretaña), por un lado, y Francia y Alemania, por el otro. La parte norteamericana fue más estridente que la francoalemana. Jacques Chirac, político conservador que ha vivido en Estados Unidos, considerado desde hace mucho uno de los líderes políticos franceses más amigables para con Estados Unidos, está siendo vilipendiado y demonizado. ¿Cómo ha llegado a deteriorarse la relación entre Europa y Estados Unidos al grado que la prensa se pregunta si alguna vez podrá repararse, si estamos en medio de un divorcio? Para entender esta situación es necesario que volvamos a la historia desde el principio, esto es, a partir de 1945.

En 1945 Estados Unidos era todopoderoso y Europa padecía por la destrucción económica de la guerra. Además, un buen veinticinco por ciento de la población de Europa occidental estaba dando su voto a los partidos comunistas, y la mayor parte del resto genuinamente temía que la combinación de su partido comunista con el inmenso Ejército Rojo, destacado en el centro de Europa, representara una amenaza real a su supervivencia como estados no comunistas. La alianza de Europa occidental con Estados Unidos, concretada en la creación de la OTAN en 1949, tenía el sólido respaldo de la mayo-

ría de la población, que le temía más al aislacionismo que al imperialismo norteamericanos. Estados Unidos alentaba y apoyaba el establecimiento de las estructuras europeas transnacionales, ante todo como una forma de que los franceses aceptaran la participación de Alemania Occidental en las estructuras de la alianza.

Para fines de los años sesenta la base material y política del entusiasmo europeo con la alianza atlántica empezó a desmoronarse. Europa occidental se había recuperado económicamente y ya no dependía de Estados Unidos, sino todo lo contrario: ¡estaba empezando a convertirse en su rival económico! La fortaleza interna de los partidos comunistas empezó a desvanecerse. La amenaza soviética empezaba a parecer distante. Entre tanto, el entusiasmo de Estados Unidos por las instituciones europeas empezó a apagarse cuando una Europa fortalecida empezó a presentar un riesgo para la alianza atlántica. Estados Unidos alentó la adhesión de los británicos, con la esperanza de diluir a Europa (acusación hecha por De Gaulle a la sazón). Y más tarde Estados Unidos presionó por una rápida expansión "hacia el este" con una esperanza similar.

El desplome de la Unión Soviética en 1989-1991 fue un verdadero desastre desde el punto de vista del control de Estados Unidos sobre los aliados. Desbarató la principal justificación del liderazgo norteamericano. ¿A quién debía temer ahora Europa occidental? Estados Unidos buscó un sustituto de la Unión Soviética para ofrecer a Europa occidental un motivo para la fiel adherencia a su liderazgo. Básicamente, lo que Estados Unidos proveyó fue un interés del tipo "norte contra sur" —los intereses comunes de Estados Unidos y de Europa occidental en el orden global, la globalización neoliberal y la contención militar de los países del "sur" (esto es, la continua y cada vez más intensa insistencia en que no haya proliferación nuclear).

Éstos eran intereses comunes, es cierto, pero ninguno planteaba la urgencia de la otrora amenaza militar soviética. Y Europa occidental sintió que su enfoque de ciertos problemas era por lo menos tan inteligente y útil como el de Washington. En tiempos del primer presidente Bush y de Clinton estas diferencias desembocaron en serios argumentos, sin perder la civilidad. Luego llegaron los halcones del segundo presidente Bush, que no tenían el menor interés en debatir los puntos delicados sobre qué hacer en Iraq, Palestina o Corea del Norte. Pensaban que sabían qué hacer y estaban ansiosos de asegurarse la aceptación del incuestionable liderazgo de Estados Unidos por parte de Europa occidental, como alguna vez lo hiciera.

Heredaron un viejo desdén de los norteamericanos por la Europa que los inmigrantes habían dejado atrás.

Sin embargo, las realidades geopolíticas son hoy bastante diferentes. Europa occidental siente que la política que Bush quiere poner en práctica en Iraq está dirigida hacia ella tanto como hacia Saddam Hussein. Ven a Bush como alguien que está tratando de acabar con la posibilidad de una Europa fuerte y políticamente independiente, precisamente en un momento delicado en la construcción constitucional de esta Europa. Además, la derrota de los socialistas en Francia y la victoria de los socialdemócratas en Alemania constituyeron serios reveses para Bush. La derrota de los socialistas permitió a Francia, con su extraña constitución, tener un presidente con la autoridad para mostrarse resuelto, porque no tuvo que compartir el poder con un primer ministro de otro partido. Chirac velaba por los intereses de Francia al afirmar su gaullismo sin tapujos. En este punto Chirac tiene el apoyo arrollador de la opinión pública y de los políticos franceses, que un primer ministro socialista no habría tenido nunca. En Alemania, por otra parte, solamente una coalición socialdemócrata-verde podría haber tomado la posición franca que ha asumido el gobierno y considerarla políticamente gratificante.

Las fanfarronadas de Rumsfeld acerca de que la "vieja Europa" estaba aislada han resultado infundadas. No hay un solo país europeo, ni siquiera del este de Europa, donde las encuestas no estén en contra de la posición norteamericana. Estados Unidos, que defiende las guerras preventivas y está dispuesto a iniciarlas unilateralmente, es considerado un peligro mucho mayor que un Saddam Hussein cercado y con las manos atadas. Europa no es antiamericanista, pero sí es definitivamente anti-Bush. Lo mismo ocurre entre tanto en el Este Asiático, donde Japón, Corea del Sur y China se han alineado en contra del método contemplado por Estados Unidos para tratar con Corea del Norte.

No volveremos a los viejos tiempos. Lo que ocurra a partir de ahora depende con mucho del proceso militar real de la guerra contra Iraq. Europa emergerá muy fortalecida o desgarrada. Pero la factibilidad de que Estados Unidos cuente con el respaldo automático de Europa occidental y del Este Asiático probablemente ya se perdió para siempre.

1 DE ABRIL DE 2003: "EL FIN DEL PRINCIPIO"

En un momento decisivo durante la segunda guerra mundial alguien le preguntó a Winston Churchill si la batalla marcaba el principio del fin. Su réplica es bien conocida: no, pero podría ser el fin del comienzo. Con la guerra de Iraq el mundo está marcando el fin del principio del nuevo desorden mundial que ha remplazado el orden mundial dominado por Estados Unidos de 1945 a 2001.

En 1945 Estados Unidos emergió de la segunda guerra mundial con tanto poder en todos aspectos que sin tardanza se estableció como la potencia hegemónica del sistema mundial, al que impuso una serie de estructuras para garantizar que funcionara en concordancia con sus deseos. Las instituciones clave eran, entre otras, el Consejo de Seguridad de la ONU, el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional, y los acuerdos de Yalta con la Unión Soviética.

Lo que permitió a Estados Unidos levantar estas estructuras fueron tres cosas: 1] la abrumadora ventaja en la eficiencia económica de las empresas productivas fincadas en Estados Unidos, 2] la red de alianzas —especialmente la OTAN y el Tratado de Seguridad entre Estados Unidos y Japón— que garantizaban el respaldo político automático de la posición estadunidense en la ONU y en otros sitios, reforzadas por un discurso ideológico (el "mundo libre") con el que los aliados estaban igualmente compenetrados y 3] una preponderancia en la esfera militar basada en el control de los norteamericanos de las armas nucleares, combinada con el llamado equilibrio del terror con la Unión Soviética, que garantizaba que ninguna de las partes en la llamada guerra fría utilizaría estas armas nucleares entre sí.

Inicialmente este sistema funcionaba muy bien. Y Estados Unidos obtenía lo que quería el noventa y cinco por ciento de las veces hasta en un noventa y cinco por ciento. El único impedimento era la resistencia de los países del Tercer Mundo que no estaban incluidos en los beneficios. Los casos más notables eran China y Vietnam. La entrada de China en la guerra de Corea requería que Estados Unidos se conformara con una tregua en la línea de salida. Y Vietnam finalmente derrotó a Estados Unidos —un dramático golpe a la posición política y económica de Estados Unidos (ya que motivó el final del patrón oro y las tasas fijas de intercambio).

Un golpe todavía mayor a la hegemonía norteamericana fue que,

después de veinte años, tanto Europa occidental como Japón habían dado tales zancada en la economía que se convirtieron más o menos en sus pares; así se desencadenó una prolongada y continua competencia por la acumulación de capital entre estos tres emplazamientos de la producción y las finanzas mundiales. Y luego vino la revolución mundial de 1968, que fundamentalmente socavó la posición ideológica de Estados Unidos (así como la espuria posición ideológica contraria de los soviéticos).

Este triple impacto —la guerra de Vietnam, el ascenso económico de Europa occidental y Japón y la revolución mundial de 1968— pusieron fin al periodo de fácil hegemonía estadunidense en el sistema mundial. La declinación de Estados Unidos había comenzado. Reaccionó a este cambio en la situación geopolítica con un intento de retardar esta declinación lo más posible. Entramos en una nueva fase de la política mundial norteamericana, que siguieron todos los presidentes, de Nixon a Clinton (incluyendo a Reagan). Tres objetivos estaban en el centro de esta política: 1] conservar la lealtad de Europa occidental y de Japón esgrimiendo la amenaza continua de la Unión Soviética y ofreciendo su opinión en la toma de decisiones (por intermedio de la supuesta asociación representada por la Comisión Trilateral y el G-7); 2] manteniendo al Tercer Mundo militarmente inerme a través de bloquear la “proliferación” de armas de destrucción masiva; 3] tratando de mantener a la Unión Soviética/Rusia y a China en el balancín, poniéndolas una contra otra.

Esta política fue moderadamente exitosa hasta la caída de la Unión Soviética, que le quitó el piso al primer objetivo clave. Fue esta nueva situación, a partir de 1989, la que permitió a Saddam Hussein arriesgarse a invadir Kuwait y llevar a Estados Unidos a una tregua en la línea de salida. Y fue esta circunstancia geopolítica, a su vez, la que permitió la caída de tantos estados del Tercer Mundo y forzó tanto a Estados Unidos como a Europa occidental a iniciar intentos básicamente infructuosos de impedir o eliminar feroces guerras civiles.

Es necesario introducir otro elemento en este análisis: la crisis estructural del sistema capitalista mundial. No dispongo aquí del espacio suficiente para explayarme sobre el tema, cosa que hago en mi libro *Utopística o las opciones históricas del siglo XXI*, pero retomaré la conclusión. Debido a que el sistema que conocemos desde hace quinientos años no puede ya garantizar las perspectivas de largo plazo de la acumulación de capital, hemos entrado en un periodo de caos mundial. Erráticos (y en gran medida incontrolables) vaivenes en lo

económico, lo político y lo militar están conduciendo a una bifurcación del sistema, esto es, a una elección colectiva de alcance mundial acerca de la clase de nuevo sistema que el mundo construirá durante los próximos cincuenta años. El nuevo sistema no será capitalista, pero sería uno entre dos clases: un sistema diferente similarmente jerárquico e inequitativo, o más, o uno sustancialmente democrático y equitativo.

No es posible comprender la política de los halcones estadunidenses si no se comprende que no están tratando de salvar el capitalismo sino de sustituirlo por algún otro sistema, peor que el actual. Los halcones están convencidos de que la política exterior de Estados Unidos practicada de Nixon a Clinton ya no es viable hoy y que no puede conducir más que a la catástrofe. Probablemente estén en lo cierto al decir que no es viable. La política con que querrían sustituir a la anterior en el corto plazo es una de intervencionismo premeditado del ejército norteamericano, pues están convencidos de que solamente la agresividad machista servirá a sus intereses. (No digo que "servirá a los intereses de Estados Unidos", porque no creo que lo haga.)

El triunfal ataque de Osama Bin Laden perpetrado contra Estados Unidos el 11 de septiembre de 2001 impulsó a los halcones a una posición en la que, por primera vez, pudieron controlar las políticas de corto plazo del gobierno norteamericano. Inmediatamente promovieron la necesidad de una guerra en Iraq, vislumbrándola como el primer paso en la implementación de su programa a mediano plazo. Ya llegamos a ese punto. La guerra ya comenzó. Por eso llamo a esto el fin del comienzo.

¿Hacia dónde vamos a partir de aquí? Depende en parte de cómo se comporte Iraq. A una semana de comenzada la guerra, las cosas van peor de lo que los halcones esperaban y anticipaban. Por lo que parece, es probable que nos veamos inmersos en una guerra prolongada, sangrienta, prolija. Con toda probabilidad (pero no con toda seguridad) Saddam Hussein será derrotado. Pero entonces los problemas de Estados Unidos no harán más que aumentar. Si la guerra resulta contraproducente para los halcones estadunidenses, no harán más que desesperar más. Es probable que intenten promover más aún su propia agenda, que tiene dos prioridades en el corto plazo: el combate con las posibles potencias nucleares del Tercer Mundo (Corea del Norte, Irán y otras) y establecer un aparato policiaco opresor en el interior de Estados Unidos. Necesitarán ganar

una elección más para afianzar estos dos objetivos. Seguramente su programa económico mandará a Estados Unidos a la quiebra. ¿Será algo intencional? ¿O lo que desean es debilitar a algunas de las capas capitalistas clave en el interior de Estados Unidos, que consideran que obstaculizan la plena aplicación de su programa?

Lo que en este punto resulta evidente es que la lucha política en el plano mundial se está agudizando. Los que se aferren a la política norteamericana mundial del periodo 1970-2001 —los republicanos moderados y el establishment demócrata dentro del propio país, pero en muchos sentidos los opositores europeo-occidentales de los halcones (por ejemplo, tanto los franceses como los alemanes)— tal vez se vean obligados a tomar las decisiones políticas más penosas que hayan tenido que tomar hasta hoy. En gran medida, a este grupo le ha faltado claridad en su análisis de la situación mundial, y han estado esperando, contra toda probabilidad, que de alguna manera los halcones desaparezcan. No lo harán. Sin embargo, pueden ser derrotados.

15 DE ABRIL DE 2003;
"¿CONMOCIÓN Y PAVOR?"

Los halcones nos prometieron "conmoción y pavor". ¿Lo lograron? Eso es lo que creen. Pero ¿a quién iban a conmocionar y atemorizar? De manera más inmediata, al régimen iraquí y sus defensores internos. En efecto, Estados Unidos ganó la guerra militarmente, y con bastante rapidez, y se demostró que los que (muchas figuras militares, pero también yo) habíamos predicho una guerra prolongada y difícil estábamos equivocados. Sin embargo, cabe decir que la victoria relativamente rápida refuta el argumento de los halcones de que el régimen iraquí representara una grave amenaza militar para nadie.

¿Se sigue de esto que los que pensábamos que la guerra era una locura no teníamos razón en nada de lo demás? No lo creo. Mi artículo aparecido en el número de julio/agosto de 2002 de *Foreign Policy* inicia con las siguientes frases: "¿Estados Unidos en declive? Muy pocos aceptarían esta aseveración. Los únicos que la aceptan son los halcones, que promueven vociferantes políticas que reviertan este declive." Los halcones piensan ahora que lo han logrado. Están ahí-

tos de pomposa confianza en sí mismos. Parece que han adoptado el lema de Napoleón: "*L'audace, l'audace, toujours l'audace.*" A Napoleón le funcionó... por un rato.

Ni siquiera se esperaron a que terminara la batalla para empezar una campaña contra Siria, elegida en parte porque su política para con Estados Unidos no es amigable, porque su papel en el Medio Oriente es clave y porque en lo militar es prácticamente inerme. Al no haber encontrado armas de destrucción masiva en Iraq (cuando menos hasta hoy), el gobierno de Estados Unidos está insinuando que donde hay que buscarlas es en Siria. Rumsfeld ha dicho que es un "estado inmoral". El presidente Bush tiene un consejo muy simple para los sirios: sería mejor que cooperaran con Estados Unidos.

Habiendo pasado de Afganistán a Iraq sin lograr nada más que el derrocamiento del régimen anterior y turnar el poder a una serie de guerrilleros locales, ¿va Estados Unidos a hacer lo mismo ahora en Iraq, para pasar a otro lugar? Es muy posible. Y si el siguiente en la lista es Siria, ¿quién vendrá después de Siria? ¿Palestina y Arabia Saudita, Corea del Norte e Irán? No cabe duda que ahora mismo tienen lugar fieros debates en torno a las prioridades en los concilios internos del régimen norteamericano. Pero lo que está en cuestión no es si Estados Unidos pasará a otras amenazas militares. Los halcones parecen estar seguros de que tienen (y deberían tener) el futuro del mundo en sus manos, y no han dado la menor muestra de humildad acerca de lo imprudente de esta acción. Después de todo, ¿cuántas tropas tiene el papa? —dijo Stalin, como es bien sabido.

Aun así, es necesario revisar las prioridades que parecen haber establecido. La número uno es reconfigurar el Medio Oriente. Esto incluye tres elementos clave: eliminar regímenes hostiles, socavar el poder (y quizá la integridad territorial) de Arabia Saudita e imponer una solución a los palestinos convenciéndolos de que acepten un régimen bantustán. Ésta es la razón de que los halcones hayan sacado a relucir que Siria es una nueva "amenaza" para la seguridad de Estados Unidos.

Mientras esta reorganización del Medio Oriente prosigue, yo creo que Estados Unidos preferiría congelar la situación en el noreste de Asia. La acción militar inmediata es arriesgada, y los halcones esperan usar a China para persuadir a los norcoreanos de no seguir adelante con sus aspiraciones nucleares. Se podría pensar en esta acción como una tregua temporal, tregua que les daría tiempo para lidiar primero con otros asuntos, y después con Corea del Norte, cuando

tengan las manos más libres. Porque no tienen la menor intención de permitir que el régimen norcoreano sobreviva.

Yo calculo que la prioridad número dos es el frente en casa. Los halcones quieren hacer que en el presupuesto del gobierno norteamericano no haya cabida más que para el gasto militar. Y van a moverse en todos los frentes para recortar otros gastos —reduciendo los impuestos federales y privatizando lo más que se pueda de la seguridad social y de *medicare*. También quieren limitar la expresión de la oposición, para tener las manos más libres y lidiar con el resto del mundo y asegurarse así perpetuo dominio del poder. La acción inmediata es dar permanencia a la Ley Patriótica, en una de cuyas cláusulas se asienta que expirará en tres años. Hasta ahora la Ley Patriótica se ha utilizado sobre todo en contra de personas de identidad árabe o musulmana. Pero lo que cabe esperar es que las autoridades federales sigan expandiendo su alcance sistemáticamente. En estos dos frentes las elecciones del 2004 son decisivas.

Europa es probablemente la prioridad número tres. Para los halcones es más difícil quebrarle la espina a Europa que al Medio Oriente o a la oposición norteamericana. Así que tal vez esperen un poco, contando con difundir la conmoción y el pavor lo suficiente como para debilitar fatalmente la voluntad de los europeos. En su tiempo libre, los halcones tal vez pidan que se envíen tropas a Colombia, que Estados Unidos considere la invasión de Cuba y siga ejercitando sus músculos a lo largo y ancho del globo.

Es necesario decir que los halcones piensan en grande. *L'audace, l'audace, toujours l'audace*. En el mismo artículo de *Foreign Policy* dije: "Hoy, Estados Unidos es una superpotencia que carece de verdadero poder, un líder mundial al que nadie sigue y muy pocos respetan, y una nación peligrosamente a la deriva en medio de un caos global que no puede controlar." Hoy reitero esa aseveración, sobre todo a la luz de la conquista militar de Iraq. Mi opinión se basa en la convicción de que la declinación de Estados Unidos en el sistema mundial es estructural, no coyuntural. No hay manera de revertirla. Seguro, puede manejarse inteligentemente, pero eso es precisamente lo que no está ocurriendo por el momento.

La declinación estructural tiene dos componentes esenciales. Uno es económico y el otro político/cultural. El económico es realmente bastante sencillo. En términos de capacidades básicas —capital disponible, capacidades humanas, investigación y desarrollo—, Europa occidental y Japón/el Este Asiático están en el mismo nivel de com-

petitividad que Estados Unidos. La supremacía monetaria de éste —el dólar es una divisa de reserva— está reculando y probablemente pronto se acabará. Y su supremacía en la esfera militar se traduce en una desventaja en la esfera económica en el largo plazo, ya que desvía el capital y la innovación de empresas productivas. Cuando la economía mundial comience a revivir de su prolongado estancamiento es muy posible que el desempeño de las compañías europeo-occidentales, japonesas o del Este Asiático sea mejor.

Estados Unidos ha retardado su lenta declinación económica en comparación con sus principales competidores durante treinta años por medios político-culturales, basando su justificación para hacerlo en lo que le quedaba de legitimidad (como líder del mundo libre) y la continuada existencia de la Unión Soviética. El desplome de ésta minó esa justificación severamente y desencadenó la creciente anarquía del sistema mundial: guerras "étnicas" en la antigua zona soviética, guerras civiles en muchos estados africanos, las dos guerras del Golfo, el cáncer en expansión de la guerra civil colombiana y las graves recesiones económicas en diversos países del Tercer Mundo.

Durante el mandato de Reagan, de George Bush padre y de Clinton Estados Unidos siguió negociando con Europa occidental, Japón y el Este Asiático para que permanecieran más o menos del mismo lado en lo que han constituido esencialmente pugnas entre norte y sur. Los halcones de la administración de George Bush hijo dejaron de lado esta estrategia y la sustituyeron por el machismo unilateral. A todo el mundo en todos lados se le enchinó el espinazo, y el triunfo sobre Saddam Hussein hará que se le enchine más, y no pese a estar aterrorizados sino precisamente debido a ello.

En cuanto a la legitimidad, observemos dos cosas. La primera es que en marzo Estados Unidos tuvo que retirar una resolución del Consejo de Seguridad de la ONU, asunto de extrema importancia para él y en el que había invertido todos sus esfuerzos, entre otras cosas constantes llamadas telefónicas de George Bush a los líderes de las naciones de un extremo a otro del mundo. Era la primera vez en cincuenta años que Estados Unidos fue incapaz de obtener una simple mayoría de nueve votos del Consejo de Seguridad. Muy humillante.

La segunda: obsérvese el uso de la palabra *imperial* últimamente. Hasta hace dos años hablar de imperialismo era el coto exclusivo de la izquierda. Pero de repente los halcones empezaron a utilizar este término con una connotación positiva. Y luego los europeo-occidentales que no pertenecían en absoluto a la izquierda empezaron

a utilizarlo, preocupados de que Estados Unidos se estuviera mostrando imperialista. Y desde la caída de Saddam Hussein de súbito la palabra aparece en casi cada historia noticiosa. *Imperial(ismo)* es una palabra que deslegitima, aun cuando los halcones crean que es astuto utilizarla.

La historia ha demostrado que el poder militar nunca ha bastado para mantener la supremacía. La legitimidad es esencial —cuando menos la legitimidad reconocida por una porción significativa del mundo. Los halcones estadunidenses han socavado las aspiraciones de legitimidad de Estados Unidos en lo fundamental. De esta manera lo han debilitado irremediablemente en el terreno geopolítico.

1 DE JULIO DE 2003:
"SENTIDO COMÚN EN TORNO A LAS ARMAS FALTANTES"

El que Estados Unidos no haya podido encontrar el famoso arsenal de "armas de destrucción masiva" (WMD, por sus siglas inglés) ha resultado muy embarazoso para el régimen de Bush, y aún más para Tony Blair (así como para el gobierno español). En sus prisas por justificar la guerra queda claro que lo menos que se puede decir es que los gobiernos norteamericano y británico exageraron las cosas, quizá lisa y llanamente mintieron.

¿Cuál es la importancia de este hecho? ¿En qué se traduce? Varias cuestiones se entremezclan en esta discusión. Una es: ¿cuántas armas tenía realmente Saddam Hussein, si es que las tenía? La segunda es: ¿si había armas, por qué no las utilizó? La tercera es: ¿si las hubo, dónde están ahora? La cuarta es: ¿qué tanta importancia tuvo realmente el asunto de las armas para Bush y Blair? Y la quinta es si el mundo está más a salvo de la amenaza que supuestamente representaban las susodichas armas ahora que las tropas norteamericanas están ocupando Bagdad. Una enredada madeja de preguntas, y conviene a los intereses de muchos que siga enredada y por ende resistente a las críticas analíticas.

¿Cuántas armas tenía Hussein? Rumsfeld anda diciendo ahora que antes de la guerra nadie (ni siquiera los que critican la política estadunidense) dudaba de que las tuviera, así que ¿para qué todo ese regodearse en que no se haya descubierto ninguna? Dice que las armas ahí estaban, ahí están y se encontrarán. En parte está en lo

correcto. Muy pocos han dudado de que cuando menos existieran *algunas*. Yo no lo dudo. La cuestión es si las armas representaban una amenaza sustancial e inminente para el mundo. Estados Unidos insiste en que sí, y el resto del mundo disiente vigorosamente en este punto.

Ahora parece ser que Saddam las destruyó todas o casi todas las que tenía en los meses anteriores al inicio de la guerra. No cabe duda que se vio presionado para hacerlo. Por otro lado, esto era lo que Hans Blix y el gobierno francés alegaban cuando dijeron que las inspecciones de la ONU estaban "teniendo resultados". Ahora Estados Unidos, al parecer, encontró a un científico iraquí que admite que documentos detallados sobre la construcción de armas nucleares fueron enterrados en su jardín, hace más de diez años. Y que Saddam ordenó esta acción porque proyectaba poner esos planes en marcha una vez levantadas las sanciones. Me parece factible. Pero ¿y eso qué? Volveremos sobre esta cuestión.

¿Tenía Saddam de veras armas operativas? Recordemos que Tony Blair dijo al Parlamento que podría sacarlas y usarlas en cosa de 45 minutos. Entonces, ¿por qué no las usó? Naturalmente que usarlas hubiera tenido cuando menos algún impacto militar. No existe ninguna respuesta valedera para esta pregunta si suponemos cualquiera de los escenarios que Estados Unidos había estado previendo. Quizá Saddam era más listo que eso. Quizá imaginó que perdería la primera batalla militar hiciera lo que hiciera, y lo importante era no perder a sus más fuertes defensores mientras tanto. En este caso, es probable que les dijera que desaparecieran, tras lo cual podrían lanzar o alentar una operación de saqueo con la doble finalidad de sembrar el desorden y destruir infraestructura y registros. Esto crearía un lío aún mayor con el que Estados Unidos sería incapaz de lidiar (dada la complejidad de las tensiones sociales en Iraq). O también podría desencadenar una extenuante guerra de guerrillas. ¿Que es demasiado listo? Tal vez. Pero quizá Estados Unidos llegó a los mismos resultados sin que Saddam planeara nada.

Si tenía las susodichas armas, ¿dónde están ahora? Un lote de planos en un jardín y dos vehículos que posiblemente se emplearían para construir armas biológicas en el futuro (y que de todos modos le fueron vendidos a Saddam por los británicos) no son gran cosa que mostrar después de dos meses de búsqueda. Sé que Iraq es un país grande, pero se supone que las fuerzas armadas norteamericanas son capaces de efectuar búsquedas, sobre todo si Estados Unidos

poseía desde antes de la guerra, como dijo, informes secretos sobre el sitio donde se encontraban. ¿Están en Siria? Es poco probable. Si así fuera ya habríamos visto al ejército norteamericano entrando en este país. ¿Acabarán por aparecer enterradas en algún sitio desértico? Quizá. ¿Por qué entonces Estados Unidos no quiere que los inspectores de la ONU las busquen? Nada de esto huele bien.

Empero, ¿será que Estados Unidos estaba realmente interesado en que Iraq tuviera o no tuviera esas armas? La contestación es no y sí. No en el sentido, de la mayor importancia, de que los halcones estadunidenses querían invadir a Iraq para invadir a Iraq —es decir, con el objeto de demostrar al mundo que Estados Unidos podía invadir a Iraq y lo haría, sólo porque era un fastidioso foco antiamericano en el Medio Oriente. Aun si todos los miembros del régimen de Bush supieran con toda certeza que no había y jamás había habido armas de destrucción masiva, Estados Unidos de todos modos habría invadido a Iraq. Después de todo, Wolfowitz dijo que insistir en lo de las armas no era más que algo conveniente desde el punto de vista burocrático, queriendo decir con ello que era la clase de argumento que persuadiría a los titubeantes en el Congreso y entre el público a apoyar la acción, pero nunca fue la verdadera razón.

Pero sí, Estados Unidos estaba preocupado por las armas de destrucción masiva en el sentido de que estaba decidido a que ningún otro país ni ninguna otra fuerza en el mundo se viera en una posición en que pudiera limitarlo en ninguna forma, y ciertamente no en lo militar. Esto significa, como lo he dicho repetidamente, que Estados Unidos no puede tolerar ninguna forma de Unión Europea que pudiera ser políticamente independiente de él, y no puede tolerar que ningún otro país posea armas nucleares.

Por supuesto que ya otros países las tienen: el Reino Unido, Rusia, Francia, China, India, Pakistán e Israel. Y Estados Unidos sabe que no es mucho lo que puede hacer para que el reloj dé marcha atrás. La política estadunidense es detener a cualquier país que se piense que está en condiciones de desarrollar dichas armas durante la próxima década. En esta categoría están incluidos no solamente Corea del Norte e Irán, o Libia, Egipto y Argelia, sino también Japón, Corea del Sur, Kazajstán, Ucrania, Bielorrusia, Alemania, Sudáfrica, Brasil y Argentina. Esta lista ya es larga, pero es muy posible que se le pudieran añadir docenas de países.

El razonamiento de Estados Unidos es bastante simple: los daños que podría ocasionar una sola bomba atómica pequeña lanzada en el

curso de una guerra es suficiente para que el precio de la acción militar estadunidense sea muy elevado. Estos últimos días se ha hablado mucho de guerra asimétrica, en el sentido de que el adelanto de Estados Unidos en términos de armamento militar, en comparación con cualquier otro país, es tal que necesariamente ganará cualquier combate. Pero las llamadas armas de destrucción masiva pueden acabar con esa asimetría, sobre todo en virtud del impacto político que el uso de esas armas por otros en contra de Estados Unidos tendría en la opinión pública del propio país y en la inclinación a sancionar la guerra.

Así pues, es comprensible que Estados Unidos trate tan insistentemente de contener la proliferación. No obstante, cabe decir que este intento es una empresa quijotesca como la que más. Por una parte porque los cambios de gobierno (cambios de régimen) no resuelven el problema en absoluto. Es necesario que recordemos hoy que el programa nuclear de Irán no fue iniciado por los ayatolas sino por el sha, al que Estados Unidos puso en el poder, con la complicidad de los israelitas, para los que Irán limitaba a Iraq. Tenemos que recordar también que el programa de guerra biológica iraquí fue apoyado e incitado por los británicos y los norteamericanos cuando se dieron cuenta de que Iraq era un límite para Irán, Y así sucesivamente.

Lejos de reducir los programas para ampliar la capacidad de fabricar armas de destrucción masiva en cualquier parte, la invasión a Iraq los ha acelerado. Mientras tanto, Estados Unidos está atrapado en una larga y desangrante ocupación de Iraq, que disminuyó, no incrementó, su capacidad para proteger sus intereses en el mundo. El 30 de junio el *Financial Times* se preguntaba si Iraq se había convertido en la Chechenia de Bush. Y el cínico empleo que ha hecho Bush de la cuestión de las armas de destrucción masiva en relación con Hussein se le va a revertir, cuando los soldados norteamericanos reciban el fuego de la guerra de guerrillas que acaba de comenzar.

George W. Bush aprenderá la lección que aprende todo gobernante: el poder tiene límites, especialmente si no se usa con prudencia e inteligencia. En la historia reciente rara vez había sido usado tan extravagante y atolondradamente.

15 DE JULIO DE 2003:
"¿CUÁNDO CAERÁ BUSH?"

Los días de Bush están contados. Se encuentra en serios problemas que no van a desaparecer. La cadena de justificaciones para la invasión de Iraq se desgasta poco a poco. Tanto él como Blair han tenido que retractarse de algunas de sus declaraciones más señaladas. Las famosas armas de destrucción masiva no se encuentran por ningún sitio. Y si resulta que algunas están enterradas por ahí, lo único que se probará es que no estaban listas para ser utilizadas en una guerra —ciertamente no en el famoso intervalo de 45 minutos citado por Tony Blair. Los tubos de aluminio parecen ser exactamente lo que Saddam Hussein dijo que eran: material para cohetes. Las cantadas ligas entre Saddam Hussein y al-Qaeda fueron siempre improbables, y nunca se han presentado pruebas para confirmarlas. Ahora Bush ha culpado a la CIA, mientras que la silla republicana del Comité de Inteligencia del Senado está acusando a la CIA de filtrar material para poner al presidente Bush en aprietos. Los cacos están cayendo.

Ya una vez Estados Unidos pasó por esta misma situación, no mucho ha. El encubrimiento de Watergate le funcionó al presidente Nixon al principio, y lo único que hubo fueron disparos de los partidos por bastante tiempo. Pero cuando Nixon pretendió señalar cabezas de turco (recordemos a John Dean), éstos empezaron a revelar la verdad. Nixon ganó la reelección. Aguantó todo ese tiempo. Pero a la postre tuvo que renunciar a la presidencia cuando una exitosa acusación fue inminente.

Es claro que ambas situaciones son diferentes en los detalles, pero existen ciertas similitudes sorprendentes. Ambas ocurrieron en el contexto de la ambivalencia de la opinión pública estadunidense acerca de la guerra. En ambas estaban implicados presidentes dispuestos a utilizar todos los instrumentos a su alcance para imponer políticas e intimidar a sus opositores. A ambos los rodeaban personas que dominaban el arte de la resistencia. El vicepresidente Cheney debe de haber tomado lecciones a los pies del ministro de Justicia de Nixon, John Mitchell.

En política —mundial, nacional, local— se puede obtener mucho apoyo si uno está ganando, apoyo que suele desvanecerse cuando uno empieza a perder. Bush prometió a Estados Unidos y al mundo una transformación de Iraq —en realidad del Medio Oriente— si se derrocaba a Saddam Hussein. En este momento, a tres meses más o menos

de la caída militar del régimen iraquí, ¿cuál es la situación de Iraq? Cada día mueren soldados norteamericanos en lo que evidentemente es una guerra de guerrillas de cierta envergadura. La policía iraquí, recién nombrada por los ocupantes norteamericanos, amenazó con renunciar si los soldados norteamericanos no salían de sus estaciones, convencidos del peligro que corren por la estrecha asociación con ellos. Aparentemente no los consideran protectores de los que cooperan con ellos sino como una fuerza que pone en peligro su vida.

Los ocupantes norteamericanos han sido incapaces de restaurar la electricidad ni en un mínimo en los centros urbanos iraquíes. Francamente, esto me asombra. Uno pensaría que el gobierno norteamericano podría reunir a los ingenieros necesarios, llevar el equipo necesario y proporcionar la necesaria protección a los ingenieros para que la electricidad se restaurara en una o dos semanas. ¿Resulta demasiado caro? ¿Hay otras prioridades? ¿Piensa Estados Unidos que no es importante? Los iraquíes comunes y corrientes piensan que es la prioridad número uno y están cada vez más enojados. Pronto el país extrañará sin remedio el régimen derrocado por los norteamericanos.

Mientras tanto, en Gran Bretaña, el heroico aliado de Estados Unidos, Tony Blair, está metiéndose en problemas cada vez más grandes. Los conservadores han decidido que no les conviene apoyarlo. Los liberales nunca lo hicieron. Y el número de laboristas que están inquietos es cada vez mayor. Precisamente en este momento Estados Unidos ha anunciado que va a enjuiciar a seis personas en Guantánamo, dos de ellas ciudadanos británicos. Se está gestando una tormenta en Gran Bretaña entre juristas sumamente respetables que objetan lo que a su modo de ver son procedimientos dudosos, incluso ilegales. Están exigiendo a Blair que haga que Estados Unidos entregue a estos hombres a la justicia británica. Pero Blair no puede prometer a Estados Unidos que las confesiones que se obtengan en ausencia de consejo legal pasarán en las cortes británicas. No hay un camino fácil para que Estados Unidos ayude a Blair en este problema sin poner en peligro la estructura entera de la pesadilla que es Guantánamo. Al mismo tiempo, el gobierno norteamericano se las está viendo negras para convencer a abogados norteamericanos que los defiendan ya que afirman que manipulan las reglas en contra de ellos de manera ilegítima.

Se esperaba que la victoria en Iraq tendría el efecto de que los aliados recalcitrantes (Francia, Alemania, Rusia) dieran marcha atrás en su posición. No hay ninguna señal de que ocurra. ¿Por qué habrían de hacerlo? Cuando la revista *Time* realizó una encuesta en

Europa en marzo, en la que preguntó cuál de los tres países (Corea del Norte, Iraq o Estados Unidos) representaba la mayor amenaza para la paz mundial, un colosal 86.9 por ciento contestó que Estados Unidos. Y Estados Unidos y Europa están sumergidos en una carrera antagonista en torno a asuntos comerciales mundanos, en la que la posición del primero es más débil. La OMC ha dictaminado en su contra. Muchos países pequeños se rehúsan discretamente (y algunos no tanto) a doblegarse a la insistencia de que Estados Unidos sea el único país que esté por encima del derecho internacional.

Y, finalmente, pero no menos importante, a la economía norteamericana no le va tan bien. Algunos conservadores chillan que Bush no es realmente conservador, porque está acrecentando y no disminuyendo el papel del estado. Howard Dean se está postulando como posible candidato demócrata. Y aun si no es nominado, aunque sí podría serlo, ya ha obligado a los demás candidatos demócratas a "moverse hacia la izquierda", para tratar de captar algo del apoyo que Dean parece tener.

¿Puede Bush darle la vuelta a todo esto? En el corto plazo, quizá. Capturar a Saddam Hussein le ayudaría mucho. Y me asombra que no haya podido hacerlo. Pero tal vez no debería asombrarme tanto. Osama Bin Laden no ha sido capturado ni muerto ni vivo durante los dos años que Bush lo ha estado persiguiendo. Mullah Omar sigue ahí, y por lo que parece está reorganizando a los talibán.

En cuanto a los halcones que rodean a Bush, al día siguiente de la toma de Bagdad empezaron a clamar que invadirían a Siria. Pero todo esto se ha aquietado. Ni Irán ni Corea del Norte han disminuido sus ansias de adquirir armas nucleares. Por el contrario, prácticamente lo hacen ostentosamente. Y Estados Unidos se está comportando con mucha prudencia. Ni siquiera parece disponer de todas las tropas necesarias para hacer lo urgente: reforzar su posición en Iraq, menos aún está en posición de tomar en serio a Irán o a Corea del Norte. Y las iniciativas diplomáticas no están obteniendo nada, ni en Israel/Palestina, ni en el noreste de Asia ni en Latinoamérica siquiera.

Si yo fuera George W. Bush estaría muy preocupado. Él tal vez no lo esté. El orgullo va delante de la caída. Pero apuesto a que algunos de sus astutos consejeros políticos se están mordiendo las uñas. Se sentían muy seguros hace muy poco. Pero el navío del estado ha tocado aguas bravas. Es posible que no se hunda de inmediato, pero ¿llegará salvo a la orilla? Las probabilidades no son tantas como para que sonrían de satisfacción.

1 DE AGOSTO DE 2003: "¿PERDIÓ SADDAM HUSSEIN?"

Según las autoridades norteamericanas, es obvio que sí. Paul Bremer, el procónsul norteamericano en Iraq, dijo hace poco: "Vivo o muerto, todo se acabó para este hombre en Iraq." Lo erróneo de este análisis es que está hecho desde el punto de vista estrecho de alguien que juega el juego de la geopolítica desde una posición habitual de fuerza, por lo que mide las ganancias y las pérdidas en una perspectiva por demás corta. Pero el juego de la geopolítica se ve diferente cuando se juega desde una posición de relativa fragilidad, en cuyo caso hay que jugarlo para el mediano plazo. Examinemos cómo se vería la guerra en Iraq desde la perspectiva de Saddam Hussein.

En 1958 los nacionalistas radicales derrocaron a la monarquía en Iraq e instalaron en el poder a Abdul Karim Kassim. El gobierno se consideraba pro panárabe y revolucionario. Kassim retiró a Iraq del Pacto de Bagdad, respaldado por Estados Unidos. Nacionalizó en parte la industria petrolera, con el apoyo del Partido Comunista iraquí. A Estados Unidos le pareció que estaba moviéndose para alinear a Iraq demasiado con la Unión Soviética. En 1963 hubo un segundo golpe, que instaló al Partido Baath en el poder, un partido que había sido un movimiento secular, socialista y nacionalista panárabe en varios países árabes pero hostil a los partidos comunistas. Se cree que la CIA ayudó al Baath a llegar al poder. Este partido suprimió al Partido Comunista iraquí.

Saddam Hussein a la sazón era un joven líder del Baath emprendedor y prometedor, sobrino del nuevo presidente, inteligente y despiadado. En 1979 montó un golpe contra su tío y se convirtió en gobernante de Iraq. Comenzó su incesante purga de opositores. ¿Qué quería Saddam Hussein, además de meramente ocupar el poder? Quería fortalecer el poder de los árabes en la política mundial. Era partidario de una mayor unidad árabe, y es probable que se viera como el líder natural del mundo árabe, el nuevo Saladino. Sin duda había otros aspirantes a este papel, pero con Nasser fuera del juego ninguno era tan poderoso. Además, Bagdad había sido siempre, junto con El Cairo, la aspirante al rol central en el mundo árabe-musulmán.

Saddam se daba cuenta de que sus objetivos tenían muchos enemigos. En el mundo árabe los dos principales eran los comunistas y los islamistas, y ambos lo detestaban. En el resto del mundo los dos

principales eran Irán e Israel, que detestaban a Saddam, y Estados Unidos y Rusia, cada uno de los cuales esperaba que Saddam odiara más al otro. Pero Saddam no podía combatir a todos sus enemigos al mismo tiempo. Sin cortar sus lazos con la Unión Soviética, cerró un acuerdo tácito con Estados Unidos en tiempos de Reagan. Ni más ni menos que Rumsfeld fue a Iraq a cerrar el trato. ¿Cuál era el trato? Iraq atacó a Irán. En parte para ganar territorio, en parte para debilitar a los opositores chiitas dentro de Iraq, en parte para ganar prestigio entre los árabes y en parte para fortalecer la propia milicia de Saddam. Estados Unidos, que a la sazón consideraba que Irán constituía el peligro principal para sus intereses en el Medio Oriente, pensó que era una gran idea y le dio —tanto directamente como por medio de sus aliados, tales como Arabia Saudita— armamentos, armas biológicas y químicas, así como apoyo estratégico. (Para ser justos, fueron los franceses los que con anterioridad habían dado a los iraquíes su primer empujón en su búsqueda de armas nucleares, pero los israelitas bombardearon las instalaciones.)

La guerra entre Irán e Iraq fue un fracaso desde la perspectiva de Saddam. Tras ocho años de lucha, ambos países estaban en el punto donde habían comenzado, habiendo sufrido una pérdida masiva de vidas y de recursos. De todos modos la guerra mantenía ocupados a los iraníes, y esto convenía a Estados Unidos. Saddam pidió una recompensa. Tanto Estados Unidos como Arabia Saudita tardaron en responder. En ese preciso momento la Unión Soviética se desplomó. La guerra fría había llegado a su fin. Para Saddam esto era una ventura y no una desgracia. La Unión Soviética había sido un proveedor continuo de armas para Iraq, pero al precio de no poder hacer nada para tensar las relaciones entre ese país y Estados Unidos. Saddam se vio libre de esta limitación al fin.

En 1990 Iraq se vio en problemas económicos, debido a los bajos precios del petróleo en el mercado mundial y al alto costo de la guerra con Irán. Kuwait insistía en que se le pagaran los préstamos que le había hecho durante la guerra. Probablemente había estado robándole petróleo por medio de perforaciones diagonales. Históricamente Iraq había venido reclamando el territorio kuwaití, que había formado parte de su propio territorio durante la época de los otomanos y le había sido separado arbitrariamente por los británicos después de la primera guerra mundial. Así que Saddam decidió que la solución para sus problemas económicos era tomar Kuwait. Hacerlo satisfacía una reclamación nacionalista de los iraquíes y, si

tenía éxito, convertiría a Iraq en la primera nación árabe. Iraq podría incluso convertirse en el salvador de Palestina, dado que las negociaciones entre la OLP y los israelitas acababan de romperse.

Sus cálculos fueron probablemente los siguientes: indudablemente, se dirá que invadir a Kuwait es una agresión. Pero, ¿podré seguir adelante? ¿Quién va a reaccionar? Sólo Estados Unidos está en posición de emprender alguna acción significativa, pero éste había sido ambivalente en sus relaciones con Iraq desde hacía mucho tiempo. Hoy sabemos que el embajador norteamericano, April Glaspie, le dijo a Saddam, unos días antes de la invasión, que la posición de Estados Unidos en la pugna diplomática entre Iraq y Kuwait era neutral. Así que —fue el razonamiento de Saddam— Estados Unidos reaccionará o hará como que no pasa nada.

En este caso Saddam ganaría. De reaccionar habría guerra. Cuanto más Iraq saldría ganando, porque Estados Unidos no se atrevería a invadirlo. Por supuesto, tenía razón, por los motivos que el presidente George H.W. Bush y el general Schwarzkopf dieron entonces. La invasión habría sido demasiado costosa en vidas para los norteamericanos, la ocupación habría sido políticamente demasiado cara y Arabia Saudita y Turquía temían una desintegración de Iraq así como la consecuente creación de un estado chiita en el sur y un estado kurdo en el norte.

Así que cuando terminó la primera guerra del Golfo Saddam logró una tregua en la línea de partida. Sufrió algunas pérdidas: una parte de su ejército y de su fuerza aérea. En el norte se estableció un estado kurdo *de facto*, pero no un estado chiita en el sur. Tuvo que sujetarse a un régimen de la ONU para poner fin a sus armas de destrucción masiva. Para cuando pudo expulsar a los inspectores de la ONU en 1998 la mayoría de sus armas de destrucción masiva habían desaparecido.

Cuando George W. Bush llegó al poder, Saddam supo que estaba en dificultades, ya que la mayoría de los principales consejeros de aquél habían pedido públicamente sacar a Saddam del poder. Luego vino el 11 de septiembre. Y Saddam debe de haber sabido que sería él, y no Osama Bin Laden, el que pagaría los platos rotos. Así que pidió que regresaran los inspectores de la ONU, sabiendo que no encontrarían nada, porque para entonces, al parecer, había destruido o no había remplazado las armas de destrucción masiva que había eliminado. Sin embargo, a poco fue evidente que nada de lo que hiciera detendría la invasión de Estados Unidos, ya que el propósito

era destituirlo y establecer el poderío norteamericano en la región.

¿Por qué, entonces, si ya no tenía armas de destrucción masiva, no lo dijo? Bueno, en realidad sí lo dijo pero nadie le creyó. Así que no era mucho lo que podía hacer. Conocía el limitado poder de su ejército y supo que perdería la segunda guerra del Golfo. Si usted fuera Saddam y supiera que iba a perder la segunda guerra del Golfo, ¿qué haría? Obviamente, prepararse para la tercera guerra del Golfo. ¿Y cómo? Lo primero sería asegurarse de que sobreviviera su relativamente reducido contingente de fieros luchadores partidarios. Para ello haría que la resistencia se derrumbara pronto y espectacularmente. Lo segundo sería crear un desorden en gran escala por medio de un saqueo sistemático. Lo tercero sería iniciar una guerra de guerrillas contra los soldados norteamericanos para empezar y luego contra sus colaboradores.

Después se sentaría a esperar la erosión de la posición norteamericana y a aguardar que la opinión pública, extremadamente importante, de dos sitios cambiara oportunamente: en Estados Unidos las detestables pérdidas de vidas, la incapacidad de hacer que las cosas marchen en Iraq y los evidentes engaños del régimen de Bush minarían el apoyo de los norteamericanos a la operación. Y en Iraq, con el paso del tiempo, la imagen de Saddam el torturador desaparecería para dejar el sitio a la imagen de Saddam el resistente nacionalista. Aun si Estados Unidos acabara por encontrarlo y matarlo, su imagen sobreviviría. En todo caso, la imagen de Estados Unidos como liberador se desintegraría.

Esto es menos bueno que ser un Saladino, pero si es usted débil, tiene que conformarse con lo que pueda obtener. Bush piensa que derrocar a Saddam significará haber ganado. Pero Saddam piensa que hacer caer a Bush significará haber ganado. Ya se verá quién tiene la razón.

15 DE OCTUBRE DE 2003: “LA VICTORIA DE OSAMA”

Los ataques del 11 de septiembre a las Torres Gemelas y al Pentágono se han atribuido a Osama Bin Laden y al-Qaeda y han sido tachados de actos de terrorismo. ¿Cuál es el significado de terrorismo? ¿Cuál es su finalidad? *Terrorismo* suele definirse como los actos perpetrados

en contra de una categoría de víctimas con la finalidad de sembrar el terror, esto es, miedo excesivo entre quienes pertenecen a la categoría de víctimas. Se realiza con la pretensión de que modifiquen su conducta futura. En este caso las víctimas fueron civiles estadunidenses. (Sé que había otras personas en los edificios, pero en cierto sentido, desde el punto de vista de los terroristas, era algo accidental.) La primera pregunta es, entonces: ¿los ataques lograron sembrar el terror entre los norteamericanos y modificaron su comportamiento futuro?

Si uno lee el *New York Times* del 12 de septiembre de 2003, cosa que sin lugar a dudas no hicieron Osama Bin Laden ni George W. Bush, uno se sentiría tentado a decir que sí, que los ataques tuvieron éxito porque modificaron el comportamiento de la clase de personas que fueron atacadas, del tal forma que para Osama Bin Laden fueron una victoria. Estados Unidos solía jactarse de ser una sociedad abierta, donde las personas podían ir y venir a placer, un país que acogía a visitantes e inmigrantes, donde la policía no era opresiva, en que la gente común y corriente no tenía temores.

¿Qué encontramos en las noticias periodísticas? Una historia de Reuters titulada "La seguridad alrededor de la embajada norteamericana tensa las relaciones con Berlín" empieza así: "La hermética seguridad que ha aislado a la embajada norteamericana aquí del resto de la ciudad de Berlín y ha paralizado una calle antes bulliciosa, en el corazón de la capital alemana, da una sensación espectral como cuando la guerra fría. Vallas de tres metros de altura, enormes barreras de concreto, guardas con ametralladoras y vehículos blindados hacen que la calle a la que da el edificio de cinco pisos parezca una zona de guerra, estorbando a negocios y a motoristas." En la historia se habla del gran disgusto de los berlineses, las disputas con el gobierno de la ciudad acerca de la extensión de la zona acordonada alrededor de la embajada y el hecho de que ni la embajada británica ni la francesa hayan sentido la necesidad de instalar medidas de seguridad similares. Termina citando a un turista holandés: "No sé si es necesario que haya tanta seguridad aquí. Me parece excesiva. Te hace sentir que no eres libre."

La segunda historia, titulada "Viajeros extranjeros en tránsito desalentados por las nuevas normas", detalla las consecuencias de que ahora el gobierno norteamericano exige visas a muchas personas de otros países que van a cambiar de avión en un aeropuerto de Estados Unidos, aun cuando no pasen de la sala de espera de tránsi-

to. ¿De qué personas se trata? Pues de brasileños que van a Japón vía Nueva York, o costarricenses que van a España vía Miami. También habla de turistas de Europa central de visita en Estados Unidos, de los costos y el tiempo excesivos para adquirir una visa de turista en Eslovaquia, del hecho de que los checos se ven en un dilema cuando contestan las preguntas de los cónsules norteamericanos sobre el servicio militar porque parece ser que constituye un crimen para la ley checa revelar datos acerca del servicio militar. En consecuencia, una agencia checa de turismo decidió mejor enviar a los viajeros a Canadá: no sólo no hay tanto lío para sacar la visa sino que el gobierno canadiense ofrece ayuda en planes de viaje.

La tercera historia se titula "Socorristas abandonan Iraq, por temor a convertirse en blancos". En el momento mismo en que el gobierno norteamericano está pidiendo al mundo que ayude en la reconstrucción de Iraq, "la mayor parte de los socorristas extranjeros en Iraq, temiendo convertirse en blancos de la violencia renovada, discretamente salieron del país el mes pasado, dejando el trabajo esencial de ayuda a sus colegas iraquíes y por ende retrasando el esfuerzo de reconstrucción". Esto porque los socorristas son norteamericanos o confundidos con norteamericanos o asociados en la mente de los iraquíes con la autoridad ocupante norteamericana. Así que, aun si son franceses, temen pasar por norteamericanos.

Ninguna de las tres historias relata cuestiones de importancia mundial. Pero reunidas, dos años después del 11 de septiembre, indican que, desde el punto de vista de los estadunidenses, el control de la situación está lejano. Estados Unidos ha tenido que cubrirse detrás de muros de seguridad que cercan su embajada en Berlín, creando obstáculos al turismo extranjero; y en Bagdad la pérdida de los socorristas civiles y la colocación de sus propios ciudadanos detrás de otras barreras de concreto. No cabe duda de que algunas de estas medidas de seguridad, o tal vez todas, se justifiquen por los peligros existentes. Y éste es precisamente el punto. Es exactamente lo que Osama Bin Laden esperaba y proyectaba que ocurriera.

Para él es un triunfo porque vivir detrás de barreras de concreto es, ante todo, una severa limitación a las libertades de los que tienen que hacerlo. En segundo lugar, vivir detrás de muros engendra un ambiente de miedo y asedio, que inevitablemente afecta el comportamiento en el propio país y en el exterior. Supongo que si uno le presentara este análisis a los funcionarios de la administración de Bush dirían que la "guerra al terror" supuestamente pondrá fin a este

estado de temor y asedio al eliminar su origen. Uno tiene el derecho a preguntarse, al leer las noticias de los periódicos, si la administración de Bush efectivamente ha hecho lo necesario para eliminar el origen del miedo. El hecho es que hoy por hoy el miedo va en aumento, no en disminución. Toca a nosotros preguntarnos por qué.

15 DE NOVIEMBRE DE 2003: "¿QUÉ ES EL REALISMO EN IRAQ?"

A medida que Estados Unidos se mete en mayores dificultades en Iraq, los chillidos de los halcones estadunidenses para convencer a los dudosos son cada vez más agudos. Acusan a éstos de no comprender qué es lo que ocurre. Y esto —dicen— es lo que pone obstáculos a Estados Unidos. A fin de cuentas, pues, no son los iraquíes sino los mensajeros del escepticismo los que, se dice, están dañando los intereses de los norteamericanos. Yo mismo he sido atacado de sembrar "irrealidad y confusión" en un artículo de Victor Davis Hanson, en el número del 13 de octubre de 2003 del *National Review*, el primer diario conservador norteamericano de opinión. Éstas son las evidencias que presenta:

> Immanuel Wallerstein advirtió acerca de la posibilidad de una "guerra prolongada y extenuante", desechando la posibilidad de un triunfo rápido —"Una victoria rápida y fácil, obviamente lo que espera la administración de Estados Unidos, es el [resultado] menos probable. Le doy una posibilidad entre veinte"—, antes de concluir que "perder, por increíble que parezca (también lo parecía en Vietnam), es un resultado que cabe esperar".

No me parece que las citas de Hanson, tomadas de un artículo que escribí en *Foreign Policy* (julio/agosto de 2002), sean motivo para sonrojarme. Es verdad que yo esperaba, junto con muchas otras personas, que Saddam Hussein se pondría en cuclillas en las grandes ciudades y pelearía una guerra de puerta en puerta. Pero, al parecer, era más listo que nosotros. Scott Ritter, ex marino norteamericano que formó parte de los equipos de inspección de la ONU a mediados de los noventa, dijo que en aquel tiempo le cayó en la mano el croquis de un programa oficial para una guerra de guerrillas en caso de invasión, documento que entregó a las autoridades norteamericanas. Y el número

del 13 de noviembre de 2003 del *Washington Post* cita las palabras del general de división al mando de la 82 División de la Fuerza Aérea, Charles H. Swannack Jr., responsable de las operaciones de combate en el triángulo inferior de los sunnitas, que concuerda en lo esencial con esta suposición: "Estoy convencido de que Saddam Hussein siempre tuvo la intención de azuzar una rebelión en caso de que Iraq cayera. Por eso se encuentra uno todos esos escondites de armas en grandes cantidades por todo el país. Sus planes eran lanzar una rebelión."

Revisemos, pues, en dónde estamos parados. Es claro que Estados Unidos no obtuvo una victoria rápida y fácil. Está inmerso en una guerra que se prolongará. En ese artículo que escribí el año pasado dije que pensaba que Estados Unidos tenía dos probabilidades en tres de ganar una guerra prolongada y sangrienta y una en tres de sufrir una verdadera derrota. Pero en un reciente informe filtrado, ampliamente difundido y supuestamente secreto, se dice que Estados Unidos de hecho estaba perdiendo ventaja en Iraq. Puede que haya yo sobrestimado nuestras probabilidades de ganar. De todos modos, sería irreal y confuso creer que Estados Unidos está desempeñando un buen papel en el fiasco que representa Iraq.

Ahora sabemos —porque nos lo dijo nada menos que Richard Perle, el eminente neoconservador— que Saddam Hussein ofreció, justo antes de la invasión, por mediación de un mensajero clandestino, hacer un trato que lo dejaría en el poder pero permitiría que Estados Unidos buscara directamente las armas de destrucción masiva. Estados Unidos no aceptó la oferta. El comentario del *New York Times* sobre esta revelación, en su editorial del 7 de noviembre de 2003, fue el siguiente:

> A los partidarios de la administración les gustaba decir a la sazón que había cosas que los oficiales de Bush sabían pero no podían compartir con el público. Quién podía imaginar que entre esas cosas se encontraba una oferta que habría provisto un camino para evitar la guerra.

Entre tanto, en Estados Unidos, todas las encuestas muestran que el público norteamericano está llegando, de forma lenta pero segura, a la conclusión de que la aventura de la guerra en Iraq fue un error. Uno de los más antiguos senadores de Estados Unidos, Ernest "Fritz" Hollings, demócrata de Carolina del Sur, con treinta años de servicio, hizo uso de la palabra el 3 de noviembre en el Senado y explicó sus temores respecto a Iraq, mensaje que no fue muy difun-

dido. Empezó diciendo: "Vengo a reconocer mi 'momento de Camboya' en la guerra de Iraq." Se refería a una guerra anterior, a la ocasión en que el senador Mansfield de Montana, líder de la mayoría en el Senado a la sazón, dijo con motivo de la invasión de Camboya que no podía soportar la guerra de Vietnam un momento más. Hollings dijo que no quería esperar tanto como Mansfield tuvo que hacerlo.

Lo importante de este discurso es que Hollings nació en el sur y es bien sabido que siempre fue un demócrata bastante conservador. Y contrariando la frase preferida del régimen de Bush, declara que decir que esto no es otro Vietnam es absurdo. El eco que se deja sentir en el centro del país, representado por Hollings, es muy real y se está esparciendo con rapidez.

¿Puede, pues, Estados Unidos perder de veras la guerra en Iraq? Bueno, Estados Unidos realmente perdió la guerra en Vietnam. Claro que depende de cómo se defina ganar la guerra. ¿Nos referimos a una situación en que las tropas norteamericanas permanezcan en Iraq pero que nadie les dispare? El verdadero panorama que tenemos delante es, por el contrario, la reunión de tropas norteamericanas tras muros de concreto donde sea más difícil dispararles. ¿Nos referimos a la elección de un gobierno "democrático"? Lo más probable es que unas elecciones libres hoy, o mañana, desemboquen en una mayoría chiita, y no en un gobierno en manos de los exiliados favoritos que Estados Unidos ha venido patrocinando. En un caso u otro, es dudoso que los que salgan elegidos consideren sus héroes a Locke o a Thomas Jefferson, o que sean menos hostiles con Israel que Saddam, o que no busquen la proliferación de armas nucleares en cuanto puedan. Después de todo, Iraq tiene sus intereses nacionales también, y éstos no concuerdan del todo con los intereses nacionales de Estados Unidos.

Aparentemente el administrador norteamericano en Iraq, Paul Bremer, pensaba que podía manejar este dilema si seguía siendo procónsul en Iraq durante una larga temporada y al mismo tiempo construía lentamente un régimen títere pasable. Pero las muertes cotidianas hacen que hasta los halcones en Washington duden de que puedan darse el lujo de ser tan ingenuos. El horizonte es gris para Estados Unidos en Iraq, en el Medio Oriente y, por cierto, en todo el mundo.

Esto pone a Estados Unidos en un aprieto. En Washington han empezado los rumores de una salida estratégica. Hay quienes piensan que esto le dará más votos a Bush en el 2004 que seguir adelante

con la estrategia actual. Pero también le quitará votos de los miembros desilusionados de su partido. Así que Bush pierde en todos los frentes. Y la única irrealidad y confusión sería no reconocerlo.

1 DE ENERO DE 2004:
"2003: EL AÑO DE BUSH"

El año 2003 es el año en que George W. Bush dejó su marca en el mundo. Al empezar el nuevo año es probable que estuviera celebrando el anterior. Que en realidad fue desastroso: para Bush, para Estados Unidos y para el mundo. Lo que Bush quería demostrar era que Estados Unidos podía hacer valer su poder unilateralmente en el mundo, que lo haría y que triunfaría militarmente al hacerlo y con ello reforzaría su posición política y económica. Iba a demostrar que era una superpotencia, si no respetada, al menos temida, por amigos y enemigos. ¿Lo logró? No lo creo.

Examinemos los sucesos del año desde el punto de vista de Bush. El año comenzó bastante mal. En febrero Estados Unidos buscó la legitimación internacional de su guerra contra Iraq a través de una resolución del Consejo de Seguridad de la ONU. Pese a todo el cabildeo, y a repetidas llamadas telefónicas del propio presidente, no pudo obtener más que cuatro votos (de 15) para dicha resolución y por consiguiente la retiró. En marzo Iraq fue invadido de todas formas, con una "coalición de los complacientes": en esencia, Gran Bretaña, Australia y Polonia. En el último minuto Turquía, a pesar del enorme soborno monetario que se le ofreció, se negó a tomar parte.

De todos modos la operación militar fue rápida, y para mayo Estados Unidos había ocupado más o menos la totalidad del país. Bush proclamó misión "cumplida". Pero no acababa de decirlo cuando empezó la guerra de guerrillas, que se ha ido fortaleciendo desde entonces. Más soldados norteamericanos han muerto y muchos más han sido heridos desde que la misión fue "cumplida" que durante la primera fase, y al terminar el año las fuerzas armadas admitieron que el número de muertos y heridos iba en aumento, no disminuyendo. Aunque Estados Unidos ha batallado para lograr que otros países envíen tropas, ha tenido poco éxito y por ello no ha podido reducir el número de tropas.

Diciembre trajo un brillante logro casi militar: la captura de Saddam Hussein. El líder de la ocupación, Paul Bremer, anunció: “Damas y caballeros, lo tenemos.” Y así fue, efectivamente. Pero como no se trataba de un juego de escondidillas, no es demasiado evidente que la captura de Saddam haya resuelto muchos problemas para Estados Unidos. Sin duda fue muy alentador desde el punto de vista psicológico, sobre todo en este país. Pero ¿acaso redujo la resistencia a la ocupación norteamericana? Tal vez haya sido desalentador para algunos miembros del partido Baath, aunque habría que demostrarlo. Por otra parte, liberó a los iraquíes que anteriormente habían dudado de pelear contra Estados Unidos porque temían el regreso de Saddam. Después de todo, el nacionalismo iraquí no depende de Saddam Hussein. En todo caso, en las últimas semanas de diciembre aumentaron considerablemente los ataques violentos contra la fuerza invasora.

¿Cómo le fue a Bush en los frentes económico y político? En lo económico, la guerra provocó la llamada alza de Bagdad, cosa que propició una llamarada de crecimiento en el mundo. Esto se debió en gran parte al keynesianismo militar estadunidense. Sólo que observamos dos lados oscuros. El crecimiento económico ha beneficiado a los ricos en gran medida. No tuvo como resultado una reducción en el desempleo, ni en Estados Unidos ni en ningún otro sitio, ni un incremento en el ingreso real para las capas trabajadoras. De manera que el impacto a largo plazo de la demanda efectiva es dudoso. Y, más importante aún, el dólar está deslizándose hacia abajo.

El deslizamiento del dólar es por supuesto una ventaja económica para Bush en el muy corto plazo (esto es, en el año electoral de 2004). Permite un incremento en las exportaciones estadunidenses y una reducción en términos reales de la deuda externa. Es posible que haya detenido el aumento del desempleo. Empero, un dólar fuerte es, a la postre, una herramienta política y económica poderosa, y Estados Unidos no puede darse el lujo de poseer una moneda débil por mucho tiempo. ¿Puede hacer algo para detener el deslizamiento del dólar? Para cubrir el déficit de la cuenta externa Estados Unidos adquiere préstamos monetarios vendiendo bonos cada mes. Hasta 2003 pudo vender los suficientes para cubrir su creciente déficit y con ello hacer posibles las increíbles transferencias financieras hacia las corporaciones norteamericanas y sus ciudadanos adinerados.

Pero cuando el dólar empezó a perder valor de manera significativa, el resto del mundo dejó de vaciar dinero bueno en la compra de

bonos cuyo valor se estaba desplomando. El déficit de Estados Unidos ya no lo cubre el flujo de dólares, cosa que plantea varios dilemas al Tesoro norteamericano. Y el inmediato desastre total sólo ha podido detenerlo la decisión de los gobiernos del Este Asiático, en particular el chino, de seguir comprando bonos del Tesoro. China, Japón y Corea del Sur hacen esto por su propia conveniencia, claro está. Pero su inversión en dólares también los pone en riesgo y tal vez decidan pronto que las ventajas sobrepasan los riegos para sus propios recursos. En cualquier caso, Estados Unidos depende ahora de ellos para que su salud económica prosiga, y no lo contrario, posición que difícilmente representa fortaleza económica. Y mientras tanto Estados Unidos está en venta para inversionistas extranjeros, el reverso de lo que querría.

En cuanto a lo político, la situación no es mejor. La guerra en Iraq marcó el punto crítico en las relaciones políticas entre Estados Unidos y Europa. Francia, Alemania y Rusia han hecho un viraje, de los aliados recalcitrantes que eran a sistemáticos pero incómodos rivales políticos. Su actitud es cautelosa, no colusoria. En consecuencia, aunque en ocasiones le siguen la corriente en algo que propone, Estados Unidos ya no puede contar con ellos en caso de apuro. El rembolso de la deuda iraquí es un ejemplo. James Baker parece haber obtenido promesas de deudores europeos y asiáticos de renunciar a una porción de la deuda que Iraq tiene con ellos. De todos modos, estos países tal vez se den por vencidos en el cobro de dicha deuda y tal vez exijan concesiones acerca del derecho a futuros acuerdos con Iraq, como precio por la cancelación de la deuda, cuando las negociaciones detalladas tengan lugar. Baker todavía no ha obtenido que los estados árabes, los acreedores mayores, hagan lo mismo. No olvidemos que uno de los motivos de la invasión iraquí a Kuwait fue anular la deuda con este país.

Se dice a voces que Europa occidental no está dispuesta a convertirse una vez más en seguidora incondicional del liderazgo norteamericano. La mayoría de las figuras políticas, hasta las más conservadoras, piensan que la política que Estados Unidos practica en el Medio Oriente es fundamentalmente incorrecta —no sólo para con Iraq sino también con Afganistán, Irán e Israel/Palestina. Si Pakistán o Arabia Saudita le explotan en la cara a Estados Unidos, habrá *Schadenfreude** en la mayoría de las capitales europeas, incluidas las de Europa oriental.

* Alegría por el mal ajeno. [T.]

Por último, pero ciertamente no menos importante, la campaña electoral promete ser muy difícil para George Bush. Por el momento está contando, por sobre todo, con reducir la amenaza de la deflación y con la captura de Saddam Hussein para lanzar su campaña. Pero Bush no solamente ha hecho que se le paren los pelos a muchos otros en el mundo. Ha movido al adormecido electorado estadunidense a que participe con pasión en la política. Tiene sus devotos seguidores, pero entre una significativa porción de la población norteamericana despierta la más fuerte oposición posible. No cabe duda de que habrá votantes oscilantes, atraídos por su discurso patriótico. Pero también hay muchos no votantes, muchos más, jóvenes, verdes, negros y latinos, que temen profundamente un segundo periodo de Bush y que están listos para esta vez sí votar.

El año 2004 tal vez no sea el año de Bush.

15 DE FEBRERO DE 2004: "EL PRESIDENTE DE LA GUERRA SE HUNDE EN EL LODAZAL"

"Soy un presidente de guerra" —dijo George W. Bush a Tim Russert durante el programa de la NBC *Meet the Press*, el 8 de febrero de 2004. Esta declaración no hace más que debilitar su causa. El presidente Bush ha hecho que su ex secretario del Tesoro, Paul O'Neill, testifique que la guerra contra Iraq estaba en la agenda del gabinete desde el día en que Bush asumió la presidencia. Así pues, no fue el 11 de septiembre lo que condujo a Bush a tomar este camino. Y habiendo dicho al pueblo norteamericano y al mundo, no una sino repetidas veces, que las armas de destrucción masiva de Saddam Hussein representaban una amenaza urgente para Estados Unidos y el mundo, Bush escuchó al director del grupo de inspección en Iraq, David Kay —escogido personalmente por él y a quien se encargó que encontrara las armas de Saddam—, testificar ante el Congreso que no encontró ninguna y que pensaba que Saddam había dejado de fabricarlas ya desde 1991.

La posición de Bush en las encuestas cayo de inmediato, e incluso algunos comentaristas bastante conservadores están contrariados por los hallazgos de Kay y por el hecho de que Estados Unidos fuera a la guerra con excusas falsas. Ahora todo el mundo quiere saber cómo es que se equivocó la inteligencia norteamericana, como si ése fuera

el problema. Es obvio que los informes, que ya de por sí eran equivocados, fueron interpretados con exageración por la administración de Bush para conformarlos a sus objetivos preconcebidos. Y no es cierto que "todo el mundo estaba equivocado". Después de todo, antes de la guerra hubo voces claras —las del director de la Agencia Internacional de Energía Atómica, Scott Ritter, y otros— que señalaron que no había pruebas de que las armas existieran.

Bush está a la defensiva. Del círculo íntimo que lo rodea surgen muchas historias. Colin Powell, al igual que el propio Bush, ya no está tan seguro de que hubiera las susodichas armas. Cheney y Rumsfeld siguen diciendo que esperan que aparezcan. Pero eso no importa. La justificación ha sido modificada. Bush nos dice que Saddam Hussein tenía "la capacidad de producir armas". Y, además, "era un hombre peligroso" y "éste es un mundo peligroso". Saddam Hussein es (era) un loco que tenía la capacidad de producir un arma y "luego dejarla caer en manos de una oscura red de terroristas". Por otra parte, "cuando Estados Unidos dice que habrá graves consecuencias, y no hay graves consecuencias, crea consecuencias adversas". A la postre (¿quién puede saberlo?), es posible que fabricara un arma nuclear y luego Estados Unidos "se habría visto expuesto a la extorsión".

Esta explicación es tan débil que Estados Unidos ha perdido toda credibilidad, incluso quizá con Tony Blair, quien por desgracia nunca lo admitirá. Mientras tanto, las cosas en Iraq no van nada bien. Cada semana mueren de cinco a diez norteamericanos. Y es extremadamente peligroso tratar de enrolarse en la policía iraquí. Las mujeres iraquíes tienen miedo de salir del hogar debido a las presiones del fundamentalismo. El código que rige a las iraquíes, antes el más progresista del mundo árabe, acaba de ser abrogado por las autoridades interinas a favor de la charia. Estados Unidos desea ardientemente salir lo más pronto posible del atolladero en el que dijo que nunca se metería. Querría devolver la soberanía a un gobierno iraquí para el 30 de junio. Querría que después de junio la ONU asumiera la supervisión de las negociaciones políticas entre los iraquíes. Querría que la OTAN asumiera el control de una fuerza de estabilización. No parece que se le vaya a cumplir ninguno de estos deseos.

La entrega a los iraquíes el 30 de junio está empantanada por el momento porque los chiitas insisten en tener elecciones (democracia, ¿recuerdan?), que ganarían. Los kurdos insisten en el virtual autogobierno. Y los sunnitas insisten en no perderlo todo. Los chiitas y los kurdos poseen unidades militares en servicio, y los sunnitas van

a crear una sin duda. Súbitamente, Estados Unidos acaba de exhibir un documento que muestra que todo este conflicto étnico es un complot de al-Qaeda. La realidad es que será un milagro si después de junio no se produce una guerra civil bastante desagradable. Si Estados Unidos cree que Kofi Annan y la OTAN quieren verse envueltos en esto, mejor que lo piense dos veces. El *Neue Zürcher Zeitung*, el principal diario de Suiza y escasamente hostil a Estados Unidos, acaba de publicar una caricatura en donde de una mezcladora de cemento, llamada "reconstrucción de Iraq", sale George Bush vestido de militar y ya casi cubierto de cemento. Medio desesperado, Bush dice a unos divertidos espectadores, llamados "ONU" y "Europa": "Bueno, si de veras insisten en ayudar."

El problema es que Bush no tiene para dónde volverse. Se aproximan unas elecciones difíciles y muchas cosas que explicar acerca de sus antecedentes en Vietnam. Puede amenazar todo lo que quiera que la proliferación nuclear constituye un peligro tan grande que todo el mundo debe dejar de producir energía nuclear con fines pacíficos, o sufrirá las consecuencias. Mientras tanto, está proponiendo la expansión de la capacidad de producir bombas nucleares en Estados Unidos. Así que cabe esperar que un cúmulo de países abandonen la producción de energía nuclear.

Y luego está el pequeño detalle del agujero económico que ha estado cavando para Estados Unidos. Si uno devuelve la mayor parte de los impuestos y gasta profusamente en la guerra es natural que el déficit adquiera proporciones astronómicas. Está espantando y ahuyentando a los capitalistas prominentes del mundo. Aun algunos de los conservadores del ala de extrema derecha en el Congreso están amenazando con abstenerse en las próximas elecciones debido al déficit que no cesa de aumentar.

Bush sí nos dejó un último consuelo en esa entrevista con Tim Russert en la NBC. Dijo: "Un Iraq libre cambiará al mundo." Yo por mi parte espero que un Iraq libre, si alguna vez ellos y nosotros alcanzamos esto, pueda cambiar a Estados Unidos. Quién sabe, tal vez ése sea el legado de Bush.

3. LO POSIBLE Y LO DESEABLE

Aquellos que critican a Bush de "unilateralista" parecen pensar que para volver a encarrilarse Estados Unidos no necesita más que retomar las estrategias de los últimos treinta años; así cuando menos el vaso volverá a estar medio lleno. Esto es ilusorio. Como dijimos antes, la razón de decir que las estrategias anteriores constituyen un "multilateralismo blando" es que Estados Unidos nunca se propuso llegar ahí. De Nixon a Clinton, todas las administraciones estuvieron convencidas de que obtendrían lo que querrían el noventa y cinco por ciento de las veces. Pero se reservaron el derecho de hacerlo por su cuenta si no era así. La diplomacia norteamericana fue lo bastante eficaz para nunca tener que recurrir a semejante fanfarronería. En 2003 fue necesario hacerlo.

¿Por qué no puede Estados Unidos volver sin más al multilaterismo blando? Porque una vez desplegado su poder bruto *en contra de sus aliados* las tres tácticas dejan de ser válidas. Sin duda la asociación sigue siendo atractiva para algunos gobiernos de la OTAN, pero los principales están cansados de Estados Unidos. Y la opinión de la gente de otros países que siguen buscando la asociación no está con sus gobiernos. Tomemos el ejemplo de Francia. Pascal Boniface, director del conocido Institut de Relations Internationales et Stratégiques, afirma en *Le Figaro* (el principal diario conservador) que Bush no ha hecho más que extender las políticas del "multilateralista" Clinton, y concluye: "No veremos en un futuro cercano la normalización de las relaciones entre Francia y Estados Unidos." Y François Heisbourg, de la más conservadora Fondation pour la Recherche Stratégique, históricamente pro americanista, no es más amigable: "Desde hace meses Francia tiene la razón […] Pensar que 'la vieja Europa' saltará dentro del mismo agujero del que los norteamericanos están tratando de salir es vivir en el país de la fantasía." En Alemania, el acto más popular de los últimos años del canciller Schröder, en unos tiempos difíciles para él y su partido, ha sido enfrentarse a Estados Unidos. Y Francia y Alemania acaban de anunciar una coordinación más estrecha de su política exterior, algo que ciertamente no es una buena nueva para el Departamento de Estado. Esta coordinación significa

que se ha reforzado la noción de un núcleo europeo duro en el seno de la Unión Europea, un núcleo autónomo que por consiguiente no necesita seguir los pasos de Estados Unidos. José Luis Rodríguez Zapatero, el nuevo presidente del gobierno español, anunció que no solamente España retirará sus tropas de Iraq sino que se alineará a los esfuerzos francoalemanes para construir una Unión Europea independiente.

En cuanto a Putin, su juego es astuto, ya que está tratando de no irritar demasiado a Estados Unidos, pero cuando los rescoldos estén fríos dejará de seguirle la corriente. La prueba está que ha seguido ayudando abiertamente a Irán a construir una planta nuclear. Puede que cancele la deuda que Iraq tiene con Rusia (que le ha costado mucho trabajo cobrar), pero sólo a cambio de obtener contratos en Iraq. Y en 2003 George Bush visitó la Gran Bretaña, donde tuvo que ocultarse y protegerse del pueblo británico. No se dirigió al Parlamento por temor a que lo increparan públicamente. Nada que se parezca a los buenos viejos tiempos, como la visita de Reagan a ese país.

En todos los frentes, Europa está avanzando a una posición más de competencia que de alianza con Estados Unidos. ¿Asociación? ¿Asociación en contra de quién? En el Este Asiático tal vez sea cierto que las cuatro potencias regionales —China, Japón, Corea del Sur y Corea del Norte— tienen sus mutuas reservas y guardan viejos rencores. Con todo, ninguna es un aliado incondicional de Estados Unidos, y todas están haciendo avances en la relación con las demás. Todavía queda por ver cuánto, pero el Este Asiático está progresando y no va a tomar un lugar subordinado a unos Estados Unidos debilitados, por más "multilateral" que Washington pretenda ser.

Antes del 11 de septiembre muchas posibles potencias nucleares del Sur tenían sus dudas: si construían una bomba se arriesgaban a atraerse la ira de Estados Unidos (y de Europa). Era un alto precio. Y tampoco era tan sencillo hacerlo. ¿Y ahora? Cualquier país del Sur que haya examinado la segunda guerra contra Iraq puede sacar una sencilla conclusión: Iraq no fue invadido porque tuviera armas de destrucción masiva sino porque no las tenía. Todo lo que se dice acerca del súper armamento que Estados Unidos ha estado desarrollando obliga a todos a pensar cómo podrían defenderse contra unos Estados Unidos en los que no confían. Una bomba atómica pasada de moda puede hacer que Estados Unidos lo piense dos veces. Esto es lo que se desprende en el caso de Corea del Norte. Porque una

bomba pequeña puede hacer suficientes estragos y que a Estados Unidos le salga tan caro que le impida lanzar una guerra preventiva: caro en términos de vidas de norteamericanos, y en términos de la disposición de la opinión pública estadunidense a tolerar semejante pérdida. Y mientras más bombas puedan amasar los países del Sur, mejor. Estados Unidos afirma que no tiene confianza en que no las usen: contra sus vecinos, contra el propio Estados Unidos. Pero ellos piensan que es mucho más probable que Estados Unidos las use (por lo menos las llamadas minibombas) contra ellos que viceversa. No es necesario un debate sobre quién tiene la razón. El hecho es que los países del Sur seguirán actuando con base en esta suposición y no es probable que se muestren más complacientes con un Estados Unidos "multilateral" que con George W. Bush. Los generales brasileños pusieron fin a su programa en los ochenta. Hoy en Brasil se murmura que quieren revivirlo. Efectivamente, Libia "renunció" a hacer una bomba que en realidad era incapaz de fabricar, por falta de personal especializado. E Irán está permitiendo las inspecciones. Pero, como sabemos, las inspecciones no pararán el proceso ya que, con las reglas actuales, un país puede hacer cualquier cosa que sea necesaria para preparar el terreno para una bomba, luego renunciar al tratado y construirla. El presidente Bush ha convocado a cancelar esta evasiva: ¿es capaz de lograr que se adopte esta enmienda al tratado? ¿Se tomará siquiera la molestia de intentarlo? Cabe esperar que para 2015 veremos una docena de potencias nucleares más, independientemente de quién sea presidente en Estados Unidos. El programa entero de contener la proliferación nuclear está hecho jirones, y tratar de revivirlo acaso no sea más que un enorme gasto de energía. Estados Unidos tiene que aprender a vivir con esta situación, bastante nueva.

Finalmente, la globalización es casi un hecho del pasado. Prácticamente sus funerales tuvieron lugar en Cancún en septiembre de 2003. Lo que ocurrió fue que los países del Sur (encabezados por Brasil, la India, China y Sudáfrica) denunciaron la falsedad de los defensores del libre comercio. Dijeron que el libre comercio debe ir en los dos sentidos. Si quieren que el Sur se abra al Norte, entonces el Norte debe abrirse al Sur: no más subsidios a los productores del Norte, no más aranceles para impedir la entrada de los productos del Sur. Naturalmente, el Norte no hubiera querido que esto sucediera. Sería una bomba política. Así que el llamado Grupo de los 21 dijo, bueno, entonces adiós. Después de Cancún, la reunión del ALCA

en Miami, en 2003, no se llevó el chasco de Cancún solamente porque Estados Unidos y Brasil llegaron al acuerdo de sacar de la agenda todos los asuntos de importancia. En pocas palabras, Brasil se salió con la suya. Puede que Estados Unidos le tuerza el brazo a El Salvador para que firme un convenio comercial, pero lo que interesa a los capitalistas estadunidenses son los mercados de Brasil y Argentina, no el de El Salvador.

Esta actitud fue posible gracias a tres cosas. La primera fue la acumulación de los efectos negativos de las políticas del Fondo Monetario Internacional y la Organización Mundial de Comercio en el Sur. La evidencia: el desplome económico de Argentina, la "niña buena" del FMI en los noventa. La segunda fue el sorprendente surgimiento de una "familia de movimientos" de extensión mundial, el Foro Social Mundial (de Porto Alegre), que, pese a su estructura indefinida y a la increíble amalgama de toda clase de grupos, se ha convertido en una fuerza política de envergadura en el sistema mundial, eclipsando a su rival, el Foro Económico Mundial (Davos). Y la tercera, no menos importante, fueron las continuas dificultades de los norteamericanos en Iraq, que han amarrado sus recursos y su energía política a tal punto que es incapaz de movilizarse exitosamente contra la creciente resistencia a cualquier cosa que huela a más globalización.

Mañana, en un periodo en que Bush no esté más, si tenemos un gobierno norteamericano "multilateralista", ¿podrá éste llegar a acuerdos con el Grupo de los 21? ¿Puede edificar un ALCA? Sí, si está dispuesto a abrir las fronteras de Estados Unidos (y de Europa) al flujo de mercancías procedentes de China, la India, Brasil, Sudáfrica y todos los países diminutos y débiles del Sur. Pero, ¿acaso hay alguien que se esté ocupando de esto? Bill Clinton, el promotor del libre comercio, no lo hizo. De todos modos, después de George W. Bush el precio de cualquier trato ha aumentado. Los gobiernos del Sur ya no se contentarán con un poquito de ayuda más y con una ocasional reducción de los precios de los productos farmacéuticos que tienen que comprar. Ahora quieren algo sustancioso, y algo sustancioso significa modificar la estructura de la economía mundial para que se reduzcan las ventajas de los países del Norte (y seguramente su estándar de vida).

¿Qué puede hacer Estados Unidos para salir del hoyo profundo en que la política de Bush lo ha metido? No será fácil. Es necesario concebir una postura inteligente de frente al mundo en tres dimensio-

nes temporales: el corto plazo, de aquí al 2010, el mediano plazo, de 2010 al 2030, y el largo plazo. En un sistema electoral el corto plazo interesa a los funcionarios elegidos, porque permanecer en el poder depende del corto plazo. Pero para el país, y especialmente para las generaciones más jóvenes, el mediano plazo es más importante. Y para el mundo en general el largo plazo es, finalmente, el decisivo.

Empecemos no con las políticas sino con la actitud colectiva, tema que cruza la dimensión temporal. Estados Unidos —su gobierno pero más que nada sus ciudadanos— tiene que dejar de pensarse como el país más grande del mundo y empezar a pensarse como un país maduro entre muchos, un país que ha tenido tanto grandeza como cosas de las que arrepentirse, al igual que la mayoría de los demás países. Hoy es un país muy poderoso en un mundo multipolar que abarca, y seguirá abarcando, otros países poderosos. La multipolaridad es una gran virtud, no un peligro para Estados Unidos. Para sobrevivir, o siquiera para sobrevivir bien, Estados Unidos tiene que decidirse a entrar en un diálogo con el resto del mundo. No es que no tenga nada que ofrecer al mundo: tiene mucho que ofrecer. Pero tiene también mucho que recibir del resto del mundo. Y sólo puede ofrecer si está listo para recibir.

Este cambio de perspectiva constituiría un giro sociopsicológico de la mayor envergadura, de los que a los gobiernos y a los pueblos les cuesta mucho trabajo dar, sobre todo porque las figuras políticas principales y los medios generalmente sacan provecho y les acomoda presentar la línea opuesta. Sin embargo, no hay mucha tela de donde cortar. Porque, a no ser que los norteamericanos de alguna manera se las arreglen para dar este giro, se verán cada vez más aislados del mundo. Descubrirán que no son admirados sino acosados y les será imposible realizar sus propios ideales.

Los giros sociopsicológicos de este tipo no son desconocidos en la historia moderna. Quizá ni siquiera son raros. Pero generalmente ocurren sólo como resultado de un suceso dramático: una derrota traumática, una gran victoria tras un gran esfuerzo, una profunda desilusión con los líderes y las ideologías en los que la gente había puesto sus aspiraciones. La conmoción del 11 de septiembre podría haber sentado las bases para semejante punto decisivo. Pero de inmediato fue rápidamente explotada con otros fines. Y la ocasión ya se pasó. Todo lo que nos queda es el desgaste continuo del prestigio, la seguridad y la riqueza colectiva de Estados Unidos. Sólo que el descenso lento pero persistente suele provocar modos perjudiciales de

reaccionar. Tenemos todos los motivos para temer los efectos de semejante clima negativo en la psicología colectiva de los norteamericanos.

Aun así, la situación no es desesperada en absoluto. Por un lado, más norteamericanos de los que imaginamos al leer la prensa internacional (y norteamericana) están profundamente preocupados por los dilemas morales en los que el país y su gobierno se han puesto. Si vislumbraran algún programa positivo en el horizonte, muchos lo abrazarían. Pero tiene que tratarse de un programa que contenga algo más que las mismas viejas formas, más que la restitución de la gloria perdida. Tiene que tratarse de un programa de esperanza moral y política para el futuro, algo que el nacionalismo xenófobo con matices de arrogancia racista es incapaz de ofrecer.

En el corto plazo —esto es, inmediatamente—, Estados Unidos tiene que meter reversa, dar un giro de 180 grados en los tres pilares de sus estrategias para con el mundo de los años de Nixon a Clinton. Primero tiene que aceptar, con donaire, la independencia política de Europa occidental y del Este Asiático, reconocerlos como sus iguales políticos que tienen el derecho a estructuras independientes en las que Estados Unidos no tiene nada que decir (como las fuerzas militares o las políticas monetarias). Estados Unidos buscaría por supuesto la defensa de sus intereses en sus debates con el resto del mundo, pero es necesario que abandone la idea de que debe, y puede, socavar la construcción de estas estructuras emergentes de sus antiguos aliados dependientes. Y naturalmente tendría que aceptar que, en la medida en que existen o existirán leyes y normas globales, no tiene derecho a pretender quedar exento de ninguna de ellas. Muy por el contrario, Estados Unidos debería pugnar por que todo el mundo quede bajo la misma sombrilla.

La proliferación nuclear es inevitable. Y no es, como parecen pensar todos los países ricos, necesariamente perjudicial. En 1945, Estados Unidos era la única potencia nuclear. En 2004 existen cuando menos ocho potencias nucleares, y muchas en camino de serlo. Pasar de una a ocho no condujo a una guerra nuclear, y no es más probable que pasar de ocho a veinticinco lo hiciera. En realidad, se podría alegar que esto reduciría la posibilidad de una guerra nuclear. Sin lugar a dudas, sería una gran cosa que las grandes potencias pudieran acordar una amplia reducción de los suministros nucleares. Pero las potencias "medianas" del mundo, especialmente las del Sur, sencillamente no van a aceptar no tener una sola arma mientras

Estados Unidos las tenga por miles. Darse con la cabeza contra la pared no ha sido nunca una táctica inteligente, ni útil. Estados Unidos debería dejar de hacerlo. La peor de las políticas —peor desde el punto de vista político y peor desde el punto de vista moral— es decir que las potencias nucleares existentes pueden conservar, o aumentar, sus fuerzas actuales, pero que nadie más puede imitarlas.

A la globalización neoliberal ya le llegó su día; está acabada. En el revuelo económico del primer cuarto del siglo XXI los principales centros de acumulación de capital probablemente serán más proteccionistas, y no menos. Y el Sur no va a seguir permitiendo la penetración sin reciprocidad. En 2004 el mundo está saliendo de la era del libre comercio, y no entrando en ella. Durante la crisis financiera de 1997, el país asiático que salió mejor librado fue Malasia, el único que públicamente y sin tapujos rechazó los consejos del FMI. Lo que Estados Unidos debería estar alentando en casa tanto como en el exterior son políticas económicas que disminuyan la polarización y no que la aumenten (dentro y entre países). Los capitalistas (norteamericanos y otros) deberían volver a ser genuinos empresarios: esto es, tomar riesgos, cosechar ganancias si son hábiles y aceptar pérdidas si no lo son. Las empresas en Estados Unidos y en cualquier sitio deberían abandonar su connivencia con el estado benefactor.

¿Esta radical marcha atrás asegurará la seguridad, la salud y la prosperidad? No se puede garantizar. Pero tiene más probabilidades de hacerlo que la doctrina de Bush o las difuntas políticas de multilateralismo blando practicadas de Nixon a Clinton. Ante todo, permitiría que Estados Unidos levantara de nuevo la cabeza, como un país que intenta vivir los ideales de que presume y, con cierta dificultad (como todo el mundo), no sólo aspira a promover el bienestar de sus habitantes sino que también los alienta a ser buenos ciudadanos del mundo. Hubo un tiempo en que fue admirado por esto, y podría ocurrir de nuevo.

Pero aun esta marcha atrás radical en la política mundial no sería más que el comienzo. Lo único que lograría sería permitir a Estados Unidos convertirse una vez más en un jugador dedicado en la actual geopolítica del sistema mundial, un jugador cuyas opiniones los demás países considerarán dignas de ser tomadas en cuenta y de respeto. Pero, naturalmente, como el mundo seguirá cambiando, no todo lo que probablemente ocurra será aceptable para el pueblo nor-

teamericano ni útil para sus necesidades legítimas. Tendríamos que evaluar qué es lo que puede ocurrir a mediano plazo, esto es, entre 2010 y 2030.

En primer lugar seguramente habrá cambios importantes en las lealtades políticas. Europa habrá alcanzado una integración más estrecha en el continente (que incluirá en cierta forma a Rusia) y creado una estructura militar colectiva más fuerte. Estará pugnando vigorosamente por la acumulación de capital y el progreso tecnológico. Y estará trabajando arduamente para recuperar su autonomía cultural en la escena mundial. Nada de esto será fácil de lograr. Existen importantes diferencias internas en Europa: una separación económica entre su sólido noroeste y sus segmentos oriental y meridional económicamente más débiles; una segunda separación económica que refleja la clásica división derecha/izquierda (capital/trabajo) en la política europea; entre los países del centro este, un continuo temor de Rusia, o cuando menos una incomodidad, y para muchos con Alemania también, aunque en menor medida; una resistencia de algunos a debilitar significativamente los lazos con Estados Unidos; y no menor, todas las dificultades que se derivan de intentar integrar en los moldes culturales europeos a una población musulmana en rápido crecimiento. Aun así, es probable que Europa surja como potencia prominente en el escenario mundial; el "atlanticismo", la pertenencia a la OTAN, será un concepto del pasado.

Lo que tanto Estados Unidos como Europa tendrán que enfrentar es el surgimiento de un complejo Este Asiático, un tercer polo de acumulación capitalista y poderío militar. El Este Asiático está y ha estado siempre conformado por tres principales conjuntos de civilizaciones: China, Corea y Japón, que poseen una larga, continua y esplendorosa historia. Corea está hoy dividida en dos naciones, más o menos del mismo tamaño. Y China tiene lo que equivale a una provincia separada, Taiwán, a su vez dividida internamente en lo que toca a la elección de su futuro geopolítico. Claro que Taiwán es mucho más pequeña que la China que ocupa los límites de la República Popular de China, pero su economía es vigorosa y posee un alto nivel de sofisticación y de capital humano, que le presta una cierta capacidad para perseguir sus propios objetivos políticos.

Ambas, China y Corea, se dividieron al inicio del conflicto ideológico soviético-estadunidense y la llamada guerra fría. Se dividieron como resultado de conflictos militares en su propio suelo. En algunos respectos éstas son cosas del pasado, pero, pese a todos los cam-

bios ideológicos y políticos ocurridos en el mundo desde 1989, estas divisiones siguen siendo bastante profundas. No obstante, existen fuertes motivaciones —tanto por sentimientos nacionalistas como por intereses económicos propios— que respaldan impulsos de reunificación. Sería una estupidez subestimar la fuerza de estos impulsos tanto en Corea como en China. Hay más probabilidades que nunca de que esas reunificaciones se realicen, adoptando una fórmula u otra, durante el primer cuarto del siglo XXI. Y si se realizaran puede sobrevenir una gran exigencia de integración económica y política de algún tipo en el Este Asiático. Semejante "unión del Este Asiático" llegaría a ser, para 2025, posiblemente el nódulo más fuerte de acumulación capitalista en el sistema mundial, así como una presencia militar formidable y un actor político principal que atraerá a casi todo el Sudeste Asiático a su órbita.

Para el año 2025, también, podemos esperar que lo que hoy es una tríada económica *de facto* —Estados Unidos, Europa occidental y el Este Asiático— se habrá convertido en una tríada política e incluso militar. Cualquier referencia a un imperio norteamericano, o un liderazgo mundial de los norteamericanos, habrá desaparecido del vocabulario de los medios y del dogmatismo de los intelectuales. La opción real para Estados Unidos será seguramente si enfila con el Este Asiático o con Europa occidental, que habrá atraído a Rusia a su órbita. Y si le resultara más fácil y económicamente más rentable alinearse con el Este Asiático, será con un papel subordinado. Lo que es más, es posible que se vea despojado de su última y más significativa fuerza económica: su control de los mercados financieros, del que hoy goza gracias al dominio del dólar como divisa única de reserva. Desaparecida esta ventaja, y viviendo en un mundo donde predomine una tríada de divisas principales, Estados Unidos empezará a pagar el precio económico de su actual saqueo desenfrenado de ganancias especulativas e inversiones estériles en pertrechos militares.

En esta escena geopolítica remodelada de 2025, ¿cuál será el papel que jueguen los países que hoy llamamos del Sur, en particular los más fuertes (económica, demográfica y políticamente): la India, Indonesia, Irán, Sudáfrica, Nigeria, Brasil y Argentina, para nombrar apenas unos cuantos entre los más obvios? Ésta es la pregunta más incierta. La respuesta depende en parte de los ciclos de la economía mundial. Si entre 2010 y 2025 se da un ciclo renovado de verdadero crecimiento económico (no de especulación bursátil), es posible que

una parte de ese crecimiento beneficie a segmentos de la población de estos países y también, claro, a sus erarios. Y si surge una alianza política limitada entre estos países como una fuerza para negociaciones internacionales (el lanzamiento del bloque del G-20 en las reuniones de la Organización Mundial de Comercio fue un primer intento), entonces estos países podrían obtener diversas concesiones económicas al hacer que los miembros de la tríada compitan entre sí. Y si estos países sienten que son lo bastante ricos para adquirir armas nucleares, habrá cuando menos una docena de potencias nucleares en el Sur para 2025. Esta capacidad nuclear no es garantía de que se convertirán en amenazas militares, pero significa que serán mucho menos vulnerables a las intimidaciones de los países del Norte. Por otra parte, si una cantidad significativa de sus ciudadanos mejor preparados migra, legal o ilegalmente, al Norte, tal vez su palanca económica se vea mermada, aunque semejante patrón migratorio también agravaría los conflictos internos del Norte.

Pero todos estos "si" son inciertos, y la posibilidad de que dichos países sigan esta trayectoria es sólo mediana. Es probable que para el año 2025 la separación Norte/Sur no se haya reducido significativamente; por el contrario, podrá haber aumentado considerablemente. Un Norte dividido y un Sur cada vez más desesperado no es una fórmula para la *pax americana* ni para ninguna otra versión de *pax*.

Esto nos lleva al largo plazo. Las lealtades geopolíticas del mediano plazo dan por sentadas las reglas que han regido el funcionamiento de la economía mundial capitalista como sistema histórico y se basan en ellas. Pero ¿qué sabemos de la trayectoria del sistema mundial existente y del futuro de estas reglas? Las perspectivas de supervivencia de la economía capitalista en el largo plazo no son buenas. Cualesquiera que sean nuestras preferencias, el propósito de esta aseveración es descriptivo y no prescriptivo de algo moral.

Las tensiones estructurales de nuestro sistema actual son enormes y están coartando severamente las futuras posibilidades de acumulación de capital, objetivo central del capitalismo como sistema histórico desde siempre y su motor sociopsicológico. Existen tres tendencias de largo plazo básicas para la operación del sistema y se están aproximando a los límites de su capacidad de funcionamiento. Una es el costo en aumento constante de los empleados en todas las operaciones económicas de un extremo al otro del mundo. La segunda es la presión en aumento constante para que las empresas asuman internamente los costos totales de producción. Y la tercera son las

tasas impositivas en aumento constante en todos los niveles de las estructuras gubernamentales.

Cada una de estas tendencias estructurales está reduciendo el nivel de ganancias posibles y constriñendo severamente la capacidad de buscar la acumulación de capital en grado significativo. Sopesemos brevemente qué es lo que ocasiona estas presiones estructurales y por qué es poco probable que puedan ser revertidas más que marginalmente.

El costo de los empleados es y ha sido siempre una función de la relativa fuerza política del capital y el trabajo. No existe un costo económicamente correcto del trabajo. Desde la perspectiva del patrón, mientras más bajo sea el costo, mejor. Desde el punto de vista del empleado, mientras más elevada sea la recompensa, mejor. El arma principal del patrón es la capacidad de remplazar al empleado actual por otro igualmente hábil pero dispuesto a aceptar una paga menor. El arma principal del empleado es la organización, que permite a un grupo de empleados aplicar tal presión política y económica sobre el patrón que resulta menos costoso para éste otorgar una recompensa mayor que seguir resistiéndose a la demanda.

La organización de empleados exige un medio social en el que pueden comunicarse unos con otros y en el que han aprendido las habilidades para organizarse, han adquirido conocimientos acerca de las opciones reales de un patrón y han sido capaces de obligar al estado a una relativa neutralidad. Alcanzar esta combinación toma tiempo, educación y generalmente un entorno urbano. En la medida en que una acción sindical semejante es posible y la posición política de los empleados en una localidad determinada es lo bastante fuerte para obligar a la aceptación de sus demandas de una paga mayor, los patrones acabarán por encontrar que el valor de la reubicación a una localidad más amigable es la única táctica que puede poner remedio a esta situación, en el momento en que los crecientes costos del trabajo son más elevados que los costos de una mudanza y que el incremento en los costos de las transacciones. Durante quinientos años los patrones han recurrido, esporádica pero repetidamente, a la práctica de la "factoría tránsfuga".

La factoría tránsfuga presupone que hay algún sitio al que uno se puede fugar, donde la fuerza de trabajo sea más débil y esté dispuesta a aceptar una menor paga por la misma clase de trabajo. Lo que resulta siempre necesario es encontrar una localidad que posea una fuerza de trabajo en potencia para la que un nivel menor de paga

(menor medido en escala global) sea en realidad más alto que lo que obtienen los trabajadores. Es muy probable que esto ocurra en localidades donde la fuerza de trabajo está subempleada (preferiblemente que no participe plenamente en la economía monetaria) y puede ser atraída (o constreñida) a participar en el trabajo. Pero cada vez que una reubicación semejante tiene lugar disminuye la reserva mundial de trabajadores disponibles como éstos. En el siglo XXI la desruralización en escala mundial ha alcanzado niveles tales que estas reservas pronto se habrán agotado. Y esto significa que será cada vez más difícil utilizar esta táctica de la factoría tránsfuga con el fin de reducir los costos de mano de obra.

Mantener bajos los costos de los insumos de la producción ha constituido siempre otras de las preocupaciones de primer orden de los empresarios. El principal mecanismo con el que se ha logrado esto es "exteriorizando" la mayor cantidad posible de costos, lo cual significa hacer que alguien que no sea el empresario pague una parte del costo de los insumos —alguien que puede ser el gobierno o la "sociedad" (esto es, individuos que no sean el productor). Tres costos principales han sido exteriorizados. Uno es el de la disposición de desechos, en especial los tóxicos. Básicamente, los empresarios han optado sencillamente por arrojarlos donde pueden. El segundo es el de la renovación de los recursos utilizados en la producción. Los empresarios han optado por despreocuparse de este problema y dejar que sean las futuras generaciones las que se preocupen. El tercero es el de aquello que se ha dado en llamar infraestructura —el transporte y las comunicaciones, la necesaria base de importancia fundamental—, sin los cuales ningún empresario podría obtener suministros ni mercancías.

A medida que el mundo se va desruralizando las fuentes vírgenes de materiales básicos y las zonas vacías en las que se podrían arrojar desechos se han ido reduciendo constantemente, y en algunos casos se han agotado. El mundo descubrió este problema durante los últimos cincuenta años, el problema de los límites y riesgos ecológicos, como se le ha llamado. La única solución de largo plazo de este problema es la interiorización total de esos costos por los productores. Pero esto, naturalmente, exprime las ganancias. De manera semejante, los costos de infraestructura han ido aumentando constantemente, al punto que la demanda de que también sean interiorizados en gran medida ha aumentado.

Manejar los problemas de los costos previamente exteriorizados

exige la interiorización a largo plazo pero una inversión del estado en el corto plazo en operaciones de limpieza y de renovación de recursos. Y estas operaciones se traducen, por supuesto, en más impuestos. Sin embargo, ésta no es la única razón, ni siquiera la más importante, para aumentar las tasas impositivas. La explicación fundamental del aumento constante de estas tasas en todos los niveles de gobierno es la democratización del mundo, es decir, más y más personas en más y más partes del mundo han venido pidiendo a sus gobiernos (y obteniéndolas) tres cosas: educación, cobertura de los costos de salud y garantías de un ingreso vitalicio. A veces nos referimos a éstas colectivamente como el estado benefactor. En el tiempo transcurrido desde que estas demandas se hicieron políticamente, más o menos a mediados del siglo XIX, la intensidad y la difusión geopolítica han ido aumentando constantemente, e inevitablemente también, el costo de los impuestos para cubrirlas. Nada puede hacer que se reduzcan drásticamente porque aun los que se quejan de los impuestos altos no quieren que sus beneficios disminuyan. Muy por el contrario.

Los gobiernos están todos atrapados entre la clase empresarial, que ve sus niveles de ganancias declinar en actividades productivas, y los votantes, que insisten en una paga mayor, una interiorización mayor de los costos y un estado benefactor siempre en expansión. El resultado es una relativa parálisis. Los gobiernos ya no pueden seguir navegando con la promesa implícita de dar solución a estos problemas en el futuro. Los prolongados esfuerzos de los movimientos históricos antisistémicos para obtener el poder en las naciones y utilizar este poder para crear un sistema social más equitativo y menos polarizado (nacional e internacionalmente) alcanzaron sus límites históricos en algún momento en los años sesenta. Estos movimientos, habiendo alcanzado poder político casi por doquier a la sazón, no fueron capaces de alcanzar las transformaciones que prometieron. Prueba de ello es el desencanto no sólo con los partidos comunistas en el poder sino con los partidos socialdemócratas y los movimientos de liberación nacional en el poder. El sentido de que la ruta hacia la transformación se encontraba en la adquisición del poder del estado se esfumó, teniendo como consecuencia una pérdida de fe, entre la gente común y corriente, en esta ruta hacia la transformación social.

Hemos llegado así a una situación en que los empresarios se enfrentan a un callejón sin salida en una búsqueda mayor de acumulación de capital y las fuerzas populares han llegado a un callejón

sin salida en la búsqueda de la transformación del mundo por medio de la adquisición de poder estatal. Este doble callejón sin salida se expresa en una situación mundial caótica, con grandes y frecuentes oscilaciones en los terrenos económico y político y una pérdida de certezas culturales. En medio de este caos vivimos hoy. Los ataques del 11 de septiembre y el fiasco de Bush son simples reflejos de este caos, que durará todavía algún tiempo. Estos disturbios son una parte central del proceso de desplome de un sistema histórico. Y significa que existe un conflicto real no tanto en torno al sistema actual sino en torno a qué clase de sistema sucederá al actual.

Este conflicto fundamental será, a la larga, más importante que las realineaciones geopolíticas entre la tríada o que el conflicto Norte/Sur. Pues mientras que el fin de nuestro sistema existente está por llegar y el tipo de sistema que lo sustituya es absolutamente incierto, podemos vislumbrar dos posibles opciones de sistema sucesor: uno que mantenga el modelo de estructuras jerárquicas, desiguales y polarizantes del sistema actual y uno que sea fundamentalmente más democrático y equitativo. Podemos decir que ésta es la batalla entre el espíritu de Davos y el espíritu de Porto Alegre.

Davos se refiere a las reuniones anuales del Foro Económico Mundial que se han verificado en la ciudad suiza de Davos durante los últimos veinticinco años. Estas reuniones han congregado a las élites del sistema mundial: políticos, empresarios, los medios, los académicos, todos dedicados, bajo la égida de "la globalización", a poner en práctica un programa de reestructuración del mundo que supuestamente generaría un nuevo sistema mundial, tan jerárquico e inequitativo como es la actual economía capitalista. Y Porto Alegre se refiere a las reuniones anuales del Foro Social Mundial que tuvo lugar por primera vez en 2001, en la ciudad brasileña de Porto Alegre, y que congregan a una extensa variedad de organizaciones locales, nacionales e internacionales, que se oponen a la globalización neoliberal y al imperialismo en todas sus formas, organizaciones que comprenden trabajadores, mujeres, ambientalistas, pueblos indígenas y a los segmentos marginados de la población mundial que comparten en primera instancia su determinación de alcanzar un mundo más democrático y equitativo y que desconfían profundamente del camino tradicional de búsqueda del poder estatal como ruta para transformar el mundo.

Es difícil predecir la forma que esta batalla entre el espíritu de Davos y el espíritu de Porto Alegre asumirá durante los próximos

treinta años. Pero podemos estar seguros de que ésta es la batalla crucial que determinará nuestro futuro colectivo. La alternativa básica para el tema de la guerra interminable al terrorismo es el tema de que "otro mundo es posible", el lema del Foro Social Mundial. Esta batalla, sin embargo, tendrá lugar dentro de los límites de un marco geopolítico en evolución y una constante pugna entre el Norte y el Sur. Se crea así un escenario muy complejo. Para navegar por esta especie de anarquía global con la esperanza de emerger con una estructura mundial más sensible debemos ser lúcidos en nuestra comprensión de los múltiples lugares de lucha o estar cansados de las explicaciones simplistas que las partes interesadas nos dan constantemente con el fin de tapar las realidades de estos conflictos.

Estamos todos enfrentando una época de transición muy difícil y desagradable, peligrosa para todos individual y colectivamente y que en la superficie es bastante confusa. Pero también se trata de un periodo de grandes posibilidades creativas, en que tenemos más libertad de acción para dar forma a nuestro futuro colectivo de la que normalmente tienen las personas cuando el sistema mundial en que viven es relativamente estable y por ende menos maleable. Apliquémonos intelectual, moral y políticamente a que prevalezca el espíritu de Porto Alegre.

ÍNDICE ANALÍTICO

Nota: Puesto que "Estados Unidos" y "George W. Bush" aparecen en casi todas las páginas de este libro, no están listados en el índice. Para encontrar un tema que incluya "Estados Unidos" o "George W. Bush", véase cualquier tema relacionado.

ÍNDICE

formación: verónica rosas
tipografía: new baskerville 10/12
impreso en encuadernación domínguez
5 de febrero, lote 8
col. centro, ixtapaluca
56530 edo. de méxico
mayo de 2005